K. Marx

MISERIA DE LA FILOSOFIA

Respuesta a la "Filosofía de la miseria" del señor Proudhon

Escrito: Por Marx en el invierno de 1846-1847. A fines de diciembre de 1846, después de leer el *Sistema de las contradicciones económicas, o Filosofía de la Miseria* de Pierre Joseph Proudhon, publicado poco antes, Marx se propuso hacer una critica de las ideas ahí expresadas. En la carta de 28 de diciembre de 1846 a P. V. Annenkov, Marx expresó una serie de ideas que más tarde habían de servir de base a su libro contra Proudhon. A comienzos de abril de 1847, el libro de Marx estaba terminado en lo fundamental y había sido dado a la imprenta. El 15 de junio de 1847, Marx escribió una breve introducción a la obra.
Publicado por vez primera: El libro de Marx vio la luz en Bruselas y Paris a comienzos de julio de 1847 y no se volvió a publicar durante la vida de Marx. En 1885 apareció la primera edición alemana, en traducción redactada por Engels, que escribió para dicha edición un prólogo y varias notas. Al redactar la traducción, Engels utilizó las enmiendas hechas en el ejemplar de la edición francesa de 1847 regalado por Marx el 1° de enero de 1876 a Natalia Utina.. En 1886, el grupo marxista ruso "Emancipación del Trabajo" publicó la primera edición rusa, en traduccion de Vera Zasúlich. La segunda edición alemana de este trabajo apareció en 1892 con un pequeño prólogo escrito por Engels a fin de corregir algunas inexactitudes del texto. En 1896, después de la muerte de Engels, salió la segunda edición francesa

del libro, preparada por Laura Lafargue, hija de Marx, en la que también fueron introducidas las enmiendas hechas en el ejemplar regalado por Marx a N. Utina.
Digitalización: Julio Rodriguez, 2010.
HTML para Marxists.org: Juan Fajardo, 2010.
Fuente del texto: C. Marx, *Miseria de la filosofía*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, s/f.
Esta edición: Marxists Internet Archive, 2010.

Capítulo primero.
UN DESCUBRIMIENTO CIENTÍFICO

Capítulo segundo.
LA METAFÍSICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

APÉNDICES

Indice del Archivo Marx-Engels

Karl Marx

Miseria de la filosofía

Prefacio a la primera edición alemana

La presente obra fue escrita en el invierno de 1846-1847, cuando Marx elaboró definitivamente los principios fundamentales de sus nuevas concepciones históricas y económicas. El libro de Proudhon *Système des Contradictions économiques ou Philosophie de la Misère* ["Sistema de las contradicciones económicas o Filosofía de la Miseria"], publicado poco antes, le dio pie para desarrollar estos principios fundamentales y oponerlos a los puntos de vista de un hombre que, a partir de entonces, había de ocupar el lugar más prominente entre los socialistas franceses de aquella época. Desde que, estando en Paris, ambos se pasaban frecuentemente las noches discutiendo sobre cuestiones económicas, sus caminos eran cada vez más divergentes; la obra de Proudhon puso de manifiesto que entre ellos mediaba ya un abismo infranqueable que no era posible ignorar, y en su respuesta Marx hizo constar la ruptura definitiva.

El juicio general de Marx sobre Proudhon lo encontrará el lector en el artículo que sigue a este prologo[1], insertado en 1865 en los números 16, 17 y 18 del *Social-Demokrat* de Berlín. Fue el único artículo que Marx escribió para este periódico; los intentos del señor von Schweitzer, descubiertos poco después, de llevar el periódico por cauces gratos al partido feudal y al gobierno, nos obligaron algunas semanas más tarde a desistir

públicamente de colaborar en él.

Para Alemania, la presente obra tiene cabalmente en estos momentos una significación que el propio Marx nunca sospechó. ¿Habría podido él adivinar que, dirigiendo la puntería contra Proudhon, iba a hacer impacto en el santón de los arrivistas modernos, en Rodbertus, a quien Marx no conocía a la sazón ni tan siquiera de nombre?

Este no es el lugar para detenerme a examinar en detalle las relaciones entre Marx y Rodbertus; es probable que pronto se me depare la oportunidad de hacerlo. Sólo indicare aquí que cuando Rodbertus acusa a Marx de haber “entrado a saco” en sus escritos y de haber “utilizado con profusión en su Capital, sin citarle, su libro *Zur Erkenntnis*”, llega en su acaloramiento hasta la calumnia, explicable únicamente por la irritación de un genio incomprendido y por su asombrosa ignorancia de lo que ocurría más allá de las fronteras de Prusia, sobre todo, en la literatura socialista y económica. Ni estas acusaciones ni la mencionada obra de Rodbertus fueron jamás del conocimiento de Marx; de las obras de Rodbertus, sólo leyó sus tres *Cartas sociales*, y no antes de 1858 o 1859.

Con mayor fundamento asegura Rodbertus en estas cartas haber descubierto el “valor constituido proudhoniano” antes que Proudhon; pero también en esta ocasión, naturalmente, vuelve a arrullarse con la falsa idea de haber sido el primero en hacer este descubrimiento. Por consiguiente, él también, en todo caso, fue sometido al ariete de la crítica en nuestro libro, y esto me obliga a detenerme brevemente en el análisis de su obrilla “fundamental” *Zur Erkenntnis unserer staatswirtschaftlichen Zustände* [“Aportacion al conocimiento de nuestro régimen político-económico”], debido a que, además del comunismo de Welding contenido en ella (también inconscientemente), esa obra se anticipa asimismo a Proudhon.

El socialismo moderno, cualquiera que sea su tendencia, en la medida en que toma como punto de arranque la economía política burguesa, suscribe casi sin excepciones la teoría del valor de Ricardo. De los dos postulados que Ricardo proclamara en 1817 en las primeras paginas de sus *Principles*: 1) que el valor de toda mercancía se determina única y exclusivamente por la cantidad de trabajo necesario para producirla, y 2) que el producto de todo trabajo social se divide entre tres clases: los propietarios de la tierra (renta), los capitalistas (ganancia) y los obreros (salario), de estos dos postulados se hicieron en Inglaterra ya a partir de 1821 deducciones socialistas, y a veces con tal vigor y decisión que esa literatura, hoy casi completamente olvidada y en gran parte redescubierta por Marx, no fue superada hasta la aparición del *Capital*. Pero de esto hablaremos en otra ocasión. Pues bien, cuando Rodbertus extrajo, a su vez, en 1842 conclusiones socialistas de las tesis citadas, esto era entonces, desde luego, para un alemán un pasó adelante muy considerable, pero sólo, tal vez, en Alemania podía pasar por nuevo semejante descubrimiento. En su crítica de Proudhon, que también adolecía de esa presunción, Marx hizo ver lo poco de nuevo que había en una tal aplicación de la teoría de Ricardo.

“Cualquiera que conozca, a poco que sea, el desarrollo de la economía política en Inglaterra —dice Marx—, no puede por menos de saber que casi todos los socialistas de este país han propuesto, en diferentes épocas, la aplicación igualitaria (es decir, socialista) de la teoría ricardiana. Podríamos recordarle al señor Proudhon: la *Economía política* de Hodgskin, 1827; William Thompson: *An Inquiry into the Principles of the Distribution of*

Wealth, most conductive to Human Happiness [“Investigación de los principios de la distribución de la riqueza que mejor conducen a la felicidad humana”], 1824; T. R. Edmonds, *Practical, Moral and Political Economy* [“Economía practica, moral y política”], 1828; etc., etc., y cuatro páginas más de etc. Nos contentaremos con dejar hablar a un comunista ingles, al señor Bray. Citaremos los principales pasajes de su excelente obra *Labour's Wrongs and Labour's Remedy* [“Calamidades de la clase obrera y medios para suprimirlas”], Leeds, 1839. Las citas de Bray reproducidas por Marx bastan para anular buena parte de las pretensiones de Rodbertus a la prioridad.

Por aquel entonces Marx no había pisado aún la sala de lectura del Museo Británico. Sin contar los fondos de las bibliotecas de Paris y Bruselas y otros muchos libros y extractos, sólo había consultado las obras que pudieron llegar a sus manos en Mánchester durante el viaje de seis semanas por Inglaterra que hicimos juntos en el verano de 1845. Por consiguiente, en los años del 40, la literatura a que se ha hecho referencia no era ni mucho menos tan inaccesible como lo es hoy día. Y si, a pesar de todo, fue siempre desconocida para Rodbertus, ello se debe exclusivamente a su estrechez provinciana de corte prusiano. Es el auténtico fundador del socialismo específicamente prusiano y como tal se le conoce, al fin, en la actualidad.

Sin embargo, a Rodbertus no le han dejado en paz ni siquiera en su amable Prusia. En 1859 apareció en Berlín el libro de Marx *Zur Kritik des politischen Oekonomie, erstes Heft* [“Contribución a la critica de la Economía política. Parte primera”]. En dicha obra, entre otras objeciones hechas a Ricardo por los economistas, Marx cita la siguiente, en la página 40:

“Si el valor de cambio de un producto equivale al tiempo de trabajo cuajado en é1, el valor de cambio de la jornada de trabajo es igual a su producto. O sea que el salario debe ser igual al producto del trabajo. Y sin embargo, en realidad ocurre lo contrario”. Marx escribió a este respecto la siguiente nota: “Esta objeción de los economistas burgueses contra Ricardo fue recogida más tarde por los socialistas. Admitiendo la exactitud teórica de la fórmula, acusaban a la práctica de estar en contradicción con la teoría e instaban a la sociedad burguesa a hacer prácticamente 1a supuesta deducción de su principio teórico. De este modo, cuando menos, los socialistas ingleses volvieron la fórmula del valor de cambio de Ricardo contra la economía política”. En esta misma nota Marx se remite a su libro *Misère de la Philosophie* [“Miseria de la Filosofía”], que por entonces se hallaba en todas partes a la venta.

Rodbertus tenía, pues, la plena posibilidad de persuadirse de si eran realmente nuevos los descubrimientos hechos por é1 en 1842. En Lugar de esto continua proclamándolos a cada pasó y los considera tan insuperables que ni siquiera se le ocurre pensar que Marx podía haber hecho por su cuenta deducciones de la teoría de Ricardo ¡tan bien como lo hiciera el propio Rodbertus! ¡Nada de eso! ¡Lo que hizo Marx fue “entrar a saco” en sus obras, en las obras de un autor al que el propio Marx brindara todas las posibilidades para convencerse de que, mucho antes que los dos, estas deducciones habían sido ya hechas en Inglaterra, por lo menos, en la forma tosca que aún conservan en el libro de Rodbertus!

Lo arriba expuesto representa precisamente la más simple aplicación socialista de la teoría de Ricardo. Esta aplicación ha conducido en muchos casos a Rodbertus, entre otros, a puntos de vista que van mucho más lejos que los de Ricardo en lo concerniente al origen y a la naturaleza de la

plusvalía. Pero, sin hablar ya de que todo lo descubierto por él en este orden de cosas había sido ya expuesto cuando menos tan bien con anterioridad a él, Rodbertus, igual que sus predecesores, peca de que adopta las categorías económicas —trabajo, capital, valor, etc.— sin someterlas a crítica, en la forma burda en que fueron transmitidas en herencia por los economistas, en una forma que resbala por la superficie de los fenómenos sin investigar el contenido de estas categorías. De este modo no sólo se cierra toda senda de desarrollo —contrariamente a Marx, que fue el primero en sacar consecuencias de estos postulados, de los que se viene hablando desde hace ya 64 años—, sino que, como veremos más adelante, se abre el camino directo a la utopía.

La susodicha aplicación de la teoría de Ricardo —a saber: que a los obreros, como únicos productores efectivos, les pertenece el producto social integro, su producto— lleva directamente al comunismo. Pero, como indica Marx en las líneas citadas, esta conclusión es formalmente falsa en el sentido económico, ya que representa una simple aplicación de la moral a la economía política. Según las leyes de la economía burguesa, la mayor parte del producto no pertenece a los obreros que lo han creado. Cuando decimos que es injusto, que no debe ocurrir, esto nada tiene de común con la economía política. No decimos sino que este hecho económico se halla en contradicción con nuestro sentido moral. Por eso Marx no basó jamás sus reivindicaciones comunistas en argumentos de esta especie, sino en el desmoronamiento inevitable del modo capitalista de producción, desmoronamiento que adquiere cada día a nuestros ojos proporciones mas vastas; Marx habla sólo del simple hecho de que la plusvalía se compone de trabajo no retribuido. Pero lo que no es exacto en el sentido económico formal, puede serlo en el sentido de la historia universal. Si la conciencia moral de las masas declara injusto un hecho económico cualquiera, como en otros tiempos la esclavitud o la prestación personal campesina, esto constituye la prueba de que el hecho en cuestión es algo que ha caducado y de que han surgido otros hechos económicos, en virtud de los cuales el primero es ya intolerable y no puede mantenerse en pie. Por consiguiente, en la inexactitud económica formal puede ocultarse un contenido realmente económico. Este no es el lugar para extendernos con más detalle acerca del significado y la historia de la teoría de la plusvalía.

Pero de la teoría del valor de Ricardo se pueden hacer además, y se han hecho, otras conclusiones. El valor de las mercancías se determina por el trabajo necesario para producirlas. Sin embargo, en nuestro mundo pecador las mercancías se venden, ya por encima, ya por debajo de su valor, y esto no se debe solamente a las oscilaciones originadas por la competencia. La cuota de ganancia tiene la tendencia a reducirse a un mismo nivel para todos los capitalistas, de la misma manera que los precios de las mercancías tienen la tendencia a identificarse mediante la oferta y la demanda con el valor del trabajo cristalizado en ellas. Pero la cuota de ganancia se calcula en proporción con todo el capital desembolsado en una empresa industrial. Y como en dos ramas distintas de industria el producto anual puede plasmar cantidades idénticas de trabajo y representar, por tanto, valores iguales dado un mismo nivel de salarios —bien entendido, sin embargo, que los capitales empleados en una rama pueden ser, y a menudo lo son, dos o tres veces mayores que en la otra—, la ley del valor de Ricardo se halla en este caso en contradicción, abierta ya por el mismo Ricardo, con la ley de la cuota igual de ganancia. Si los productos de ambas ramas de industria se venden por sus valores, las cuotas de ganancia no pueden ser iguales; y siendo iguales las cuotas de ganancia, los productos de ambas ramas no siempre pueden venderse por sus valores. Aquí tenemos, pues, una contradicción, una antinomia de dos leyes económicas, resuelta de ordinario en la practica, a juicio de Ricardo (cap. I, secciones 4 y 5), a favor de la

cuota de ganancia y en perjuicio del valor.

Pero la definición ricardiana del valor, a pesar de sus fatídicas propiedades, tiene otro aspecto que la hace ser grata para el buen burgués. Esa definición apela con empuje irresistible a su sentido de justicia. La justicia y la igualdad de derechos son los (pilares básicos sobre los que el burgués de los siglos XVIII y XIX hubiera querido erigir su edificio social después de la destrucción de las injusticias, desigualdades y privilegios feudales. Mas la determinación del valor de las mercancías por el trabajo y el libre cambio de productos del trabajo que se efectúa sobre la base de esta medida del valor entre los dueños de las mercancías, iguales en derechos, son, como ya lo demostró Marx, los cimientas reales sobre los que se levanta toda la ideología política, jurídica y filosófica de la burguesía moderna. Una vez establecido que el trabajo es la medida del valor de la mercancía, el buen burgués debe sentirse escarnecido hasta el extremo en sus mejores sentimientos por parte de un mundo inmoral, en el que de palabra se reconoce esta ley fundamental de la justicia, pero de hecho, por lo visto, es infringida a cada instante del modo mas desvergonzado. Precisamente el pequeño burgués, cuyo honrado trabajo —aun en el caso de que sólo sea trabajo de sus oficiales y aprendices— se ve cada día mas desvalorizado por la competencia de la gran industria y de las máquinas; precisamente este pequeño productor debe aspirar al reinado de una sociedad en la que el cambio de productos por el valor del trabajo materializado en ellos sea, al fin, una verdad plena y absoluta. En otros términos, debe aflorar una sociedad en la que active exclusivamente y sin cortapisas la ley de la producción mercantil, pero suprimidas las condiciones en las que esa ley puede mantenerse en vigor, esto es, las leyes restantes de la producción mercantil y, más tarde, capitalista.

Una prueba de cuán hondo ha calado esta utopía en la mentalidad del actual pequeño burgués —por su situación o por sus ideas— nos la ofrece el hecho de que ya en 1831 fue desarrollada sistemáticamente por John Gray; en la década del 30 se hicieron en Inglaterra experimentos para llevarla a la practica y fue ampliamente propagada en el terreno de la teoría; en 1842 fue .preconizada como novísima verdad por Rodbertus en Alemania, y en 1846 por Proudhon en Francia; en 1871 fue nuevamente proclamada por Rodbertus como solución del problema social y, al mismo tiempo, como su testamento social y en 1884 vuelve a encontrar partidarios entre la patulea de arrivistas que pretenden utilizar el socialismo prusiano de Estado, parapetándose tras el nombre de Rodbertus.

La critica de esta utopía, dirigida por Marx tanto contra Proudhon como contra Gray (véase el apéndice de este libro), es tan exhaustiva, que puedo limitarme a hacer aquí algunas observaciones sobre la forma especifica en que Rodbertus fundamento y expuso la utopía.

Como ya se ha dicho, Rodbertus recoge las definiciones en boga de los conceptos económicos tal como los heredó de los economistas. No realiza el menor intento de investigarlos. El valor, para él, es "la evaluación del objeto en su relación cuantitativa con los demás objetos, cuando esta evaluación se adopta como medida". Esta definición, que, expresándonos con suavidad, es sumamente vacua, nos da en el mejor de los casos una idea aproximada del valor, pero no nos dice en absoluto que es el valor. Y como esto es todo lo que Rodbertus puede decirnos acerca del valor, se comprende que busque 1a medida del valor fuera del valor. Después de confundir en el mayor desorden a lo largo de treinta paginas el valor de uso con el valor de cambio, dando pruebas de una capacidad de razonamiento abstracto que causa infinito asombro a Adolf Wagner, llega a la conclusión

de que no existe una medida real del valor, razón por la cual es preciso conformarse con un sustitutivo de medida. Como tal podría servir el trabajo, pero sólo en el caso de que productos de igual cantidad de trabajo se cambiasen siempre por productos de igual cantidad de trabajo, independientemente de si "esto tiene lugar de modo espontáneo o se aplican medidas" para ello. Por consiguiente, e1 valor y el trabajo siguen careciendo de todo vínculo real, aunque el primer capítulo este consagrado todo el a explicar que las mercancías "cuestan trabajo", y sólo trabajo, y por qué.

El concepto de trabajo lo toma también Rodbertus sin discernimiento, tal como figura en los economistas. Es más, si bien hace una breve alusión a las diferencias en la intensidad del trabajo, concibe este en su aspecto más general como algo que "posee valor" y, por consiguiente, mide valor, indistintamente de que el trabajo se emplee o no en condiciones sociales medias y normales. No se trata en esa obra de si los productores invierten diez días o uno solo en la fabricación de un artículo que puede ser preparado en un día, de si emplean mejores o peores instrumentos, de si aprovechan su tiempo de trabajo con el fin de producir artículos socialmente indispensables y en la cantidad necesaria para la sociedad o fabrican artículos de los que no hay demanda alguna o artículos de los que hay demanda, pero en cantidad mayor o menor de la requerida; de nada de esto se trata: el trabajo es trabajo, productos de igual cantidad de trabajo deben cambiarse unos por otros. Rodbertus, siempre dispuesto en otras cuestiones, venga o no venga a cuento, a adoptar el punto de vista de la nación en conjunto y a examinar las relaciones entre los productores desde las alturas del punto de mira general social, en este caso evita hacerlo, lleno de pusilanimidad. Y, naturalmente, evita hacerlo porque desde la primera línea de su libro cae de lleno en la utopía de los bonos de trabajo, y todo análisis de la propiedad que el trabajo tiene de crear valor atajaría el curso de las ideas del actor con verdaderos arrecifes, haciéndolo impracticable. El instinto de Rodbertus ha sido esta vez mucho más fuerte que su capacidad de entregarse a razonamientos abstractos, capacidad que, dicho sea de paso, sólo se puede descubrir en Rodbertus a condición de poseer una indigencia mental muy concreta.

El transito a la utopía es obra de un instante. Las "medidas" que garantizan el cambio de las mercancías por el valor del trabajo cristalizado en ellas, como regla sin excepciones, no ofrecen obstáculos de ninguna especie. Otros utopistas de la misma tendencia, desde Gray hasta Proudhon, se estrujaron los sesos para llegar en sus elucubraciones a idear instituciones públicas encargadas de cumplir este cometido. Al menos intentaron resolver las cuestiones económicas por vía económica, fundándose en los actos de los propios dueños de mercancías que llevan a efecto el cambio. Rodbertus resuelve el problema de un modo mucho más simple. Como verdadero prusiano, apela al Estado, siendo los poderes públicos los que decretan la reforma.

Por tanto, se "constituye" felizmente el valor, pero de ningún modo la prioridad de la constitución, que es lo que pretende Rodbertus. Por el contrario, Gray y Bray —como multitud de otros economistas— reiteraron hasta la saciedad mucho antes que Rodbertus esa misma idea: el piadoso deseo de la adopción de medidas tendentes a que los productos se cambiasen exclusivamente, siempre y en cada circunstancia, por el valor del trabajo materializado en ellos.

Una vez que el Estado ha constituido de este modo el valor, cuando menos de una parte de los productos —Rodbertus es, además, modesto—, emite sus bonos de trabajo y los presta a los capitalistas industriales, que pagan con ellos a los obreros, y estos últimos compran los productos con los bonos de trabajo obtenidos, reintegrando de tal suerte el papel moneda a su punto de partida. Debemos escuchar al propio Rodbertus para ver cuan admirablemente se verifica todo esto.

“Por lo que atañe a la segunda condición, las medidas necesarias para que en la circulación sean realmente consignados los valores en los bonos, consisten en que sólo las personas que hayan proporcionado realmente productos reciban bonos con la indicación exacta de la cantidad de trabajo empleado en la fabricación de estos productos. Quien entregue un producto de dos días de trabajo, deberá recibir un bono en el que figuren “dos días”. Observando con rigor esta regla al efectuar las emisiones, se deberá cumplir indefectiblemente esta segunda condición. Como, según nuestra premisa, el valor de los productos coincide siempre con la cantidad de trabajo empleando en su fabricación, y esta cantidad de trabajo se mide por las fracciones naturales de tiempo invertido, la persona que entregue un producto en el que se hayan empleado dos días de trabajo, si recibe un bono de dos días, se hace con un certificado o una asignación de un valor que no es ni mayor ni menor que el realmente producido. Y como, además, *sólo* recibe ese certificado quien efectivamente ha creado un producto para la circulación, es indudable también que el valor consignado en el bono existe en realidad para la satisfacción de las necesidades de la sociedad. Si se observa con rigor esta regla, por amplia que sea la división del trabajo, *la suma de valor existente debe ser exactamente igual a la suma de valor registrada en los bonos.* Y como la suma del valor certificado es, a la vez, la suma exacta de los bonos distribuidos, la última suma *deberá coincidir necesariamente con la cantidad de valor existente, y todas las pretensiones serán satisfechas y liquidadas de un modo justo*” (págs. 166, 167).

Si hasta aquí Rodbertus ha tenido la desventura de llegar siempre tarde con sus descubrimientos, esta vez, al menos, se le puede atribuir el merito de una cierta originalidad: ninguno de sus competidores se había atrevido a expresar en una forma tan infantilmente ingenua, tan nítida y, por así decirlo, tan verdaderamente pomeraniana toda la estolidez de la utopía, de los bonos de trabajo. Como cada bono corresponde a un objeto representativo de valor y, a su vez, cada objeto de valor es entregado previa presentación del respectivo bono, la suma de bonos debe ser cubierta constantemente por la suma de objetos de valor; las cuentas se ajustan sin que haya lugar al menor remanente, la coincidencia es hasta de segundos de trabajo y ni un sólo contable de la caja central de la Hacienda pública que haya encanecido tras largos años de servicio podrá descubrir el menor error de calculo. ¿Qué más se puede pedir?

En la moderna sociedad burguesa cada capitalista industrial produce por su cuenta y riesgo: lo que quiere, como quiere y cuanto quiere. Pero las necesidades sociales son para él algo ignoto, tanto con respecto a la calidad y el género de los artículos que se requieren, como en cuanto a su cantidad. Lo que hoy no puede ser producido con la celeridad debida, mañana puede ser ofrecido en cantidades muy superiores a las necesarias. Sin embargo, de uno u otro modo, bien o mal, las necesidades son satisfechas en definitiva y la producción se encarrila en general hacia los artículos que se precisan. ¿Como se resuelve esta contradicción? Por la competencia? ¿Y como consigue resolverla la competencia? Obligando simple y llanamente a que los precios de las mercancías no adecuadas en un momento dado por su clase o por su cantidad a las necesidades de la sociedad desciendan por

debajo del valor del trabajo materializado en ellas, la competencia hace sentir por esta vía indirecta a los productores que sus artículos no son necesarios o que lo son, pero que han sido producidos en una cantidad superior a la requerida, en demasía. De aquí se desprenden dos deducciones.

Primera: que las continuas desviaciones de los precios de las mercancías con respecto a sus valores constituyen la condición necesaria en virtud de la cual, y sólo por ella, puede manifestarse el propio valor de la mercancía. Sólo gracias a las oscilaciones de la competencia, y por lo mismo de los precios de las mercancías, se abre paso la ley del valor de la producción mercantil y se transforma en una realidad la determinación del valor de la mercancía por el tiempo de trabajo socialmente indispensable. Y aun cuando la forma de manifestación del valor —el precio— sea .por lo común algo distinta del valor que ella manifiesta, en tal caso el valor sigue la suerte de la mayoría de las relaciones sociales. También el monarca es la mayor parte de las veces completamente distinto de la monarquía que el representa. Por eso, en una sociedad de productores que intercambian sus mercancías, querer establecer la determinación del valor por el tiempo de trabajo, prohibiendo que la competencia realice esta determinación del valor mediante la presión sobre los precios, es decir, por el único camino por el que esto puede ser logrado, sólo significa demostrar que, al menos en este terreno, se adolece del habitual menosprecio de los utopistas por las leyes económicas.

Segunda: en una sociedad de productores que intercambian sus mercancías, la competencia pone en acción la ley del valor, inherente a la producción mercantil, instaurando así una organización y un orden de la producción social que son los únicos posibles en las circunstancias dadas. Sólo la desvalorización o el encarecimiento excesivo de los productos muestran de modo tangible a los diferentes productores que y cuanto se necesita para la sociedad y que no se necesita. Pues bien, este regulador único es precisamente el que la utopía representada también por Rodbertus quiere que sea suprimido. Y si preguntamos ahora que garantías hay de que cada articulo será producido en la cantidad necesaria y no en una cantidad mayor, que garantías hay de que no habremos de sentir necesidad de pan y de carne mientras nos vemos aplastados por montones de azúcar de remolacha y nadando en torrentes de aguardiente de patata, o de que no sufriremos escasez de pantalones para cubrir nuestras desnudeces, mientras abundan a millones los botones para tales prendas, Rodbertus nos remitirá solemne a su famoso ajuste de cuentas, el cual indica que por cada libra sobrante de azúcar, por cada barril de aguardiente no vendido, por cada botón no cosido a los pantalones se ha entregado un bono exacto, ajuste de cuentas en el que todo coincide a la perfección y merced al cual “todas las pretensiones serán satisfechas y liquidadas de un modo justo”. Y quien no lo crea puede dirigirse al contable X de la caja central de la Hacienda Pública de Pomerania, que ha comprobado las cuentas, las ha encontrado en toda regla y merece plena confianza como hombre que ni una sola vez ha incurrido en un error de caja.

Fijemos ahora la atención en la ingenuidad con que Rodbertus piensa suprimir con su utopía las crisis comerciales e industriales. Cuando la producción mercantil alcanza las dimensiones del mercado universal, la correspondencia entre la producción de los diferentes productores, guiados por sus cálculos particulares, y el mercado, para el cual producen, más o menos desconocido para ellos en lo que respecta a la cantidad y a la calidad de las necesidades del mismo, se establece por medio de una tempestad en el mercado mundial, por medio de la crisis comercial[2]. Impedir que la competencia haga saber a los diferentes productores el estado del mercado mundial mediante el alza y el descenso de los precios, equivale a cerrarles los ojos. Organizar la producción de mercancías de modo que los productores no puedan conocer en absoluto la situación del mercado para el que

producen, es, desde luego, una panacea para la enfermedad de las crisis que podría envidiar a Rodbertus el propio doctor Eisenbart.

Ahora se comprende por qué Rodbertus determina el valor de la mercancía simplemente por el "trabajo", admitiendo todo lo más distintos grados de intensidad del mismo. Si hubiese investigado por medio de qué y cómo el trabajo crea y, por lo tanto, determina y mide el valor, habría llegado al trabajo socialmente indispensable: indispensable para cada producto tanto en relación con otros productos de la misma clase como respecto a la demanda de toda la sociedad. Esto le habría conducido a examinar cómo se adapta la producción de los diferentes productores de mercancías a toda la demanda social, y a la vez habría hecho imposible su utopía. Esta vez ha preferido realmente "abstraerse", y "abstraerse" ni mas ni menos que apartándose de la esencia misma del problema.

Pasemos, por último, al punto en que Rodbertus nos ofrece algo efectivamente nuevo, algo que le distingue de todos sus numerosos correligionarios, partidarios de organizar la economía mercantil con ayuda de los bonos de trabajo. Todos ellos preconizan esta organización del cambio con el fin de abolir la explotación del trabajo asalariado por el capital. Cada productor debe recibir íntegramente el valor del trabajo materializado en su producto. En esto están de acuerdo todos, desde Gray hasta Proudhon. De ningún modo —replica Rodbertus—: el trabajo asalariado y la explotación del mismo deben seguir subsistiendo.

En primer termino, cualquiera que sea la sociedad que concibamos, el obrero no puede recibir para el consumo el valor íntegro de su producto; el fondo producido deberá subvenir siempre a los gastos de diversas funciones improductivas en el sentido económico, pero necesarias, y, por consiguiente, a los gastos de mantenimiento de las personas encargadas de dichas funciones. Esto es cierto únicamente mientras exista la actual división del trabajo. En una sociedad en la que se entronice el trabajo productivo obligatorio para todos —y una sociedad así es también "concebible"—, eso deja de contar. Pero continuaran siendo necesarios un fondo social de reserva y un fondo de acumulación, por lo que entonces los trabajadores, es decir, todos los miembros de la sociedad, poseerán y disfrutarán, ciertamente, todo su producto, pero cada uno por separado no disfrutará el "producto íntegro del trabajo". Otros utopistas de los bonos de trabajo tampoco han perdido de vista los gastos a descontar del producto del trabajo para las funciones económicamente improductivas. Pero dejan al arbitrio de los mismos obreros la autoimposición de las cargas fiscales para este fin siguiendo los procedimientos democráticos habituales, en tanto que Rodbertus, que ideó su reforma social en 1842 ajustándose estrictamente al Estado prusiano de entonces confía esta tarea a la burocracia, que desde las alturas determina y concede benevolente al obrero la parte que le corresponde de su propio producto.

En segundo termino, la renta de la tierra y la ganancia deben quedar igualmente intactas. Pues, como dicen, los terratenientes y los capitalistas industriales también cumplen determinadas funciones socialmente útiles y hasta necesarias, aunque desde el punto de vista económico sean improductivas, y bajo la forma de renta de la tierra y de ganancia reciben por ello una especie de retribución. Como se sabe, este criterio no era nuevo ni siquiera en 1842. Propiamente hablando, los terratenientes y los capitalistas industriales reciben hoy en demasía por lo poco que hacen, que además lo hacen bastante mal, pero Rodbertus necesita una clase privilegiada por lo menos para los próximos 500 años, razón por la cual la presente cuota de

plusvalía, hablando con exactitud, debe subsistir, pero no aumentar. Rodbertus fija esta cuota moderna de plusvalía en el 200%, es decir, por un trabajo diario de 12 horas se les entregará a los obreros no bonos de 12 horas, sino tan sólo de 4, y el valor producido en las 8 horas restantes deberá repartirse entre el propietario territorial y el capitalista. Por consiguiente, los bonos de trabajo de Rodbertus son pura mentira. Pero es preciso ser dueño de fincas señoriales en Pomerania para pensar que la clase obrera pueda conformarse con trabajar 12 horas y recibir bonos por 4 horas. Traduciendo el truco de la producción capitalista a este lenguaje ingenuo, aparece como un robo descarado y se hace imposible. Cada bono entregado al obrero sería un llamamiento directo a la insurrección y quedaría incurso en el artículo 110 del Código penal del Imperio germano. Hace falta ser un hombre que no haya visto jamás otro proletariado que los jornaleros semisiervos de las posesiones señoriales de Pomerania, donde reinan el látigo y el palo y donde todas las mujeres hermosas de la aldea forman parte del harén del señor, para pensar que se puede hacer a los obreros estas únicas propuestas.

Nuestros conservadores son cabalmente nuestros mayores revolucionarios.

Mas si nuestros obreros son lo bastante dóciles para dejarse convencer de que en 12 horas de ruda labor no han trabajado en realidad más que 4 horas, en recompensa se les garantiza por los siglos de los siglos que su participación en su propio producto nunca será inferior a un tercio. Esto no es otra cosa que música del futuro, interpretada con una trompeta de juguete y de la que no vale la pena ocuparse. Así, pues, todo lo nuevo que Rodbertus ha aportado a la utopía del cambio mediante los bonos de trabajo, es infantilismo puro y por su significación queda muy por debajo de todo lo que han escrito sus numerosos colegas antes y después de él.

En el momento en que vio la luz el trabajo de Rodbertus *Zur Erkenntnis*, etc., fue sin duda un libro notable. Su desarrollo de la teoría ricardiana del valor en un sentido constituía un comienzo muy prometedor. Aunque ese desarrollo sólo era nuevo para él y para Alemania, en general está a la misma altura que las obras de sus mejores predecesores ingleses. Pero esto no era sino el comienzo, a partir del cual se podía contribuir con una aportación efectiva a la teoría únicamente a base de un ulterior trabajo fundamental y crítico. Esta vía posterior se la cerró el mismo, cuando desde el primer momento se puso a desarrollar la teoría de Ricardo en otro sentido, en el de la utopía. Así perdió la primera condición de toda crítica: la ausencia de un criterio preconcebido. Antes había trabajado sin ataduras que le ligasen a un objetivo trazado previamente, pero luego se convirtió en un economista tendencioso. Una vez prisionero de su utopía, se privó de toda posibilidad de progreso científico. Desde 1842 hasta el fin de sus días, Rodbertus no hace otra cosa que dar vueltas y más vueltas en torno a lo mismo, repite sin cesar las mismas ideas expresadas o apuntadas ya en su primera obra, se siente incomprendido, se ve saqueado donde nada había que saquear y, por último, no sin intención, se niega a comprender que ha vuelto a descubrir lo que en realidad estaba ya descubierto hacia mucho tiempo.

En algunos lugares, la traducción alemana se diferencia del original francés impreso. Esto obedece a las enmiendas hechas por Marx de su puño y letra, enmiendas que también serán introducidas en la nueva edición francesa.

No es preciso llamar la atención de los lectores sobre la circunstancia de que los términos empleados en esta obra no coinciden del todo con la terminología de *El Capital*. Por ejemplo, en vez de *fuerza de trabajo* (Arbeitskraft), en este libro se habla todavía de *trabajo* (Arbeit) como mercancía, de la compra y venta de trabajo.

Como complemento de la presente edición figuran: 1) un fragmento de la obra de Marx *Contribución a la critica de la Economía política.* Berlín, 1859, sobre la primera utopía del cambio mediante bonos de trabajo, ideada por John Gray, y 2) la traducción del discurso de Marx sobre el libre cambio, pronunciado en Bruselas (1848), que se remonta al mismo período del desarrollo de Marx al que pertenece la *Misère* [“Miseria de la Filosofía].

Federico Engels

Londres, 23 de octubre de 1884.

---

[1] Engels se refiere a la carta de C. Marx a J. B. Schweitzer del 24 de enero de 1865.

[2] Así ha ocurrido, al menos, hasta tiempos recientes. Desde que el monopolio de Inglaterra en el mercado universal se ve minado más y más por la participación de Francia, Alemania y, sobre todo, Norteamérica en el comercio mundial, se perfila, al parecer, una nueva forma de nivelación. El período de prosperidad general anterior a la crisis no retorna. Si ese periodo no sobreviene, el estancamiento crónico, aunque con ligeras oscilaciones, deberá ser el estado normal de la industria moderna.

Anterior Indice Siguiente

Karl Marx

Miseria de la filosofía

Prefacio a la segunda edición alemana

Con motivo de la segunda edición debo limitarme a decir que el nombre de Hopkins, dado equivocadamente en el texto francés ha sido sustituido por el nombre verdadero de Hodgskin; también ha sido corregido el año de la edición del libro de William Trompson, que fue el de 1824. Ahora confiamos en que la conciencia bibliográfica del señor profesor Anton Menger quedará tranquila.

Federico Engels

Londres, 29 de marzo de 1892.

Karl Marx

Miseria de la filosofía

Prólogo

El señor Proudhon tiene la desgracia de verse incomprendido de singular manera en Europa. En Francia se le reconoce el derecho de ser un mal economista, porque tiene fama de ser un buen filósofo alemán. En Alemania se le reconoce el derecho de ser un mal filósofo, porque tiene fama de ser un economista trances de los más fuertes. En nuestra calidad de alemán y de economista a la vez, hemos querido protestar contra este doble error.

El lector comprenderá que, en esta labor ingrata, hemos tenido que abandonar frecuentemente la crítica del señor Proudhon para dedicarnos a la crítica de la filosofía alemana, y hacer al mismo tiempo algunas observaciones sobre la economía política.

Carlos Marx

Bruselas, 15 de junio de 1847.

Karl Marx

Miseria de la filosofía

El libro del señor Proudhon no es simplemente un tratado de economía política, ni un libro ordinario, es una Biblia; nada falta en el: "Misterios", "secretos arrancados al seno de Dios", "Revelaciones". Pero como en nuestro tiempo los profetas son discutidos con mayor rigor que los autores profanos, el lector tendrá que resignarse a pasar con nosotros por la erudición árida y tenebrosa del "Genesis" para elevarse más tarde con el señor Proudhon a las regiones etéreas y fecundas del supra-socialismo (véase: Proudhon, *Filosofía de la Miseria*, Prólogo, pág. III, línea 20).

CAPÍTULO PRIMERO

UN DESCUBRIMIENTO CIENTÍFICO

§ I. OPOSICIÓN ENTRE EL VALOR DE USO Y EL VALOR DE CAMBIO

"La capacidad de todos los productos, naturales o industriales, para servir a la subsistencia del hombre recibe la denominación particular de valor de uso; la capacidad que tienen de trocarse unos por otros se llama *valor de cambio*… ¿Cómo se convierte el valor de uso en valor de cambio?... El origen de la idea del valor (de cambio) no ha sido esclarecido por los economistas con el debido esmero; por eso es necesario que nos detengamos en este punto. Como muchos de los objetos que necesito no se encuentran en la naturaleza sino en cantidad limitada o ni siquiera existen, me veo forzado a contribuir a la producción de lo que me falta, y como yo no puedo producir tantas cosas, propondré a otros hombres, colaboradores míos en funciones diversas, que me cedan una parte de sus productos a cambio del mío". (Proudhon, t. I, cap. II.)

El señor Proudhon se propone explicarnos ante todo la doble naturaleza del valor, "*la distinción dentro del valor*", el proceso que convierte el valor de uso en valor de cambio. Tenemos que detenernos con el señor Proudhon en este acto de transubstanciación. He aquí cómo se realiza este acto, según nuestro autor.

Gran número de productos no se encuentran en la naturaleza, son obra de la industria. Puesto que las necesidades rebasan la producción espontánea de la naturaleza, el hombre se ve precisado a recurrir a la producción industrial. ¿Qué es esta industria, según la suposición del señor Proudhon? ¿Cuál es su origen? Un hombre solo que necesite gran numero de objetos "no puede producir tantas cosas". Muchas necesidades a satisfacer suponen muchas cosas a producir: sin producción no hay productos; y muchas cosas a producir suponen la participación de más de un hombre en su producción. Ahora bien, en cuanto admitís que en la producción participa más de un hombre, habéis admitido ya toda una producción basada en la división del trabajo. De este modo, la necesidad, tal como la concibe el señor Proudhon, supone a su vez toda la división del trabajo. Admitiendo la división del trabajo, admitís el intercambio y, en consecuencia, el valor de cambio. Con el mismo derecho se habría podido suponer desde un principio el valor de cambio.

Mas el señor Proudhon ha preferido dar vueltas. Sigámosle en todos sus rodeos, que siempre nos han de conducir de nuevo a su punto de partida.

Para salir del estado de cosas en que cada uno produce aislado de los demás, y para llegar al cambio, "recurro", dice el señor Proudhon, "a mis colaboradores en funciones diversas". Así, pues, yo tengo colaboradores, encargados de funciones diversas, sin que por eso yo y todos los demás, siempre según la suposición del señor Proudhon, dejemos de ser Robinsones aislados y desligados de la sociedad. Los colaboradores y las funciones diversas, la división del trabajo y el cambio que ella implica, surgen como caídos del cielo.

Resumamos: yo tengo necesidades fundadas en la división del trabajo y en el intercambio. Suponiendo estas necesidades, el señor Proudhon supone el intercambio y el valor de cambio, cuyo "origen" se propone precisamente "esclarecer con más esmero que los demás economistas".

El señor Proudhon habría podido con el mismo derecho invertir el orden de las cosas, sin trastocar con ello la exactitud de sus conclusiones. Para explicar el valor de cambio, hace falta el intercambio. Para explicar el intercambio hace falta la división del trabajo. Para explicar la división del trabajo hacen falta necesidades que requieran la división del trabajo. Para explicar estas necesidades, es menester "suponerlas", lo que no significa negarlas, contrariamente al primer axioma del prólogo del señor Proudhon: "Suponer a Dios, es negarlo" (Prólogo, pág. 1).

¿Cómo el señor Proudhon, que supone conocida la división del trabajo, explica con ella el valor de cambio, que para él es siempre una incógnita?

"Un hombre" se decide a "*proponer* a otros hombres, colaboradores suyos en funciones diversas", establecer el intercambio y hacer una distinción entre el valor de uso y el valor de cambio. Aceptando la propuesta de reconocer esta distinción, los colaboradores no han dejado al señor Proudhon otro "cuidado" que consignar el hecho, señalar, "anotar" en su tratado de economía política "el origen de la idea del valor". Pero lo que debe explicarnos es "el origen" de esta propuesta, decirnos, en suma, como este hombre sólo, este Robinson, tuvo de pronto la idea de hacer "a sus colaboradores" una proposición *semejant*e y cómo estos colaboradores la admitieron sin protesta alguna.

El señor Proudhon no entra en estos detalles genealógicos. Simplemente estampa en el hecho del intercambio una especie de sello histórico, presentándolo como una propuesta hecha por una tercera persona con miras a establecer el cambio.

He aquí una muestra del, "*método histórico y descriptivo*" del señor Proudhon, que profesa un desprecio soberbio por el "método histórico y descriptivo" de los Adam Smith y los Ricardo.

El intercambio tiene su historia. Ha atravesado diferentes fases.

Hubo un tiempo, como, por ejemplo, en la Edad Media, en que no se cambiaba más que lo superfluo, el excedente de la producción sobre el consumo.

Hubo luego un tiempo en que no solamente lo superfluo, sino todos los productos, toda la vida industrial pasaron a la esfera del comercio, un tiempo en que la producción entera dependía del cambio. ¿Cómo explicar esta segunda fase del intercambio: el valor de cambio elevado a su segunda potencia?

El señor Proudhon tendría una respuesta preparada: Suponed que un hombre "propuso a otros hombres, colaboradores suyos en funciones diversas", elevar el valor de cambio a su segunda potencia.

Por Ultimo, llegó un tiempo en que todo lo que los hombres habían venido considerando como inalienable se hizo objeto de cambio, de trafico y podía enajenarse. Es el tiempo en que incluso las cosas que hasta entonces se transmitían, pero nunca se intercambiaban; se donaban, pero nunca se vendían; se adquirían, pero nunca se compraban: virtud, amor, opinión, ciencia, conciencia, etc., todo, en suma, pasó a la esfera del comercio. Es el

tiempo de la corrupción general, de la venalidad universal, o, para expresarnos en términos de economía política, el tiempo en que cada cosa, moral o física, convertida en valor de cambio, es llevada al mercado para ser apreciada en su más justo valor.

¿Como explicar esta nueva y última fase del intercambio: el valor de cambio elevado a su tercera potencia?

El señor Proudhon tendría una respuesta preparada también para eso: Suponed que una persona "*propuso* a otras personas, colaboradores suyos en funciones diversas", hacer de la virtud, del amor, etc., un valor de cambio, elevar el valor de cambio a su tercera y última potencia.

Como se ve, "el método histórico y descriptivo" del señor Proudhon es bueno para todo, responde a todo y lo explica todo. En particular cuando se trata de explicar históricamente "el origen de una idea económica", el señor Proudhon supone a un hombre que propone a otros hombres, colaboradores suyos en funciones diversas, llevar a término este acto de generación, y asunto concluido.

A partir de aquí aceptamos "el origen" del valor de cambio como un hecho consumado; ahora no nos resta sino exponer la relación entre el valor de cambio y el valor de uso. Oigamos al señor Proudhon:

"Los economistas han puesto de relieve con gran claridad el doble carácter del valor; pero lo que no han esclarecido con la misma nitidez es su *naturaleza contradictoria*; aquí es donde comienza nuestra critica... No basta haber señalado este asombroso contraste entre el valor de uso y el valor de cambio, contraste en el que los economistas están acostumbrados a no ver sino una cosa muy simple: es preciso mostrar que esta pretendida simplicidad oculta un misterio profundo que tenemos el deber de desentrañar... En términos técnicos, el valor de uso y el valor de cambio están en razón inversa el uno del otro".

Si hemos captado bien el pensamiento del señor Proudhon, he aquí los cuatro puntos que se propone establecer:

1) El valor de uso y el valor de cambio forman "un contraste asombroso", están en oposición mutua.

2) El valor de uso y el valor de cambio están en razón inversa el uno del otro, se contradicen entre sí.

3) Los economistas no han visto ni conocido la oposición ni la contradicción.

4) La crítica del señor Proudhon comienza por el final.

Nosotros también comenzaremos por el final, y para descargar a los economistas de las acusaciones del señor Proudhon dejaremos que hablen dos economistas de bastante relieve.

Sismondi: "El comercio ha reducido todas las cosas a la oposición entre el valor de uso y el valor de cambio, etc." (*Etudes* ["Estudios"], t. II, pág.

162, edición de Bruselas.)

Lauderdale: “En general, la riqueza nacional (el valor de uso) disminuye a medida que las fortunas individuales se acrecientan por el aumento del valor de cambio; y a medida que estas últimas se reducen por la disminución del valor de cambio, la riqueza nacional aumenta generalmente”. (Recherches sur la nature et l'origine de Ia richesse publique [“Investigaciones sobre la naturaleza y el origen de la riqueza pública”], traducido por Lagentie de Lavaïsse. Paris, 1808 [pág. 33].)

Sismondi ha fundado sobre la *oposición* entre el valor de uso y el valor de cambio su principal doctrina, según la cual la disminución de la renta es proporcional al crecimiento de la producción.

Lauderdale ha fundado su sistema sobre la razón inversa de las dos especies de valor, y su doctrina era tan popular en los tiempos de Ricardo, que éste podía hablar de ella como de una cosa generalmente conocida.

“Confundiendo las ideas del valor de cambio y de las riquezas ((valor de uso) se ha pretendido aseverar que es posible aumentar las riquezas disminuyendo la cantidad de cosas necesarias, útiles o agradables para la vida”. Ricardo, *Principios de economía política*, traducidos por Constancio, con notas de J. B. Say. Paris, 1835; t. II, capítulo *Sobre el valor y las riquezas*.)

Vemos que los economistas, antes del señor Proudhon, han “señalado” el misterio profundo de oposición y de contradicción. Veamos ahora cómo el señor Proudhon explica a su vez este misterio después de los economistas.

Si la demanda permanece invariable, el valor de cambio de un producto baja a medida que la oferta crece; en otros términos: cuanto mas abundante es un producto en relación a la demanda, más bajo es su valor de cambio o su precio. *Viceversa*: cuanto mas débil es la oferta en relación a la demanda, más sube el valor de cambio o el precio del producto ofrecido; en otros términos: cuanto más escasean los productos ofrecidos, con respecto a la demanda, más caros son. El valor de cambio de un producto depende de su abundancia o de su escasez, pero siempre con relación a la demanda. Suponed un producto más que raro, único en su género: este producto único será más que abundante, será superfluo, si no es demandado. Por el contrario, suponed un producto multiplicado por millones, y será raro si no basta para satisfacer la demanda, es decir, si está demasiado solicitado.

Estas son verdades, diríamos casi banales, pero que hemos tenido que reproducir aquí para hacer comprender los misterios del señor Proudhon.

“Así, pues, siguiendo el principio hasta sus últimas consecuencias se llegaría a la conclusión mas lógica del mundo: las cosas cuyo consumo es necesario y cuya cantidad es infinita, no deben valer nada; en cambio, las cosas cuya utilidad es nula y cuya escasez es extrema, deben tener un precio inestimable. Para colmo de males, la práctica no admite estos extremos: de un lado, ningún producto humano puede aumentar jamás en cantidad hasta el infinito; de otro, las cosas más raras deben ser útiles en un cierto grado, sin lo cual no tendrían ningún valor. El valor de uso y el valor de cambio

están, pues, fatalmente encadenados el uno al otro, si bien por su naturaleza tienden de continuo a excluirse" (t. I, pág. 39).

¿Cuál es el colmo de los males del señor Proudhon? Que ha olvidado simplemente la *demanda*, y que una cosa no puede ser escasa o abundante sino en tanto en cuanto sea solicitada. Dejando de lado la demanda, identifica el valor de cambio con la *escasez* y el valor de uso con la *abundancia*. En efecto, diciendo que las cosas "cuya *utilidad es nula* y cuya escasez es *extrema*, tienen un *precio inestimable*", afirma simplemente que el valor de cambio no es sino la escasez. "Escasez extrema y utilidad nula", es escasez pura. "Precio inestimable", es el maximum del valor de cambio, es el valor de cambio en estado puro. Entre estos dos términos coloca el signo de igualdad. Así, valor de cambio y escasez son dos términos equivalentes. Llegando a estas pretendidas "consecuencias extremas", el señor Proudhon lleva en efecto hasta el extremo, no las cosas, sino los términos que las expresan, dando así pruebas de tener más capacidad para la retórica que para la lógica. Vuelve a encontrar sus hipótesis primeras en toda su desnudez, cuando cree haber encontrado nuevas consecuencias. Gracias a este mismo procedimiento consigue identificar el valor de uso con la abundancia pura.

Después de haber puesto el signo de igualdad entre el valor de cambio y la escasez, entre el valor de uso y la abundancia, el señor Proudhon se asombra de no encontrar ni el valor de uso en la escasez y el valor de cambio, ni el valor de cambio en la abundancia y el valor de uso; y viendo que la practica no admite estos extremos, lo único que le queda es creer en el misterio. Para él existe precio inestimable porque no hay compradores, y no los encontrará jamás, mientras haga abstracción de la demanda.

Por otra parte la abundancia del señor Proudhon parece ser una cosa espontánea. Olvida por completo que hay gentes que la producen y que están interesadas en no perder nunca de vista la demanda. Si no, ¿cómo habría podido decir el señor Proudhon que la cosas que son muy útiles deben tener un precio muy bajo o incluso no costar nada? Por el contrario, debería haber llegado a la conclusión de que hace falta restringir la abundancia, la producción de cosas muy útiles, si se quiere elevar su precio, su valor de cambio.

Los antiguos viticultores de Francia, solicitando una ley que prohibiera la plantación de nuevas viñas; los holandeses, quemando las especies en Asía y arrancando los claveros en las islas Molucas, querían simplemente reducir la abundancia para alzar el valor de cambio. En el decurso de toda la Edad Media se procedía con arreglo a este mismo principio a limitar por medio de leyes el número de compañeros que podía tener un maestro, y el número de instrumentos que podía emplear (Véase: Anderson, *Historia del comercio*).

Después de haber presentado la abundancia como el valor de uso y la escasez como el valor de cambio —nada más fácil que demostrar que la abundancia y la escasez están en razón inversa—, el señor Proudhon identifica el valor de uso con la *oferta* y el valor de cambio con la *demanda*. Para hacer la antitesis aun mas tajante, sustituye los términos poniendo "*valor de opinión*" en lugar de valor de cambio. De esta suerte, la lucha cambia de terreno, y tenemos de un lado la utilidad (el valor de uso, la oferta) y de otro la *opinión* (el valor de cambio, la demanda).

¿Quién conciliará estas dos potencias opuestas? ¿Cómo ponerlas de acuerdo? ¿Se puede establecer entre ellas aunque sólo sea un punto de comparación?

Naturalmente, exclama el señor Proudhon, existe ese punto de comparación: el libre arbitrio. El precio resultante de esta lucha entre la oferta y la demanda, entre la utilidad y la opinión, no será la expresión de la justicia eterna.

El señor Proudhon sigue desarrollando esta antítesis:

"En mi calidad de *comprador libre*, soy el árbitro de mi necesidad, el arbitro de la conveniencia del objeto, el arbitro del precio que *yo quiero* pagar por el. Por otra parte, usted, en su calidad de *productor libre*, es dueño de los *medios de preparación del objeto*, y, por consiguiente, tiene la facultad de reducir sus gastos" (t. I, pág. 41).

Y como la demanda o el valor de cambio es identificada con la opinión, el señor Proudhon se ve precisado a decir:

"Esta demostrado que es el *libre arbitrio* del hombre el que da lugar a la oposición entre el valor de uso y el valor de cambio. ¿Cómo resolver esta oposición en tanto que subsista el libre arbitrio? ¿Y como sacrificar éste, a menos de sacrificar al hombre?" (t. I, pág. 41).

Así, pues, no se puede llegar a ningún resultado. Hay una lucha entre dos potencias, por decirlo así, inconmensurables, entre lo útil y la opinión, entre el comprador libre y el productor libre.

Veamos las cosas un poco más de cerca.

La oferta no representa exclusivamente la utilidad, la demanda no representa exclusivamente la opinión. ¿Acaso el que demanda no ofrece también un producto cualquiera o el signo representativo de todos los productos, el dinero? Y al ofrecerlo, ¿no representa acaso, según el señor Proudhon, la utilidad o el valor de uso?

Por otra parte, ¿acaso el que ofrece no demanda también un producto cualquiera o el signo representativo de todos los productos, el dinero? ¿Y acaso no se transforma así en el representante de la opinión, del valor de opinión o valor de cambio?

La demanda es al mismo tiempo una oferta, la oferta es al mismo tiempo una demanda. Así, la antitesis del señor Proudhon, identificando simplemente la oferta y la demanda, la una con la utilidad y la otra con la opinión, no descansa sino sobre una abstracción huera.

Lo que el señor Proudhon denomina valor de uso, otros economistas lo llaman con el mismo derecho valor de opinión. Sólo citaremos a Storch (Cours d'economie politique ["Curso de economía política"], París, 1823, págs. 48 y 49).

Según Storch, se denominan *necesidades* las cosas de que sentimos necesidad, y valores las cosas a las que atribuimos valor. La mayoría de las cosas tienen valor únicamente porque satisfacen las necesidades engendradas por la opinión. La opinión sobre nuestras necesidades puede cambiar,

por lo que la utilidad de las cosas, que no expresa más que una relación entre estas cosas y nuestras necesidades, también puede cambiar. Las propias necesidades naturales cambian continuamente. En efecto, ¡que gran variedad no hábil en los principales artículos alimenticios de los diferentes pueblos!

La lucha no se entabla entre la utilidad y la opinión: se entabla entre el valor de cambio que reclama el vendedor y el valor de cambio que ofrece el comprador. El valor de cambio del producto es cada vez la resultante de estas apreciaciones contradictorias.

En último análisis, la oferta y la demanda colocan frente a frente la producción y el consumo, Pero la producción y el consumo fundados en intercambios individuales.

El producto que se ofrece no es útil en si mismo. Su utilidad la establece el consumidor. Y aun cuando le reconozca la cualidad de ser útil, el producto no representa exclusivamente la utilidad. En el curso de la producción, el producto ha sido cambiado por todo el coste de producción —materias primas, salarios de los obreros, etc.—, cosas todas ellas que son valores de cambio. Por consiguiente, el .producto representa, a los ojos del productor, una suma de valores de cambio. Lo que el productor ofrece no es sólo un objeto útil, sino además y sobre todo un valor de cambio.

En cuanto a la demanda, sólo será efectiva a condición de tener a su disposición medios de cambio. Estos medios, a su vez, son productos, valores de cambia.

Por tanto, en la oferta y la demanda encontramos, de un lado, un producto que ha costado valores de cambio, y la necesidad de vender; de otro lado, medios que han costado valores de cambio, y el deseo de comprar.

El señor Proudhon opone el *comprador libre* al *productor libre*. Atribuye al uno y al otro cualidades puramente metafísicas. Esto le hace decir: "Esta demostrado que el *libre arbitrio* del hombre es el que da lugar a la oposición entre el valor de uso y el valor de cambio". [I, 41]

El productor, desde el momento que ha producido en una sociedad fundada sobre la división del trabajo y sobre el intercambio —y tal es la hipótesis del señor Proudhon—, esta obligado a vender. El señor Proudhon hace al productor dueño de los medios de producción; pero convendrá con nosotros en que sus medios de producción no dependen del *libre arbitrio*. Mas aún, estos medios de producción son en gran parte productos que le vienen de fuera, y en la producción moderna no posee ni siquiera la libertad de producir la cantidad que quiera. El grado actual de desarrollo de las fuerzas productivas le obliga a producir en tal o cual escala.

El consumidor no es más libre que el productor. Su opinión se basa en sus medios y sus necesidades. Los unos y las otras están determinados por su situación social, la cual depende a su vez de la organización social en su conjunto. Desde luego, el obrero que compra patatas y la concubina que compra encajes, se atienen a su opinión respectiva. Pero la diversidad de sus opiniones se explica por la diferencia de la posición que ocupan en el

mundo, y esta diferencia de posición es producto de la organización social.

¿En qué se funda el sistema de necesidades: en la opinión o en toda la organización de la producción? Lo más frecuente es que las necesidades nazcan directamente de la producción, o de un estado de cosas basado en la producción. El comercio universal gira casi por entero en torno a las necesidades, no del consumo individual, sino de la producción. Así, eligiendo otro ejemplo, la necesidad que hay de notarios ¿no supone un derecho civil dado, que no es sino una expresión de un cierto desarrollo de la propiedad, es decir, de la producción?

Al señor Proudhon no le basta haber eliminado de la relación entre la oferta y la demanda los elementos de que acabamos de hablar. Lleva la abstracción a los últimos límites, fundiendo a todos los productores en un solo productor y a todos los consumidores en un sólo consumidor, y haciendo que la lucha se entable entre estos dos personajes quiméricos. Pero en el mundo real las cosas ocurren de otro modo. La competencia entre los representantes de la oferta y la competencia entre los representantes de la demanda forman un elemento necesario de la lucha entre los compradores y los vendedores, de donde resulta el valor de cambio.

Después de haber eliminado los gastos de producción y la competencia, el señor Proudhon puede a su gusto reducir al absurdo la fórmula de la oferta y de la demanda.

"La oferta y la demanda —dice— no son otra cosa que dos *formas ceremoniales* que sirven para poner frente a frente el valor de uso y el valor de cambio y para provocar su conciliación. Son los dos polos eléctricos cuya unión debe producir el fenómeno de afinidad denominado *intercambio*" (t. I, págs. 49 y 50).

Con el mismo derecho podría decirse que el intercambio no es sino una "forma ceremonial", necesaria para poner frente a frente al consumidor y al objeto de consumo. Con igual derecho se podría decir que todas las relaciones económicas son "formas ceremoniales", por cuyo intermedio se efectiva el consumo inmediato. La oferta y la demanda son relaciones de una producción dada, ni más ni menos que los intercambios individuales.

Así, pues, ¿en que consiste toda la dialéctica del señor Proudhon? En sustituir el valor de uso y el valor de cambio, la oferta y la demanda, por nociones abstractas y contradictorias, tales como la escasez y la abundancia, la utilidad y la opinión, un productor y un consumidor, ambos *caballeros del libre arbitrio*.

¿A donde quería llegar por ese camino?

A procurarse el medio de introducir mas tarde uno de los elementos que había eliminado, el *costo de producción*, como la *síntesis* entre el valor de uso y el valor de cambio. Así es como el coste de producción constituye a sus ojos el *valor sintético o valor constituido*.

§ II. VALOR CONSTITUIDO O VALOR SINTÉTICO

"El valor (de cambio) es la piedra angular del edificio económico". El valor "constituido" es la piedra angular del sistema de contradicciones económicas.

Ahora bien, ¿qué es este "*valor constituido*" que representa todo el descubrimiento del señor Proudhon en economía política?

Una vez admitida la utilidad, el trabajo es la fuente del valor. La medida del trabajo es el tiempo. El valor relativo de los productos es determinado por el tiempo de trabajo necesario para producirlos. El precio es la expresión monetaria del valor relativo de un producto. Por último, el valor *constituido* de un producto es simplemente el valor que se forma, por el tiempo de trabajo plasmado en él.

Así como Adam Smith descubrió la *división del trabajo*, así también el señor Proudhon pretende haber descubierto el "*valor constituido*". Esto no es precisamente "algo inaudito", pero convengamos también en que no hay nada de inaudito en ningún descubrimiento de la ciencia económica. El señor Proudhon, que siente toda la importancia de su invención, trata, sin embargo, de atenuar el merito "para tranquilizar al lector a propósito de sus pretensiones de originalidad y buscar la reconciliación con los espíritus que por timidez son poco inclinados a las ideas nuevas". Pero conforme va exponiendo lo que cada uno de sus predecesores ha hecho para determinar el valor, se ve forzosamente impulsado a proclamar a los cuatro vientos que a él le pertenece la mayor parte, la parte del león.

"La idea sintética del valor había sido vagamente conjeturada por Adam Smith... Pero en Adam Smtih esta idea del valor era completamente intuitiva; ahora bien, la sociedad no cambia sus hábitos en virtud de la fe en intuiciones: lo que la hace decidirse es la autoridad de los hechos. Era preciso que la antinomia se expresase de una manera mas palpable y más nítida: J. B. Say fue su principal interprete." [I, 66]

He aquí la historia acabada del descubrimiento del valor sintético: A Smith posee la intuición vaga, J. B. Say la antinomia y el señor Proudhon la verdad constituyente y "constituida". Y nada de ofuscaciones al respecto: todos los demás economistas, desde Say hasta Proudhon, no han hecho más que azacanarse en el camino trillado de la antinomia.

"Es increible que tantos hombres inteligentes se devanen los sesos desde hace cuarenta años en torno a una idea tan simple. Pero no, *la equiparación de los valores se efectúa sin que haya entre ellos ningún punto de comparación y sin unidad de medida*: he aquí lo que han decidido sostener los economistas del siglo XIX contra todos, en lugar de abrazar la teoría revolucionaria de la igualdad. ¿Qué dirá la posteridad? (t. I, pág. 68).

La posteridad, tan bruscamente apostrofada, comenzara por sentirse perpleja en lo que atañe a la cronología. Necesariamente tendrá que preguntar:

¿Acaso Ricardo y su escuela no son economistas del siglo XIX? El sistema de Ricardo, fundado en el principio de que "el valor relativo de las mercancías depende exclusivamente de la cantidad de trabajo requerida para su producción", data de 1817. Ricardo es el jefe de toda una escuela, que reina en Inglaterra desde la Restauración. La doctrina ricardiana resume rigurosamente, despiadadamente, el punto de vista de toda la burguesía inglesa, que, a su vez, representa el tipo de la burguesía moderna. "¿Que dirá la posteridad?" No dirá que el señor Proudhon desconocía en absoluto a Ricardo, porque habla de él, y habla no poco, lo invoca constantemente y termina por decir que su doctrina es un "cúmulo de frases incoherentes". Si la posteridad interviene en este asunto algún día, dirá tal vez que el señor Proudhon, temiendo herir la anglofobia de sus lectores, prefirió hacerse el editor responsable de las ideas de Ricardo. Como quiera que sea, considerara muy ingenuo que el señor Proudhon presente como "teoría revolucionaria del porvenir" lo que Ricardo ha expuesto científicamente como la teoría de la sociedad actual, de la sociedad burguesa, y que acepte, por tanto, como solución de la antinomia entre la utilidad y el valor de cambio lo que Ricardo y su escuela han presentado mucho antes que él como la fórmula científica de un solo aspecto de la antinomia: del *valor de cambio*. Pero dejemos a un lado de una vez y para siempre la posteridad y hagamos que el señor Proudhon se caree con su predecesor Ricardo. He aquí algunos pasajes de este autor, que resumen su doctrina sobre el valor:

"La utilidad no es la medida del *valor de cambio*, aunque sea absolutamente necesaria para este último" (pág. 3, t. I de los *Principios de Economía política*, etc., traducidos del ingles por F. S. Constancio, Paris, 1835).

"Las cosas, una vez reconocidas como útiles por sí mismas, extraen su valor de cambio de dos fuentes: de su escasez y de la cantidad de trabajo necesario para obtenerlas. Hay cosas cuyo valor no depende más que de su escasez. Como ningún trabajo puede aumentar su cantidad, el valor de ellas no puede bajar aumentando la oferta. Tal es el caso de las estatuas o los cuadros de gran valor, etc. Este valor depende únicamente de la riqueza, de los gustos o del capricho de quienes desean adquirir semejantes objetos" (págs. 4 y 5, t. I, lug. cit.). "Pero en el conjunto de mercancías que se cambian a diario, el número de esos objetos es muy reducido. Como la inmensa mayoría de las cosas que se desea poseer son fruto del trabajo, se las puede multiplicar, no solamente en un país, sino en muchos, hasta un grado que es casi imposible limitar, siempre que se quiera emplear el trabajo necesario para crearlas" (pág. 5, t. I, lug. cit.). "Por eso, cuando hablamos de mercancías, de su valor de cambio y de los principios que regulan su precio relativo, no tenemos en cuenta sino aquellas mercancías cuya cantidad puede acrecentarse por el trabajo humano y cuya producción es estimulada por la competencia y no tropieza con traba alguna" (t. I, pág. 5).

Ricardo cita a A. Smith, que, según el, "ha determinado con gran precisión la fuente primitiva de todo valor de cambio" (cap. 5, libro I de Smith), y agrega:

"La doctrina según la cual esto (es decir, el tiempo de trabajo) es en realidad la base del valor de cambio de todas las cosas, excepto las que el trabajo humano no puede multiplicar a su voluntad, reviste la mas alta importancia en economía política: porque nada ha dado origen a tantos errores y divergencias en esta ciencia como el sentido vago y poco preciso que se da a la palabra valor" (pág. 8, t. I). "Si el valor de cambio de una cosa es determinado por la cantidad de trabajo contenido en ella, de aquí se deduce que todo aumento de la cantidad de trabajo debe necesariamente aumentar

el valor del objeto en cuya producción haya sido empleado el trabajo, y toda disminución de trabajo debe disminuir dicho valor" (t. I, pág. 8).

Ricardo reprocha después a A. Smith que:

1) "Da al valor otra medida, además del trabajo: unas veces el valor del trigo, otras la cantidad de trabajo que se puede comprar por esta cosa, etc." (t. I, págs. 9 y 10).

2) "Admite sin reserva el principio y, sin embargo, restringe su aplicación al estado primitivo y tosco de la sociedad, que precede a la acumulación de capitales y a la propiedad de la tierra" (t. I, pág. 21).

Ricardo pretende demostrar que la propiedad del suelo, es decir, la renta, no puede alterar el valor relativo de los productos agrícolas y que la acumulación de capitales no ejerce sino una acción pasajera y oscilatoria sobre los valores relativos determinados por la cantidad comparativa de trabajo empleado en su producción. Para apoyar esta tesis crea su famosa teoría de la renta de la tierra, descompone el capital en sus partes integrantes y, en fin de cuentas, no encuentra en el más que trabajo acumulado. Después desarrolla toda una teoría del salario y de la ganancia y demuestra que el salario y la ganancia tienen sus movimientos de alza y baja, en razón inversa el uno del otro, sin influir sobre el valor relativo del producto. No hace caso omiso de la influencia que la acumulación de capitales y su distinta naturaleza (capitales fijos y capitales circulantes), así como el nivel de los salarios, pueden ejercer sobre el valor proporcional de los productos. Esos problemas son los fundamentales para Ricardo.

"Toda economía en el trabajo —dice— disminuye siempre el valor relativo[1] de una mercancía, bien sea que esta economía afecte al trabajo necesario para la fabricación del objeto mismo, o bien al trabajo necesario para la formación del capital empleado en esta producción" (t. I, pág. 28). "Por consiguiente, mientras el trabajo de una jornada continué proporcionando a uno la misma cantidad de pescado y a otro la misma cantidad de caza, el nivel natural de los precios respectivos de cambio seguirá siendo siempre el mismo, por mucho que varíen los salarios y la ganancia y pese a todos los efectos de la acumulación de capital" (t. I, pág. 32). "Hemos conceptuado el trabajo como la base del valor de las cosas, y la cantidad de trabajo necesaria para su producción como la regla que determina las cantidades respectivas de las mercancías que deben darse a cambio por otras: pero no hemos pretendido negar que haya en el precio corriente de las mercancías cierta desviación accidental y pasajera de este precio primitivo y natural" (t. I, pág. 105, lug. cit.). "Los precios de las cosas se regulan, en definitiva, por los gastos de producción, y no por la proporción entre la oferta y la demanda, como se ha afirmado con frecuencia" (t. II, pág. 253).

Lord Lauderdale había explicado las variaciones del valor de cambio según la ley de la oferta y la demanda, o de la escasez y la abundancia con relación a la demanda. Según él, el valor de una cosa puede aumentar cuando disminuye la cantidad de esta cosa o cuando aumenta la demanda; el valor puede disminuir al aumentar la cantidad de esta cosa o al disminuir la demanda. Por tanto, el valor de una cosa puede cambiar bajo la acción de ocho causas diferentes, a saber: de cuatro causas relativas a esta cosa misma y de cuatro causas relativas al dinero o a cualquier otra mercancía que sirva de medida de su valor. He aquí la refutación de Ricardo:

“El valor de los productos que son monopolio de un particular o de una compañía varía de acuerdo con la ley que lord Lauderdale ha formulado: baja a medida que aumenta la oferta de estos productos y se eleva cuanto mayor es el deseo de los compradores de adquirirlos; su precio no guarda ninguna relación necesaria con su valor natural. Pero en cuanto a las cosas que están sujetas a la competencia entre los vendedores y cuya cantidad puede aumentar dentro de limites moderados, su precio depende en definitiva, no de la proporción entre la demanda y la oferta, sino del aumento o de la disminución del coste de producción” (t. II, pág. 259).

Dejemos al lector que establezca la comparación entre el lenguaje tan preciso, tan claro y tan simple de Ricardo y los esfuerzos retóricos que hace el señor Proudhon, para llegar a la determinación del valor relativo por el tiempo de trabajo.

Ricardo nos muestra el movimiento real de la producción burguesa, movimiento que constituye el valor. El señor Proudhon, haciendo abstracción de este movimiento real, “se devana los sesos” para inventar nuevos procedimientos a fin de regular el mundo según una fórmula pretendidamente nueva, que no es sino la expresión teórica del movimiento real existente y tan bien expuesto por Ricardo. Ricardo toma como punto de partida la sociedad actual, para demostrarnos como constituye ésta el valor: el señor Proudhon toma como punto de partida el valor constituido, para constituir un nuevo mundo social por medio de este valor. Según el señor Proudhon, el valor constituido debe describir un círculo y volver a ser de nuevo el principio constituyente para un mundo ya enteramente constituido según este modo de evaluación. La determinación del valor por el tiempo de trabajo es para Ricardo la ley del valor de cambio: para el señor Proudhon es la síntesis del valor de uso y del valor de cambio. La teoría del valor de Ricardo es la interpretación científica de la vida económica actual: la teoría del valor del señor Proudhon es la interpretación utópica de la teoría de Ricardo. Ricardo consigna la verdad de su fórmula haciéndola derivar de todas las relaciones económicas y explicando por este medio todos los fenómenos, inclusive los que a primera vista parecen contradecirla, como la renta, la acumulación de capitales y la relación entre los salarios y las ganancias; esto es cabalmente lo que hace de su doctrina un sistema científico. El señor Proudhon, que ha vuelto a descubrir esta fórmula de Ricardo por medio de hipótesis totalmente arbitrarias, se ve obligado después a buscar hechos económicos aislados que violenta y falsifica, con el fin de hacerlos pasar como ejemplos, como aplicaciones ya existentes, como comienzos de realización de su idea regeneradora. (Véase nuestro § 3, *Aplicación del valor constituido*).

Pasemos ahora a las conclusiones que el señor Proudhon deduce del valor constituido (por el tiempo de trabajo).

— Una cierta cantidad de trabajo equivale al producto creado por esta misma cantidad de trabajo.

— Toda jornada de trabajo vale tanto como otra jornada de trabajo; es decir, siendo igual la cantidad, el trabajo de un hombre vale tanto como el trabajo de otro: no hay diferencia cualitativa. Siendo igual la cantidad de trabajo, el producto del uno se cambia por el producto del otro. Todos los hombres son trabajadores asalariados, retribuidos en igual medida por un tiempo igual de trabajo. Una igualdad perfecta preside los cambios.

¿Son estas conclusiones las consecuencias naturales, rigurosas del valor “constituido” o determinado por el tiempo de trabajo?

Si el valor relativo de una mercancía es determinado por la cantidad de trabajo requerido, para producirla, de aquí se deduce naturalmente que el valor relativo del trabajo, o salario, es igualmente determinado por la cantidad de trabajo preciso para producir el salario. El salario, es decir, el valor relativo o precio del trabajo, se determina, pues, por el tiempo de trabajo que hace falta a fin de producir todo lo necesario para el mantenimiento del obrero.

"*Disminuid los gastos de fabricación* de los sombreros y su precio terminará por descender hasta su nuevo precio natural, aunque la demanda pueda doblarse, triplicarse o cuadruplicarse. *Disminuid los gastos de mantenimiento de los hombres*, disminuyendo el precio natural de la alimentación y del vestido que sirven para el sostenimiento de su vida, y veréis que los salarios terminan por bajar, a pesar de que la demanda de brazos haya podido crecer considerablemente" (Ricardo, t. II, pág. 253).

Ciertamente, el lenguaje de Ricardo no puede ser más cínico. Poner al mismo nivel los gastos de fabricación de sombreros y los gastos de sostenimiento del hombre, es transformar al hombre en sombrero. Pero no alborotemos mucho hablando de cinismo. El cinismo esta en la realidad de las cosas y no en las palabras que expresan esa realidad. Escritores franceses tales como los señores Droz, Blanqui, Rossi y otros se dan la inocente satisfacción de demostrar su superioridad sobre los economistas ingleses tratando de guardar la etiqueta de un lenguaje "humanitario"; si reprochan a Ricardo y a su escuela su lenguaje cínico, es porque les resulta desagradable ver expuestas las relaciones económicas en toda su crudeza, ver descubiertos los misterios de la burguesía.

Resumamos: El trabajo, siendo él mismo mercancía, se mide como tal por el tiempo de trabajo que hace falta para producir el trabajo-mercancía. ¿Y qué hace falta para producir el trabajo-mercancía? Justamente el tiempo de trabajo que se invierte en la producción de los objetos indispensables para el mantenimiento incesante del trabajo, es decir, para dar al trabajador la posibilidad de vivir y de propagar su especie. El precio natural del trabajo no es otra cosa que el mínimo de salario[2]. Si el precio corriente del salario se eleva por encima de su precio natural, es precisamente porque la ley del valor, erigida en principio por el señor Proudhon, encuentra su contrapeso en las consecuencias de las variaciones que experimenta la relación entre la oferta y la demanda. Pero el mínimo de salario sigue siendo, no obstante, el centro en torno al cual gravitan los precios corrientes del salario.

Por tanto, el valor relativo medido por el tiempo de trabajo es fatalmente la fórmula de la esclavitud moderna del obrero, en lugar de ser, como quiere el señor Proudhon, la "teoría revolucionaria" de la emancipación del proletariado.

Veamos ahora en qué medida la aplicación del tiempo de trabajo, como medida del valor, es incompatible con el antagonismo de clases existentes y con la desigual distribución del producto entre el trabajador directo y el poseedor de trabajo acumulado.

Supongamos un producto cualquiera: por ejemplo, el lienzo. Este producto, como tal, contiene una cantidad de trabajo determinada. Esta cantidad de trabajo será siempre la misma, cualquiera que sea la situación recíproca de los que han participado en la creación de este producto.

Tomemos otro producto: el paño, y supongamos que su fabricación ha requerido la misma cantidad de trabajo que el lienzo.

Cambiando estos dos productos, cambiamos cantidades iguales de trabajo. Cambiando estas cantidades iguales de tiempo de trabajo, no modificamos la situación reciproca de los productores, como tampoco alteramos en nada las relaciones mutuas entre los obreros y los fabricantes. Afirmar que este trueque de productos medidos por el tiempo de trabajo tiene como consecuencia la retribución igualitaria de todos los productores, es suponer que con anterioridad al cambio existía igualdad de participación en el producto. Cuando se realice el cambio de paño por lienzo, los productores del paño participaran del lienzo en la misma proporción en que antes habían participado del paño.

La ofuscación del señor Proudhon proviene de que toma como consecuencia lo que, en el mejor de los casos, no es más que una suposición gratuita.

Sigamos.

Al tomar el tiempo de trabajo como medida del valor, ¿suponemos, al menos, que las jornadas son *equivalentes* y que la jornada de un hombre vale tanto como la jornada de otro? No.

Supongamos por un instante que la jornada de un joyero equivale a tres jornadas de un tejedor; también en este caso todo cambio del valor de las alhajas con relación a los tejidos, a menos que no sea el resultado pasajero de las oscilaciones de la demanda y la oferta, debe tener por causa una disminución o un aumento del tiempo de trabajo empleado de un lado o de otro en la producción. Si tres jornadas de trabajo de diferentes trabajadores son entre sí como 1, 2, 3, todo cambio en el valor relativo de sus productos será un cambio en esta misma proporción de 1, 2, 3. Por tanto, se pueden medir los valores por el tiempo de trabajo, a pesar de la desigualdad del valor de las diferentes jornadas de trabajo; mas, para aplicar semejante medida, necesitamos tener una escala comparativa de las diferentes jornadas de trabajo: esta escala se establece por la competencia.

¿Vale vuestra hora de trabajo tanto como la mía? Esta es una cuestión que se resuelve por la competencia.

La competencia, según un economista americano, determina cuantas jornadas de trabajo simple se contienen en una jornada de trabajo complejo. ¿No supone acaso esta reducción de jornadas de trabajo complejo a jornadas de trabajo simple que se toma precisamente por medida del valor el trabajo simple? El hecho de que sólo sirva de medida del valor la cantidad de trabajo independientemente de su calidad, supone a su vez que el trabajo simple es el eje de la actividad productiva. Ese hecho supone que los diferentes trabajos son igualados por la subordinación del hombre a la máquina o por la división extrema del trabajo; que el trabajo desplaza la personalidad humana a un segundo plano; que el péndulo ha pasado a ser la medida exacta de la actividad relativa de dos obreros, como lo es de la velocidad de dos locomotoras. Por eso, no hay que decir que una hora de trabajo de un hombre vale tanto como una hora de otro hombre, sino más bien que un hombre en una hora vale tanto como otro hombre en una hora. El tiempo lo es todo, el hombre no es nada; es, a lo sumo, la cristalización del tiempo. Ya no se trata de la calidad. La cantidad lo decide todo: hora por hora, jornada por jornada; pero esta nivelación del trabajo no es obra de la justicia eterna del señor Proudhon, sino simplemente un hecho de la industria moderna.

En el taller mecánico, el trabajo de un obrero no se diferencia casi nada del trabajo de otro: los obreros sólo pueden distinguirse entre sí por la cantidad de tiempo que emplean en el trabajo. Sin embargo, esta diferencia cuantitativa se convierte, desde cierto punto de vista, en cualitativa, por cuanto el tiempo invertido en el trabajo depende, en parte, de causas puramente materiales, como la constitución física, la edad, el sexo; en parte, de causas morales puramente negativas, como la paciencia, la impasibilidad, la Asiduidad. Por ultimo, si media una diferencia cualitativa en el trabajo de los obreros, es, todo lo más, una calidad de la peor calidad, que está lejos de ser una particularidad distintiva. Tal es, en último análisis, el estado de cosas en la industria moderna. Y sobre esta igualdad ya existente del trabajo mecanizado, el señor Proudhon pasa el cepillo de la "nivelación" que se propone realizar universalmente en "el porvenir".

Todas las secuelas "igualitarias" que el señor Proudhon deduce de la doctrina de Ricardo se basan en un error fundamental. Se trata de que confunde el valor de las mercancías medido por la cantidad de trabajo materializado en ellas con el valor de las mercancías medido por "*el valor del trabajo*". Si estas dos maneras de medir el valor de las mercancías se confundiesen en una sola, se podría decir indistintamente: el valor relativo de una mercancía cualquiera se mide por la cantidad de trabajo cristalizado en ella; o bien: se mide por la cantidad de trabajo que se puede comprar con ella: o también: se mide por la cantidad de trabajo por la que se puede adquirir dicha mercancía. Pero las cosas no ocurren así ni mucho menos. El valor del trabajo no puede servir de medida de valor, como tampoco puede servir el valor de ninguna otra mercancía. Unos cuantos ejemplos serán suficientes para explicar mejor aún lo que acabamos de decir.

Si el moyo[3] de trigo costase dos jornadas de trabajo en lugar de una, se duplicaría su valor primitivo, pero no pondría en movimiento doble cantidad de trabajo, porque seguiría conteniendo la misma porción de materia nutritiva que antes. Por tanto, el valor del trigo medido por la cantidad de trabajo empleado para producirlo se habría duplicado; pero medido, bien por la cantidad de trabajo que se puede comprar con él, bien por la cantidad de trabajo por la que puede ser comprado, estaría lejos de haberse duplicado. Por otra parte, si el mismo trabajo produjese el doble de vestidos que antes, el valor relativo de los vestidos bajaría a la mitad; pero, sin embargo, la capacidad de esta doble cantidad de vestidos de disponer de una determinada cantidad de trabajo no quedaría por eso reducida a la mitad, o, en otros términos, el mismo trabajo no podría obtener a su disposición doble cantidad de vestidos; porque la mitad de los vestidos fabricados ahora seguiría rindiendo al obrero el mismo servicio que antes.

Por tanto, determinar el valor relativo de las mercancías por el valor del trabajo significa contradecir los hechos económicos. Significa moverse en un círculo vicioso, determinar el valor relativo por un valor relativo que, a su vez, necesita ser determinado.

Es indudable que el señor Proudhon confunde las dos medidas: la medida por el tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía y la medida por el valor del trabajo. "El trabajo de todo hombre —dice— puede comprar el valor que en si encierra". Así, según él, una cierta cantidad de trabajo contenido en un producto equivale a la retribución del trabajador, es decir, al valor del trabajo. Sobre esta misma base confunde los gastos de producción con el salario.

"¿Qué es el salario? Es el precio de coste del trigo, etc., es el precio íntegro de todas las cosas. Vayamos más allá aún: el salario es la proporcionalidad de los elementos que componen la riqueza".

¿Qué es el salario? Es el valor del trabajo.

Adam Smith toma como medida del valor, ya el tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía ya el valor del trabajo. Ricardo ha puesto de relieve este error haciendo ver claramente la disparidad de estas dos maneras de medir. El señor Proudhon ahonda el error de Adam Smith identificando las dos cosas, que en Adam Smith sólo están en yuxtaposición.

El señor Proudhon busca una medida del valor relativo de las mercancías con el fin de encontrar la justa proporción en la que los obreros deben participar de los productos, o, en otros términos, con el fin de determinar el valor relativo del trabajo. Para determinar la medida del valor relativo de las mercancías no concibe nada mejor que presentar como equivalente de una cierta cantidad de trabajo la suma de productos creados por ella, lo cual es lo mismo que suponer que toda la sociedad se compone únicamente de trabajadores directos, que reciben como salario su propio producto. En segundo lugar, da como un hecho la equivalencia de las jornadas de los diversos trabajadores. En una palabra, busca la medida del valor relativo de las mercancías para encontrar la retribución igual de los trabajadores, y admite como un hecho ya plenamente establecido la igualdad de los salarios, para, partiendo de esta igualdad, encontrar el valor relativo de las mercancías. ¡Qué admirable dialéctica!

"Say y los economistas que le siguen han señalado que, tomando el trabajo como principio y causa eficiente del valor, caemos en un circulo vicioso, ya que el trabajo mismo esta sujeto a evaluación, es una mercancía como otra cualquiera. Diré con permiso de estos economistas que, el hablar así, han dado prueba de una prodigiosa falta de atención. Al trabajo se le asigna valor, no en tanto en cuanto es mercancía, sino teniendo en cuenta los valores que, según se supone, están contenidos potencialmente en él. El valor del trabajo es una expresión figurada, una anticipación de la causa sobre el efecto. Es una ficción, lo mismo que la *productividad del capital.* El trabajo produce, el capital vale... Por una especie de elipsis se habla del valor del trabajo... El trabajo, como la libertad..., es cosa vaga e indeterminada por naturaleza, pero que se define cualitativamente por su objeto, es decir, que se hace realidad por el producto". [I, 61]

"Mas ¿para que insistir? Puesto que el economista (léase: el señor Proudhon) cambia el nombre de las cosas, *vera rerum vocabula*[4], reconoce implícitamente su impotencia y elude la cuestión" (Proudhon, I, 188).

Como vemos, el señor Proudhon convierte el valor del trabajo en "la causa eficiente" del valor de los productos, hasta el punto de que el *salario*, nombre oficial del "valor del trabajo", forma, según él, el precio integro de toda cosa. He aquí por que le produce perplejidad la objeción de Say. En el trabajo-mercancía, que es una realidad espantosa, no ve más que una elipsis gramatical. Lo que quiere decir que toda la sociedad actual, basada en el trabajo-mercancía, desde ahora se basa en una licencia poética, en una expresión figurada. Y si la sociedad quiere "eliminar todos los inconvenientes" que sufre, lo que tiene que hacer es eliminar los términos malsonantes, cambiar de lenguaje, para lo cual debe dirigirse a la Academia y solicitar una

nueva edición de su diccionario. Después de todo lo que acabamos de ver, no es difícil comprender por qué el señor Proudhon, en una obra de economía política, ha considerado necesario extenderse en largas disertaciones sobre la etimología y otras partes de la gramática. Así, aún polemiza con aire de sabiduría contra la opinión anticuada de que la palabra *servus*[5] procede de *servare*[6]. Estas disertaciones filológicas tienen un sentido profundo, un sentido esotérico, son una parte esencial de la argumentación del señor Proudhon.

El trabajo[7], en tanto que se vende y se compra, es una mercancía como otra cualquiera, y por consiguiente tiene un valor de cambio. Pero el valor del trabajo, o el trabajo como mercancía, es tan poco productivo como es poco nutritivo el valor del trigo, o el trigo en calidad de mercancía.

El trabajo "vale" más o menos según sea la carestía de los productos alimenticios, según sea el grado de la oferta y la demanda de brazos, etc., etc.

El trabajo no es una "cosa vaga"; se vende y se compra, no el trabajo en general, sino siempre un trabajo determinado. No es sólo el trabajo el que se define cualitativamente por el objeto, sin que el objeto, a su vez, se determina por la calidad específica del trabajo.

El trabajo, en tanto que se vende y se compra, es él mismo una mercancía. ¿Por qué se le compra? "Teniendo en cuenta los valores que, según se supone, están contenidos potencialmente en el". Pero cuando se dice que tal cosa es una mercancía, no se trata ya del fin con el que se la compra, es decir, de la utilidad que se quiere sacar de ella, de la aplicación que de ella se quiere hacer. Es una mercancía como objeto de tráfico. Todos los razonamientos del señor Proudhon se reducen a lo siguiente: el trabajo no se compra como objeto inmediato de consumo. Naturalmente que no: se le compra como instrumento de producción, como se compraría una máquina. En tanto que mercancía, el trabajo tiene valor, pero no produce. El señor Proudhon podría decir con el mismo derecho que no existen en general mercancías, puesto que toda mercancía se compra únicamente por su utilidad y nunca como tal mercancía.

Midiendo el valor de las mercancías por el trabajo, el señor Proudhon entrevé vagamente la imposibilidad de sustraer a esta misma medida el trabajo por cuanto encierra valor, por cuanto es trabajo-mercancía. Presiente que esto significa reconocer el mínimo de salario como el precio natural y normal del trabajo directo, aceptar el estado actual de la sociedad. Para eludir esta deducción fatal, gira en redondo y afirma que el trabajo no es una mercancía, que el trabajo no puede tener valor. Olvida que el mismo ha tornado como medida el valor del trabajo, olvida que todo sistema se basa en el trabajo-mercancía, en el trabajo que se trueca, se vende y se compra, se cambia por productos, etc.; en una palabra, en el trabajo que es una fuente inmediata de ingresos para el trabajador. Lo olvida todo.

Para salvar su sistema, consiente en sacrificar su base.

Et propter vitam vivendi perdere causas![8]

Llegamos ahora a una nueva definición "del valor *constituido*".

"El valor es la *relación de proporcionalidad* de los productos que componen la riqueza".

Señalemos ante todo que el simple termino de "valor relativo o de cambio" implica la idea de una u otra relación en la que los productos se cambian recíprocamente. Dando a esta relación el nombre de "relación de proporcionalidad", nada cambia en el valor relativo, a no ser la denominación. Ni la depreciación ni el alza del valor de un producto destruyen la propiedad que tiene de encontrarse en una u otra "relación de proporcionalidad" con los demás productos que forman la riqueza.

¿Para qué, pues, este nuevo termino, que no aporta una nueva idea?

La "relación de proporcionalidad" hace pensar en otras muchas relaciones económicas, tales como la proporcionalidad de la producción, la justa proporción entre la oferta y la demanda, etc.; y el señor Proudhon ha pensado en todo esto al formular esta paráfrasis didáctica del valor de cambio. En primer lugar, como el valor relativo de los productos está determinado por la cantidad comparativa del trabajo empleado en la producción de cada uno de ellos, la relación de proporcionalidad, aplicada a este caso especial, significa la cantidad respectiva de productos que pueden ser fabricados en un tiempo dado y que, por tanto, se cambian entre sí.

Veamos qué partido saca el señor Proudhon de esta relación de proporcionalidad.

Todo el mundo sabe que, cuando la oferta y la demanda se equilibran, el valor relativo de un producto cualquiera se determina exactamente por la cantidad de trabajo plasmado en él, es decir, este valor relativo expresa la relación de proporcionalidad precisamente en el sentido que acabamos de explicar. El señor Proudhon invierte el orden de las cosas. Comenzad, dice, por medir el valor relativo de un producto por la cantidad de trabajo contenido en él, y entonces la oferta y la demanda se equilibraran infaliblemente. La producción corresponderá al consumo, los productos se cambiarán siempre y sus precios corrientes expresarán con exactitud su justo valor. En lugar de decir como todo el mundo: cuando hace buen tiempo, se ve pasear a mucha gente, el señor Proudhon saca de paseo a sus personajes para poder asegurarles buen tiempo.

Lo que el señor Proudhon presenta como la consecuencia del valor de cambio determinado *a priori por* el tiempo de trabajo, no podría justificarse sino por una ley formulada más o menos en estos términos:

Desde ahora los productos deben cambiarse de conformidad exacta con el tiempo de trabajo empleado en ellos. Cualquiera que sea la proporción entre la oferta y la demanda, el intercambio de mercancías deberá hacerse siempre como si hubiesen sido producidas proporcionalmente a la demanda. Que el señor Proudhon formule y presente semejante ley; en este caso no le exigiremos pruebas. Pero si, por el contrario, desea justificar su teoría como economista, y no como legislador, deberá probar que el *tiempo* necesario para la producción de una mercancía indica exactamente su grado de *utilidad* y expresa su relación de proporcionalidad en orden a la demanda, y por consiguiente en orden al conjunto de las riquezas. En este caso, si un producto se vende por un precio igual a sus gastos de producción, la oferta y la demanda se equilibraran siempre, porque los gastos de producción

expresan la verdadera relación entre la oferta y la demanda.

El señor Proudhon trata efectivamente de probar que el tiempo de trabajo indispensable para crear un producto expresa su justa proporción con respecto a las necesidades, de suerte que las cosas cuya producción requiere la menor cantidad de tiempo son las que tienen una utilidad más inmediata, y así sucesivamente. El solo hecho de la producción de un objeto de lujo prueba, según esta doctrina, que la sociedad dispone de tiempo sobrante que le permite satisfacer una necesidad de lujo.

En cuanto a la demostración misma de su tesis, el señor Proudhon la encuentra en que, según sus observaciones, las cosas más útiles requieren la menor cantidad de tiempo para su producción, en que la sociedad comienza siempre por las industrial mas fáciles y luego, de un modo gradual, "pasa a la producción de los objetos que cuestan mas tiempo de trabajo y que corresponden a necesidades de un orden mas elevado".

El señor Proudhon toma del señor Dunoyer el ejemplo de la industria extractiva —recolección de frutos, pastoreo, caza, pesca, etc.—, que es la industria mas simple, la menos costosa y con la que el hombre comenzó "el primer día de su segunda creación". El primer día de su primera creación esta descrito en el génesis, que nos presenta a Dios como el primer industrial del mundo.

En realidad, las cosas ocurren de modo muy distinto a como piensa el señor Proudhon. Desde el principio mismo de la civilización, la producción comienza a basarse en el antagonismo de los rangos, de los estamentos, de las clases, y por último, en el antagonismo entre el trabajo acumulado y el trabajo directo. Sin antagonismo no hay Progreso. Tal es la ley a la que se ha subordinado hasta nuestros días la civilización. Las fuerzas productivas se han desarrollado hasta el presente gracias a este régimen de antagonismo entre las clases. Afirmar que los hombres pudieron dedicarse a la creación de productos de un orden superior y a industrias más complicadas porque todas las necesidades de todos los trabajadores estaban satisfechas, significaría hacer abstracción del antagonismo de clases y subvertir todo el desarrollo histórico. Es como si se quisiera decir que, porque en tiempos de los emperadores romanos se alimentaba a las murenas en piscinas artificiales, había víveres abundantes para toda la población romana; al contrario, el pueblo romano se veía privado de lo necesario para comprar pan, mientras los aristócratas romanos no carecían de esclavos para arrojarlos como pasto de las murenas.

El precio de los víveres ha ido subiendo casi constantemente, mientras que el precio de los objetos manufacturados y de lujo ha ido bajando casi de continuo. Tomemos incluso la agricultura: los productos más indispensables, como el trigo, la carne, etc., suben de precio, en tanto que el algodón, el azúcar, el café, etc., bajan sin cesar en una proporción sorprendente. Y hasta entre los comestibles propiamente dichos, los artículos de lujo, tales como las alcachofas, los espárragos, etc., son hoy relativamente más baratos que los productos alimenticios de primera necesidad. En nuestra época, lo superfluo es más fácil de producir que lo necesario. Por último, en diferentes épocas históricas, las relaciones reciprocas de los precios no sólo son diferentes, sino opuestas. En toda la Edad Media, los productos agrícolas eran relativamente mas baratos que los artículos manufacturados; en los tiempos modernos están en razón inversa. ¿Se deduce de ello que la utilidad de los productos agrícolas haya disminuido después de la Edad Media?

El uso de los productos se determina por las condiciones sociales en que se encuentran los consumidores, y estas condiciones reposan en el antagonismo de clases.

El algodón, la patata y el aguardiente son artículos del uso más común. La patata ha dado origen a la escrófula; el algodón ha desplazado en gran parte el lino y la lana, a pesar de que la lana y el lino son, en muchos casos, mas útiles aunque sólo sea desde el punto de vista de la higiene; por último, el aguardiente se ha impuesto a la cerveza y al vino, pese a que el aguardiente, empleado en calidad de producto alimenticio, este considerado generalmente como un veneno. Durante todo un siglo, los gobiernos lucharon en vano contra este opio europeo; la economía prevaleció dictando sus leyes al consumo.

¿Por qué, pues, el algodón, las patatas y el aguardiente son la piedra angular de la sociedad burguesa? Porque su producción requiere la menor cantidad de trabajo y, por consiguiente, tienen el más bajo precio. ¿Por qué el mínimo de precio determina el máximo de consumo? ¿Será tal vez a causa de la utilidad absoluta de estos artículos, de su utilidad intrínseca, de su utilidad en el sentido de que satisfacen de la manera mejor las necesidades del obrero como hombre y no del hombre como obrero? No, es porque, en una sociedad basada en la miseria, los productos más *miserables* tienen la prerrogativa fatal de servir para el consumo de las grandes masas.

Decir que, puesto que las cosas que menos cuestan son las de mayor consumo, deben ser las de mayor utilidad, equivale a decir que el uso tan extendido del aguardiente, determinado por su bajo coste de producción, es la prueba mas concluyente de su utilidad; equivale a decir al proletario que las patatas son para él más saludables que la carne; equivale a aceptar el estado de cosas vigente; equivale, en fin, a hacer con el señor Proudhon la apología de una sociedad sin comprenderla.

En una sociedad futura, donde habrá cesado el antagonismo de clases y donde no habrá clases, el consumo no será ya determinado por el *mínimo* de tiempo necesario para la producción; al contrario, la cantidad de tiempo que ha de consagrarse a la producción de los diferentes objetos será, determinada por el grado de utilidad social de cada uno de ellos.

Pero volvamos a la tesis del señor Proudhon. Puesto que el tiempo de trabajo necesario para la producción de un objeto no expresa ni mucho menos su grado de utilidad, el valor de cambio de este mismo objeto, determinado de antemano por el tiempo de trabajo materializado en él, no puede en ningún caso regular la justa proporción entre la oferta y la demanda, es decir, la relación de proporcionalidad en el sentido que le da ahora el señor Proudhon.

"La relación de proporcionalidad" entre la oferta y la demanda, o la parte proporcional de un producto cualquiera en el conjunto de la producción, no es determinado en modo alguno por la venta de este producto a un precio igual a su coste de producción; son las *variaciones de la demanda* y de la *oferta* las que indican al productor la cantidad en la que es preciso producir una mercancía, para recibir a cambio cuando menos los gastos de producción. Y como estas variaciones son continuas, existe también un movimiento continuo de flujo y reflujo de capitales en las diferentes ramas de

la industria.

"Sólo como resultado de semejantes variaciones los capitales son consagrados precisamente en la proporción requerida, y no en otra superior, a la producción de las diferentes mercancías para las que existe demanda. Con el alza o la baja de los precios, las ganancias se elevan por encima o caen por debajo de su nivel general, y como consecuencia los capitales son atraídos a una determinada rama de la producción o retirados de ella según tenga lugar una u otra de estas variaciones". — "Si miramos a los mercados de las grandes ciudades veremos con que regularidad son provistos de todo genero de mercancías, nacionales y extranjeras, en la cantidad requerida y por mucho que varía la demanda a causa del capricho, del gusto o de los cambios en la población; sin que sea frecuente un abarrotamiento de los mercados por una superabundancia en la oferta, ni una excesiva carestía por la debilidad de la oferta en comparación con la demanda: debemos reconocer que el principio que distribuye el capital en cada rama de la producción, en las *proporciones exactamente convenientes,* ejerce su acción con más fuerza de lo que se supone de ordinario" (Ricardo, t. I, págs. 105 y 108).

Si el señor Proudhon reconoce que el valor de los productos es determinado por el tiempo de trabajo, debe reconocer igualmente este movimiento oscilatorio, el único que en las sociedades fundadas en los cambios individuales hace del tiempo de trabajo la medida del valor. No existe una "relación de proporcionalidad" plenamente constituida, existe tan sólo un movimiento constituyente.

Acabamos de ver en que sentido sería justo hablar de "proporcionalidad" como de una consecuencia del valor determinado por el tiempo de trabajo. Ahora veremos cómo esta medida del valor por el tiempo, denominada por el señor Proudhon "ley de proporcionalidad", se transforma en ley de *desproporcionalidad*.

Todo nuevo invento que permite producir en una hora lo que antes era producido en dos, desvaloriza todos los productos homogéneos que se encuentran en el mercado. La competencia obliga al productor a vender el producto de dos horas no más caro que el producto de una hora. La competencia realiza la ley según la cual el valor relativo de un producto es determinado por el tiempo de trabajo necesario para crearlo. El hecho de que el tiempo de trabajo sirva de medida de valor de cambio, se convierte así en la ley de una desvalorización continua del trabajo. Es más. La desvalorización se extiende no solamente a las mercancías llevadas al mercado, sino también a los instrumentos de producción y a toda la empresa. Este hecho lo señala ya Ricardo al decir:

"Aumentando constantemente la facilidad de producción, disminuimos constantemente el valor de algunas de las cosas producidas antes" (t. II, págs. 59).

Sismondi va más allá. En este "valor *constituido*" por el tiempo de trabajo ve la fuente de todas las contradicciones de la industria y del comercio moderno.

"El valor mercantil —dice— es determinado siempre, en definitiva, por la cantidad de trabajo necesario para procurarse la cosa evaluada: no por la cantidad de trabajo que de hecho se ha empleado en ella, sino por la que deberá emplearse más adelante con medios de producción tal vez perfeccionados; y esta cantidad, aunque sea difícil apreciarla, siempre es establecida con fidelidad por la competencia... Sobre esta base es calculada la demanda del vendedor, lo mismo que la oferta del comprador. El primero afirmará tal vez que la cosa le ha costado diez jornadas de trabajo; pero si el otro sabe que en adelante puede producirse en ocho jornadas de trabajo, y si la competencia aporta la demostración a ambas partes, el valor se reducirá sólo a ocho jornadas y el precio en el mercado se establecerá a ese nivel. El vendedor y el comprador saben, naturalmente, que la cosa es útil, que es deseada y que sin este deseo no habría venta; pero la fijación del precio no guarda ninguna relación con la utilidad". (*Estudios*, etc., t. II, pág. 267, edición de Bruselas.)

Es importante insistir aquí en que el valor no es determinado por el tiempo en que una cosa ha sido producida, sino por el mínimo de tiempo en que puede ser producida, y este mínimo es establecido por la competencia. Supongamos por un momento que haya desaparecido la competencia y que, por consiguiente, no exista medio de establecer el mínimo de trabajo necesario para la producción de una mercancía. ¿Que ocurrirá? Bastará invertir en la producción de un objeto seis horas de trabajo para tener derecho, según el señor Proudhon, a exigir a cambio seis veces más que quien no haya empleado más de una hora en la producción del mismo objeto.

En lugar de una "relación de proporcionalidad" tenemos una relación de desproporcionalidad, si queremos permanecer en la esfera de las relaciones, buenas o malas.

La desvalorización continua del trabajo no es más que un aspecto, una de las consecuencias de la evaluación de las mercancías por el tiempo de trabajo. Este mismo modo de evaluación explica el alza excesiva de precios, la superproducción y otros muchos fenómenos de la anarquía industrial.

Pero, da origen al menos la medida del valor por el tiempo de trabajo a la diversidad proporcional de los productos que tanto encanta al señor Proudhon?

Todo lo contrario, esa medida conduce en la esfera de los productos al monopolio con toda su monotonía, monopolio que, como lo ve y lo sabe todo el mundo, invade la esfera de los instrumentos de producción. Sólo algunas ramas, como, por ejemplo, la industria textil algodonera, pueden hacer progresos muy rápidos. La consecuencia natural de estos progresos es que los precios de los productos de la industria algodonera, por ejemplo, bajan rápidamente; pero, a medida que se abarata el algodón, el precio del lino debe subir comparativamente. ¿Qué vemos como resultado de esto? El lino es reemplazado por el algodón. De esta manera ha sido desterrado el lino de casi toda la América del Norte. Y en lugar de la diversidad proporcional de los productos, hemos obtenido el reinado del algodón.

¿Qué queda de la "relación de proporcionalidad"? Nada más que los buenos deseos de un hombre honesto, que quiere que las mercancías se produzcan en proporciones que permitan venderlas a un precio honesto. Esos han sido, en todos los tiempos, los deseos inocentes de los buenos

burgueses y de los economistas filántropos.

Concedamos la palabra al viejo *Bois-Guillebert*:

“El precio de las mercancías debe ser siempre proporcionado, pues sólo este acuerdo mutuo les permite vivir juntas, *para cambiarse entre sí a cada momento* (he aquí la permutabilidad continua de que habla el señor Proudhon) y reproducirse recíprocamente... Como la riqueza no es más que este cambio continuo entre hombre y hombre, entre empresa y empresa, etc., sería una ceguera tremenda buscar la causa de la miseria en otra cosa que no fuese la cesación de este comercio por efecto de la alteración de las proporciones en los precios. (*Dissertation sur la nature des richesses* [“*Discurso sobre la naturaleza de las riquezas*], ed. Daire, pags. 405, 408.)

Oigamos ahora a un economista moderno.

“Una gran ley que se debe aplicar a la producción es la *ley de la proporciónalidad* (*the law of proportion*), la única que puede preservar la continuidad del valor... El equivalente debe ser garantizado... Todas las naciones han intentado en las diversas épocas, por medio de numerosos reglamentos y restricciones comerciales, llevar a la práctica hasta cierto punto esta ley de la proporcionalidad, pero el egoísmo inherente a la naturaleza humana, ha tirado por tierra todo este sistema de reglamentación. Una producción proporcionada (*proportionate production*) es la realización de la verdad entera de la ciencia de la economía social” (W. Atkinson, *Principles of Political Economy* [“Principios de Economía Política”], Londres, 1840, págs. 170-195).

Fuit Troja![9] Esta justa proporción entre la oferta y la demanda, que vuelve a ser objeto de tantos buenos deseos, ha dejado de existir hace mucho. Es una antigualla. Sólo fue posible en las épocas en que los medios de producción eran limitados y el cambio se efectuaba en un marco extremadamente restringido. Con el nacimiento de la gran industria, esta justa proporción debía cesar, y la producción tenía que pasar fatalmente, en una sucesión perpetua, por las vicisitudes de prosperidad, de depresión, de crisis, de estagnación, de nueva prosperidad, y así sucesivamente.

Los que, como Sismondi, quieren retornar a la justa proporcionalidad de la producción, conservando al mismo tiempo las bases actuales de la sociedad, son reaccionarios, puesto que, para ser consecuentes, deben también aspirar a restablecer todas las demás condiciones de la industria de tiempos pasados.

¿Qué es lo que mantenía la producción en proporciones justas, o casi justas? La demanda, que regia la oferta y la precedía. La producción seguía pasó a pasó al consumo. La gran industria, forzada por los instrumentos mismos de que dispone a producir en una escala cada vez más amplia, no puede esperar a la demanda. La producción precede al consumo, la oferta se impone sobre la demanda.

En la sociedad actual, en la industria basada sobre los cambios individuales, la anarquía de la producción, fuente de tanta miseria, es al propio

tiempo la fuente de todo progreso;

Por eso, una de dos:

o queréis las justas proporciones de siglos pasados con los medios de producción de nuestra época, lo cual significa ser a la vez reaccionario y utopista;

o queréis el progreso sin la anarquía: en este caso, para conservar las fuerzas productivas, es preciso que renunciéis a los cambios individuales.

Los cambios individuales son compatibles únicamente con la pequeña industria de siglos pasados y su corolario de "justa proporción", o bien con la gran industria y todo su cortejo de miseria y de anarquía.

En definitiva, la determinación del valor por el tiempo de trabajo, es decir, la fórmula que el señor Proudhon nos brinda como la fórmula regeneradora del porvenir, no es, por tanto, sino la expresión científica de las relaciones económicas de la sociedad actual, como lo ha demostrado Ricardo clara y netamente mucho antes que el señor Proudhon.

Pero, ¿no pertenecerá al menos al señor Proudhon la aplicación "*igualitaria*" de esta fórmula? ¿Es él el primero que ha pensado reformar la sociedad convirtiendo a todos los hombres en trabajadores directos que intercambian cantidades iguales de trabajo? ¿Es él quien debe reprochar a los comunistas —estas gentes desprovistas de todo conocimiento de economía política, estos "obstinados brutos", estos "soñadores paradisíacos"— el no haber encontrado, antes que él, esta "solución del problema del proletariado"?

Cualquiera que conozca, a poco que sea, el desarrollo de la economía política en Inglaterra, no puede por menos de saber que casi todos los socialistas de este país han propuesto, en diferentes épocas, la aplicación igualitaria de la teoría ricardiana. Podríamos recordarle al señor Proudhon: la *Economía política* de Hodgskin, 18272; William Thompson: *An Inquiry into the Principles of the distribution of wealth, most conducive to human happiness* ["Investigación de los principios .de distribución de la riqueza que mejor conducen a la felicidad humana], 1824; T. R. Edmonds: *Practical, moral and polítical Economy* ["Economía práctica, moral y política"], 1828; etc., etc., y cuatro paginas mas de etc. Nos contentaremos con dejar hablar a un comunista ingles, al señor Bray. Citaremos los principales pasajes de su excelente obra *Labour's wrongs and Labour's remedy* ["Calamidades de la clase obrera y medios para suprimirlas"], Leeds, 1839, y nos detendremos bastante en el, primero porque el señor Bray es todavía poco conocido en Francia, y segundo porque creemos haber encontrado la clave de las obras pasadas, presentes y futuras del señor Proudhon.

"El único medio de alcanzar la verdad es abordar de cara los principios fundamentales. Remontémonos de golpe a la fuente de donde proceden los gobiernos mismos. Llegando así al origen de la cosa, encontraremos que toda forma de gobierno, que toda injusticia social y gubernamental provienen del sistema social actualmente en vigor: *de la institución de la propiedad tal como hoy existe* (*the institution of property as it at present exists*), y que,

por tanto, a fin de acabar para siempre con las injusticias y las miserias existentes, es preciso *subvertir totalmente el estado actual de la sociedad*. . . Atacando a los economistas en su propio terreno y con sus propias armas, evitaremos la absurda charlatanería sobre los visionarios y los teóricos, en la que están siempre dispuestos a caer. Los economistas no podrán en modo alguno rechazar las conclusiones a que llegamos con este método, a no ser que nieguen o desaprueben las verdades y los principios reconocidos, en los que fundan sus propios argumentos". (Bray, págs. 17 y 41.) "*Sólo el trabajo crea el valor*" (*It is labour alone which bestows value*)... Cada hombre tiene derecho indudable a todo lo que puede procurarse con su trabajo honrado. Apropiándose así de los frutos de su trabajo, no comete ninguna injusticia contra otros hombres, porque no usurpa a nadie el derecho a proceder del mismo modo... Todos los conceptos de superioridad y de inferioridad, de patrono y de asalariado, son debidos al desprecio de los principios fundamentales y a la consiguiente desigualdad en la posesión (*and to the consequent rise of inequality of possessions*). Mientras se mantenga esta desigualdad, será imposible desarraigar tales ideas o derribar las instituciones basadas en ellas. Hasta ahora muchos abrigan la vana esperanza de remediar el antinatural estado de cosas hoy dominante destruyendo la desigualdad existente, sin tocar la causa de la desigualdad; pero nosotros demostraremos al punto que el gobierno no es una causa, sino un efecto, que el no crea, sino que es creado; que, en una palabra, *es resultado de la desigualdad de posesión* (*the offspring of inequality of possessions*), y que la desigualdad de posesión esta inseparablemente ligada al sistema social hoy vigente". (Bray, págs. 33, 36 y 37.)

El sistema de la igualdad no sólo tiene a su favor las mayores ventajas, sino también la estricta justicia... Cada hombre es un eslabón, y un eslabón indispensable, en la cadena de los efectos, que parte de una idea para culminar, tal vez, en la producción de una pieza de paño. Por eso, del hecho de que nuestros gustos no sean los mismos para las distintas profesiones, no hay que deducir que el trabajo de uno deba ser retribuido mejor que el de otro. El inventor recibirá siempre, además de su justa recompensa en dinero, el tributo de nuestra admiración, que sólo el genio puede obtener de nosotros...

Por la naturaleza misma del trabajo y del intercambio, la estricta justicia exige que todos los que intercambian obtengan beneficios, no sólo mutuos, sino iguales (*all exchangers should be not only mutually but they should likewise be equally benefited*). No hay más que dos cosas que los hombres pueden cambiar entre sí, a saber: el trabajo y los productos del trabajo. Si los cambios se efectuasen según un sistema equitativo, el valor de todos los artículos se determinaría por *su coste de producción completo; y valores iguales se cambiarían siempre por valores iguales* (*If a just system of exchanges were acted upon, the value of all articles would be determined by the entire cost of production, and equal values should always exchange for equal values*). Si, por ejemplo, un sombrerero que invierte una jornada de trabajo en hacer un sombrero, y un zapatero que emplea el mismo tiempo en hacer un par de zapatos (suponiendo que la materia que empleen tenga idéntico valor), cambian estos artículos entre si, el beneficio obtenido de este cambio es al mismo tiempo mutuo e igual. La ganancia de una de las partes no puede ser una perdida para la otra, puesto que ambas han suministrado la misma cantidad de trabajo y han empleado materiales de igual valor. Pero si el sombrerero recibiese dos pares de calzado por un sombrero, no variando las condiciones arriba supuestas, es evidente que el cambio sería injusto. El sombrerero usurparía al zapatero una jornada de trabajo; y procediendo así en todos sus cambios, recibiría por el trabajo de *medio año* el producto de todo *un año* de otra persona. Hasta aquí hemos

seguido siempre este sistema de cambio eminentemente injusto: *los obreros han dado* al capitalista el trabajo de todo un año a cambio del valor de medio año (*the workmen have given the capitalist the labour of a whole year, in exchange for the value of only half a year*). De ahí, y no de una supuesta desigualdad de las fuerzas físicas e intelectuales de los individuos, es de donde proviene la desigualdad de riquezas y de poder. La desigualdad de los cambios, la diferencia de precios en las compras y las ventas, no puede existir sino a condición de que los capitalistas sigan siendo capitalistas, y los obreros, obreros: los unos, una clase de tiranos, y los otros, una clase de esclavos... Esta transacción prueba, pues, claramente que los capitalistas y los propietarios no hacen más que dar al obrero, por su trabajo de una semana, una parte de la riqueza que han obtenido de él la semana anterior, es decir, reciben algo y a cambio no le dan nada (*nothing for something*)... La transacción entre el trabajador y el capitalista es una verdadera farsa; en realidad no es, en miles de casos, otra cosa que un robo descarado, aunque legal (*The whole transaction between the producer and the capitalist is a mere farce: it is, in fact, in thousands of instances, no other than a barefaced though legalised robbery*)". (Bray, pags. 45, 48, 49 y 50.)

"La ganancia del empresario será siempre una perdida para el obrero, hasta que los cambios entre las partes sean iguales; y los cambios no pueden ser iguales mientras la sociedad este dividida en capitalistas y productores, dada que los últimos viven de su trabajo, en tanto que los primeros engordan a cuenta de beneficiarse del trabajo ajeno...

"Es claro —continúa el señor Bray— que, cualquiera que sea la forma de gobierno que establezcáis..., por mucho que prediquéis en nombre de la moral y del amor fraterno..., la reciprocidad es incompatible con la desigualdad de los cambios. La desigualdad de los cambios, fuente de la desigualdad en la posesión, es el enemigo secreto que nos devora (*No reciprocity can exist where there are unequal exchanges. Inequality of exchanges, as being the cause of inequality of possessions, is the secret enemy that devours us*)".(Bray, págs. 51 y 52).

"La consideración del objetivo y de la misión de la sociedad me autoriza a hacer la conclusión de que no sólo deben trabajar todos los hombres y de obtener de este modo la posibilidad de cambiar, sino que valores iguales deben cambiarse por valores iguales. Además, como el beneficio de uno no debe ser una perdida para otro, el valor se debe determinar por los gastos de producción. Sin embargo, hemos visto que, bajo el régimen social vigente, el beneficio del capitalista y del rico es siempre una pérdida para el obrero, que este resultado es inevitable, que bajo todas las formas de gobierno el pobre queda siempre abandonado enteramente a merced del rico, mientras subsista la desigualdad de los cambios, y que la igualdad de los cambios sólo puede ser asegurada por un régimen social que reconozca la universalidad del trabajo... La igualdad de los cambios hará gradualmente que la riqueza pase de manos de los capitalistas actuales a manos de la clase obrera". (Bray, págs. 53-55.)

"Mientras permanezca en vigor este sistema de desigualdad de los cambios, los productores seguirán siendo siempre tan pobres, tan ignorantes, estarán tan agobiados por el trabajo como lo están actualmente, aun cuando sean abolidos todos los gravámenes, todos los *impuestos gubernamentales*... Sólo un cambio total de sistema, la introducción de la igualdad del trabajo y de los cambios, puede mejorar este estado de cosas y asegurar a los hombres la verdadera igualdad de derechos... A los productores les bastará hacer un esfuerzo —son ellos precisamente quienes deben hacer todos los esfuerzos para su propia salvación— y sus cadenas serán rotas para siempre... Como fin, la igualdad política es un error, y como

medio, también es un error (*As an end, the political equality is there a failure, as a means, also, it is there a failure*).

Con la igualdad de los cambios, el beneficio de uno no puede ser pérdida para otro: porque todo cambio no es más que una simple transferencia de trabajo y de riqueza, no exige ningún sacrificio. Por tanto, bajo un sistema social basado en la igualdad de los cambios, el productor podrá llegar a enriquecerse por medio de sus ahorros; pero su riqueza no será sino el producto acumulado de su propio trabajo. Podrá cambiar su riqueza o donarla a otros; pero, si deja de trabajar, no podrá seguir siendo rico durante un tiempo más o menos prolongado. Con la igualdad de los cambios, la riqueza pierde el poder actual de renovarse y de reproducirse, por decirlo así, por sí misma: no podrá llenar el vacío creado por el consumo; porque, una vez consumida, la riqueza es perdida para siempre si no es reproducida por el trabajo. Bajo el régimen de cambios iguales no podrá ya existir lo que ahora llamamos beneficios e intereses. Tanto el productor como el distribuidor recibirán igual retribución, y el valor de cada artículo creado y puesto a disposición del consumidor será determinado por la suma total del trabajo invertido por ellos...

El principio de la igualdad en los cambios debe, pues, conducir por su propia naturaleza al *trabajo universal*". (Bray, págs. 67, 88, 89, 94, 109 y 110).

Después de haber refutado las objeciones de los economistas contra el comunismo, el señor Bray continúa diciendo:

"Si, por una parte, para conseguir un sistema social basado sobre la comunidad de bienes, en su forma perfecta, es indispensable un cambio del carácter humano; si, por otra parte, el régimen actual no ofrece ni las condiciones ni las facilidades propias para llegar a ese cambio de carácter y preparar a los hombres para un estado mejor que todos nosotros deseamos, es evidente que el estado de cosas debe necesariamente seguir siendo el que es, a menos que no se descubra y no se lleve a cabo una etapa social preparatoria: un proceso que participe del sistema actual y del sistema futuro (del sistema fundado en la comunidad de bienes), una especie de estado intermedio, al que la sociedad pueda arribar con todos sus excesos y todas sus locuras, para luego salir de él enriquecida con las cualidades y los atributos que son las condiciones vitales del sistema de comunidad" (Bray, pág. 134).

"Para todo este proceso sería necesaria sólo la cooperación en su forma más simple... Los gastos de producción determinarían en todas las circunstancias el valor del producto, y valores iguales se cambiarían siempre por valores iguales. Si de dos personas una hubiese trabajado una semana entera y la otra sólo la mitad de la semana, la primera recibiría doble remuneración que la segunda; pero esta suma adicional no sería percibida por uno a expensas del otro: la pérdida experimentada por el último no redundaría de ningún modo en beneficio del primero. Cada persona trocaría el salario recibido individualmente por artículos del mismo valor que su salario, y el beneficio obtenido por un hombre o por una rama de producción no implicaría en ningún caso una perdida para otro hombre o para otra rama de producción. El trabajo de cada uno sería la *única medida* de sus ganancias o de sus perdidas...

... La cantidad de diferentes productos necesarios para el consumo, el valor relativo de cada artículo en comparación con los otros (el número de

obreros a emplear en las diferentes ramas de trabajo), en una palabra, todo lo referente a la producción y a la distribución social, se determinaría por medio de oficinas (*boards of trade*) centrales y locales. Estos cálculos se efectuarían para el conjunto de la nación en tan poco tiempo y con la misma facilidad con que, bajo el régimen actual, se efectúan para una sociedad particular... Los individuos se agruparían en familias, las familias en comunas, como bajo el régimen actual...; ni siquiera sería abolida directamente la distribución de la población en la ciudad y en el campo, por mala que sea esta distribución... En esta asociación, cada individuo continuaría gozando de la libertad que ahora posee de acumular, cuanto le plazca, y de hacer de estas acumulaciones el uso que estimase conveniente... Nuestra sociedad sería, por decirlo así, una gran sociedad anónima, compuesta de un número infinito de sociedades anónimas más pequeñas, todas las cuales trabajarían, producirían y cambiarían sus productos sobre la base de la más perfecta igualdad... Nuestro nuevo sistema de sociedades anónimas, que no es más que una concesión hecha a la sociedad actual para llegar al comunismo, admite la coexistencia de la propiedad individual de los productos y la *propiedad en común* de las fuerzas productivas, hace depender la suerte de cada individuo de su propia actividad y le asigna una parte igual en todas las ventajas facilitadas por la naturaleza y el progreso de la técnica. Por eso, este sistema puede aplicarse a la sociedad en su estado actual y prepararla para los cambios ulteriores" (Bray, págs. 158, 160, 162, 168 y 194).

Sólo nos resta responder en pocas palabras al señor Bray, que, a pesar nuestro y en contra de nuestra voluntad, ha pasado a ocupar el puesto de señor Proudhon, con la diferencia, no obstante, de que el señor Bray, lejos de pretender poseer la última palabra de la humanidad, propone solamente las medidas que el cree buenas para una época de transición entre la sociedad actual y el régimen de comunidad de bienes.

Una hora de trabajo de Pedro se cambia por una hora de trabajo de Pablo. Este es el axioma fundamental del señor Bray.

Supongamos que Pedro ha trabajado doce horas y Pablo sólo seis: en este caso, Pedro no podrá cambiar con Pablo más que seis horas por otras seis. A Pedro le quedaran, pues, de reserva seis horas. ¿Qué hará con estas seis horas de trabajo?

O no hará nada, es decir, habrá trabajado en vano seis horas, o bien dejará de trabajar otras seis para restablecer el equilibrio, o bien —y esta será su última salida— dará a Pablo, por añadidura, estas seis horas con las que el no puede hacer nada.

Así, pues, ¿que habrá ganado en definitiva Pedro en comparación con Pablo? ¿Horas de trabajo? No. No habrá ganado más que horas de ocio; tendrá que holgar durante seis horas. Y para que este nuevo derecho a la holganza no sólo sea reconocido, sino apreciado en la nueva sociedad, hace falta que esta última encuentre su más alta felicidad en la pereza y que el trabajo le pese como una cadena de la que deberá librarse a todo trance. Y volviendo a nuestro ejemplo, ¡si al menos estas horas de ocio que Pedro ha sacado de ventaja a Pablo fuesen para Pedro una ganancia real! Pero no. Pablo, que comenzó trabajando sólo seis horas, alcanza mediante un trabajo regular y moderado el mismo resultado que Pedro, el cual comenzó trabajando con un esfuerzo excesivo. Cada uno querrá ser Pablo, y surgirá la competencia, una competencia de pereza, para lograr la situación de Pablo.

Por tanto, ¿qué nos ha reportado el cambio de cantidades iguales de trabajo? Superproducción, desvalorización, exceso de trabajo seguido de

inactividad, en una palabra, todas las relaciones económicas existentes en la sociedad actual, menos la competencia de trabajo.

Pero no, nos equivocamos. Existe otro medio para salvar la nueva sociedad, la sociedad de los Pedros y de los Pablos. Pedro consumirá él mismo el producto de las seis horas de trabajo que le sobran. Mas desde el momento que no tiene necesidad de cambiar por haber producido, tampoco necesita producir para cambiar, y esto echa por tierra toda nuestra suposición de una sociedad fundada en la división del trabajo y el intercambio. La igualdad de cambio se salvaría sólo por haber cesado todo intercambio: Pablo y Pedro se convertirían en Robinsones.

Si se supone, pues, que todos los miembros de la sociedad son trabajadores directos, el cambio de cantidades iguales de horas de trabajo sólo es posible a condición de que se convenga por anticipado el número de horas que será preciso emplear en la producción material. Pero semejante acuerdo equivale a la negación del intercambio individual.

Llegamos a la misma conclusión si tomamos como punto de partida, no la distribución de los productos creados, sino el acto de la producción. En la gran industria, Pedro no puede fijar libremente por si mismo el tiempo de su trabajo, porque el trabajo de Pedro no es nada sin el concurso de todos los Pedros y de todos los Pablos que integran el personal de la empresa. Esto explica mejor que nada la porfiada resistencia que los fabricantes ingleses opusieron al *bill de la jornada de diez horas*. Sabían muy bien que una disminución de dos horas en la jornada de las mujeres y de los jóvenes debía acarrear igualmente una disminución del tiempo de trabajo de los hombres. La propia naturaleza de la gran industria requiere que el tiempo de trabajo sea igual para todos. Lo que hay es resultado de la acción del capital y de la competencia entre los obreros, mañana, aboliendo la relación entre el trabajo y el capital, será logrado por efecto de un acuerdo basado en la relación entre la suma de las fuerzas productivas y la suma de las necesidades existentes.

Mas semejante acuerdo es la condenación del intercambio individual, o sea que llegamos de nuevo a nuestro primer resultado.

En principio, no hay intercambio de productos, sino intercambio de trabajos que participan en la producción. Del modo de cambio de las fuerzas productivas depende el modo de cambio de los productos. En general, la forma del cambio de los productos corresponde a la forma de la producción. Modificad esta última, y como consecuencia se modificará la primera. Por eso, en la historia de la sociedad vemos que el modo de cambiar los productos es regulado por el modo de producirlos. El intercambio individual corresponde también a un modo de producción determinado, que, a su vez, responde al antagonismo de clases. No puede existir, pues, intercambio individual sin antagonismos de clases.

Pero la conciencia del buen burgués se niega a reconocer este hecho evidente. Como burgués, no puede por menos de ver en estas relaciones antagónicas unas relaciones basadas en la armonía y en la justicia eterna, que no permite a nadie velar por sus intereses a costa del prójimo. A juicio del burgués, el intercambio individual puede subsistir sin antagonismo de clases: para el estos dos fenómenos no guardan la menor relación entre sí. El intercambio individual, tal como se lo figura el burgués, tiene muy poca afinidad con el intercambio individual tal como se practica.

El señor Bray convierte la *ilusión* del buen burgués en el *ideal* que él quisiera ver realizado. Depurando el intercambio individual, eliminando todos los elementos antagónicos que en él se encierran, cree encontrar una relación "*igualitaria*", que quisiera instaurar en la sociedad.

El señor Bray no ve que esta relación igualitaria, este *ideal correctivo*, que él quisiera aplicar en el mundo, no es sino el reflejo del mundo actual, y que, por tanto, es totalmente imposible reconstituir la sociedad sobre una base que no es más que una sombra embellecida de esta misma sociedad. A medida que la sombra toma cuerpo, se comprueba que este cuerpo, lejos de ser la transfiguración soñada, es el cuerpo actual de la sociedad[10].

§ III. APLICACIÓN DE LA LEY DE PROPORCIONALIDAD DE LOS VALORES

A) EL DINERO

"El oro y la plata son las primeras mercancías cuyo valor llego a ser constituido". [I, 69]

Por tanto, el oro y la plata son las primeras aplicaciones del "valor constituido"... por el señor Proudhon. Y como el señor Proudhon constituye los valores de los productos determinándolos por la cantidad comparativa de trabajo cuajado en ellos, lo único que le quedaba era demostrar que *las variaciones* experimentadas por el valor del oro y de la plata se explican siempre por las variaciones del tiempo de trabajo necesario para producirlos. Pero al señor Proudhon ni siquiera se le pasa esto por las mientes. Habla del oro y de la plata como dinero y no como mercancía.

Toda su lógica, si de lógica puede hablarse, consiste en que a todas las mercancías cuyo valor se mide por el tiempo de trabajo extiende, mediante un escamoteo, la cualidad que el oro y la plata tienen de servir de *dinero*. Naturalmente, en este escamoteo hay más ingenuidad que malicia.

Como el valor de un producto útil se mide por el tiempo de trabajo necesario para producirlo, siempre puede ser aceptado a cambio. Testimonio de ello, exclama el señor Proudhon, son el oro y la plata, que reúnen las condiciones requeridas de "permutabilidad". Por tanto, el oro y la plata son el valor que ha alcanzado estado de constitución, son la encarnación de la idea del señor Proudhon. No puede ser más afortunado en la elección de su ejemplo. El oro y la plata, además de su cualidad de ser una mercancía cuyo valor se determina, como el de cualquier otra, por el tiempo de trabajo, tiene la cualidad de ser medio universal de cambio, es decir, de ser dinero. Por eso, tomando el oro y la plata como una aplicación del "valor constituido" por el tiempo de trabajo, nada mas fácil que demostrar que toda mercancía cuyo valor sea constituido por el tiempo de trabajo, será siempre susceptible de cambio, será dinero.

En el espíritu del señor Proudhon surge una cuestión muy simple: ¿por qué tienen el oro y la plata el privilegio de ser el tipo del "valor

constituido"?

"La función particular que el uso ha asignado a los metales preciosos de servir de medio de cambio es puramente convencional, y cualquier otra mercancía podría cumplir este cometido, con menos comodidad tal vez, pero de una manera igualmente autentica: Así lo reconocen los economistas, que citan más de un ejemplo de esta naturaleza. ¿Cuál es, pues, la razón de este privilegio de servir de dinero, de que gozan en todas partes los metales, y como se explica este carácter especial de la función de la moneda, función sin par en economía política?... ¿Es posible restablecer *la serie de fenómenos* de la que el *dinero* parece haber sido separado y, por consiguiente, reducir este a su verdadero principio?" [I, 68-69]

Formulando la cuestión en estos términos, el señor Proudhon presupone ya *el dinero*. La primera cuestión que debiera haberse planteado el señor Proudhon es saber por que en los cambios, tal como están constituidos actualmente, ha habido que individualizar, por decirlo así, el valor de cambio creando un medio especial de intercambio. El dinero no es un objeto: es una relación social. ¿Por qué la relación expresada por el dinero es una relación de la producción, al igual que cualquier otra relación económica, como la división del trabajo, etc.? Si el señor Proudhon hubiese tenido idea clara de esta relación, no le habría parecido el dinero una excepción, un miembro separado de una serie desconocida o por encontrar.

Habría reconocido, por el contrario, que esta relación es un eslabón y que, como tal, esta íntimamente ligado a toda la cadena de las demás relaciones económicas; habría reconocido que esta relación corresponde a un modo de producción determinado, ni más ni menos que el intercambio individual. Pero ¿qué hace él? Comienza por separar el dinero del conjunto del modo de producción actual, para hacer de él luego el primer miembro de una serie imaginaria, de una serie que se desea hallar.

Una vez admitida la necesidad de un medio particular de cambio, es decir, la necesidad del dinero, no queda sino explicar por qué esta función particular ha sido reservada al oro y la plata, y no a otra mercancía cualquiera. Esta es una cuestión secundaria, cuya explicación no hay que buscar en el sistema general de las relaciones de producción, sino en las cualidades específicas inherentes al oro y a la plata como materia. Es claro, pues, que si los economistas en este caso "se han lanzado fuera del dominio de la ciencia, si han discurrido por el campo de la física, de la mecánica, de la historia, etc.", cosa que les reprocha el señor Proudhon, no han hecho sino lo que debían hacer. La cuestión no pertenece al dominio de la economía política.

"Lo que no ha visto ni comprendido ninguno de los economistas —dice el señor Proudhon—es la *razón económica* que ha determinado, en favor de los metales preciosos, el privilegio que disfrutan". [I, 69]

El señor Proudhon ha visto, comprendido y legado a la posteridad la razón económica que nadie —y no sin fundamento— había visto ni comprendido.

"Nadie ha observado que, de todas las mercancías, el oro y la plata son las primeras cuyo valor llegó a ser constituido. En el período patriarcal, el oro y la plata son todavía objeto de comercio y se cambian en lingotes, pero ya con una tendencia visible a la dominación y con una marcada

preferencia sobre las demás mercancías. Poco a poco los soberanos se apoderan del oro y la plata y les estampan su cuño: y de esta consagración soberana nace el dinero, es decir, la mercancía por excelencia, la mercancía que, en medio de todas las perturbaciones del comercio, conserva un valor proporcional determinado y es aceptado en todos los pagos... El rasgo distintivo del oro y de la plata consiste, lo repito, en que, gracias a sus propiedades metálicas, a las dificultades de su producción y, sobre todo, a la intervención de la autoridad publica, adquirieron muy pronto, como mercancías, firmeza y autenticidad".

Afirmar que, de todas las mercancías, el oro y la plata son las primeras cuyo valor llegó a ser constituido, es afirmar, como se desprende de lo dicho más arriba, que el oro y la plata fueron los primeros en convertirse en dinero. He aquí la gran revelación del señor Proudhon, he aquí la verdad que nadie había descubierto antes que el.

Si con esto ha querido decir el señor Proudhon que el tiempo necesario para la obtención del oro y la plata ha sido conocido antes que el tiempo indispensable para la producción de todas las demás mercancías, esta sería otra de las suposiciones con las que tanto le gusta agasajar a sus lectores. Si quisiéramos atenernos a esta erudición patriarcal, diríamos al señor Proudhon que en primer lugar fue conocido el tiempo necesario para producir los objetos de primera necesidad, tales como el hierro, etc. No hablemos ya del arco clásico de Adam Smith.

Pero, después de todo esto, ¿cómo puede hablar todavía el señor Proudhon de la constitución de un valor, puesto que ningún valor se ha constituido jamás sólo? El valor se constituye, no por el tiempo necesario para crear un producto dado, sino en proporción a la cantidad de todos los demás productos que pueden ser creados durante el mismo tiempo. Por tanto, la constitución del valor del oro y de la plata supone la constitución ya lograda del valor de multitud de otros productos.

Por consiguiente, no es la mercancía la que, en forma de oro y plata, ha alcanzado el estado de "valor constituido", sino que el "valor constituido" del señor Proudhon ha alcanzado, en forma de oro y plata, el estado de dinero.

Examinemos ahora más de cerca las razones económicas que, según el señor Proudhon, han dado al oro y la plata, antes que a todos los demás productos, la ventaja de ser erigidos en dinero, pasando por el estado constitutivo del valor.

Estas razones económicas son: la "tendencia visible a la dominación", la "marcada preferencia" ya en "el período patriarcal" y otras circunlocuciones de este mismo hecho que no hacen sino aumentar nuestra dificultad, ya que multiplican el hecho multiplicando el número de casos que el señor Proudhon aduce para explicarlo. Pero el señor Proudhon no ha agotado aún todas las pretendidas razones económicas. He aquí una de fuerza soberana, irresistible:

"De la consagración soberana nace el dinero: los soberanos se apoderan del oro y la plata y les estampan su cuño". [I, 69]

¡Así, pues, la arbitrariedad de los soberanos es, para el señor Proudhon, la razón suprema en economía política!

Verdaderamente, hace falta ignorar en absoluto la historia, para no saber que, en todos los tiempos, los soberanos se han tenido que someter a las condiciones económicas, sin poder dictarles nunca su ley. Tanto la legislación política como la civil no hacen más que expresar y protocolizar las exigencias de las relaciones económicas.

¿Fue el soberano el que se apoderó del oro y de la plata para hacer de ellos los medios universales de cambio estampándoles su cuño, o, por el contrario, fueron estos medios universales de cambio los que se apoderaron más bien del soberano obligándole a imprimirles su sello y a darles una consagración política?

El sello que se estampó y se estampa en la plata, no expresa su valor, sino su peso. La firmeza y la autenticidad de que habla el señor Proudhon no se refieren sino a la ley de la moneda, y esta ley indica cuanto metal puro contiene un trozo de plata amonedada.

"El único valor intrínseco de un marco de plata —dice Voltaire con el buen sentido que le caracteriza— es un marco de plata, media libra de plata de ocho onzas de peso. Sólo el peso y la ley crean este valor intrínseco". (Voltaire, *Systeme de Law*.)

Pero sigue sin resolver esta cuestión: ¿Cuánto vale una onza de oro y de plata? Si un casimir de los almacenes *Grand Colbert* ostenta la marca de fábrica: "lana pura", esta marca de fábrica no nos dice nada acerca del valor del casimir. Quedará por averiguar cuanto vale la lana.

"Felipe I, rey de Francia —dice el señor Proudhon—, agregó a la libra turonense de Carlomagno un tercio de aleación, imaginándose que, teniendo el monopolio de acuñar moneda, podía hacer lo que hace con su mercancía cada comerciante que posee el monopolio de un producto. ¿Qué representaba en realidad esta alteración de las monedas tan reprochada a Felipe y a sus sucesores? Un razonamiento muy justo desde el punto de vista de la rutina comercial, pero muy falso desde el punto de vista de la ciencia económica. Este razonamiento se reduce a lo siguiente: puesto que el valor se regula por la oferta y la demanda, se puede elevar la estimación y, por tanto, el valor de las cosas, bien creando una escasez ficticia, bien acaparando la fabricación, y esto es tan verdad en relación al oro y la plata como respecto al trigo, al vino, al aceite, al tabaco. Sin embargo, en cuanto se sospechó el fraude de Felipe, su moneda quedó reducida a su justo valor y el perdió todo lo que esperaba ganar a costa de sus súbditos. Idéntica suerte corrieron todas las demás tentativas análogas". [I, 70-71]

En primer lugar, se ha demostrado ya muchas veces que, si el soberano se decide a alterar la moneda, es él quien sale perdiendo. Lo que gana una vez con la primera emisión, lo pierde luego cada vez que las monedas falsas retornan a él en forma de impuestos, etc. Pero Felipe y sus sucesores supieron resguardarse más o menos de esta pérdida, porque, después de poner en circulación la moneda alterada, ordenaron inmediatamente una refundición general de monedas según el modelo antiguo.

Por lo demás, si Felipe I hubiese razonado efectivamente como el señor Proudhon, no habría razonado "desde el punto de vista comercial". Ni Felipe I ni el señor Proudhon dan pruebas de genio mercantil imaginándose que el valor del oro, igual que el valor de cualquier otra mercancía, puede ser alterado por la sola razón de que su valor se determina por la relación entre la oferta y la demanda.

Si el rey de Francia hubiese ordenado que un moyo de trigo se llamase en adelante dos moyos de trigo, el rey habría sido un estafador. Habría engañado a todos los rentistas, a todos cuantos tuvieran que recibir 100 moyos de trigo; habría sido la causa de que todas estas gentes, en lugar de recibir 100 moyos de trigo, hubieran recibido sólo 50. Suponed que el rey debiera a alguien 100 moyos de trigo; no habría tenido que pagar más que 50. Pero en el comercio los 100 moyos de trigo de ninguna manera habrían valido más de 50 de los anteriores. Cambiando el nombre no se cambia la cosa. La cantidad de trigo, como objeto de oferta o como objeto de demanda, no disminuirá ni aumentará por el mero cambio de nombre. Por tanto, puesto que la relación entre la oferta y la demanda no cambia a pesar de esta alteración de nombres, el precio del trigo no sufrirá ninguna alteración real. Al hablar de la oferta y la demanda de las cosas, no se habla de la oferta y la demanda del nombre de las cosas, Felipe I no creaba el oro o la plata, como dice el señor Proudhon; sólo creaba el nombre de las monedas. Haced pasar vuestros casimires franceses por casimires asiáticos y es posible que engañéis a un comprador o dos; pero en cuanto sea conocido el fraude, el precio de vuestros supuestos casimires asiáticos descenderá hasta el precio de los casimires franceses. Dando una falsa etiqueta al oro y a la plata, el rey Felipe I sólo podía engañar mientras el fraude no fuera descubierto. Como cualquier otro tendero, engañaba a sus clientes dando una falsa calificación a la mercancía: pero esto sólo podía durar cierto tiempo. Tarde o temprano debía sufrir el rigor de las leyes comerciales. esto lo que el señor Proudhon quería demostrar? No. Según el, es el soberano, y no el comercio, el que da al dinero su valor. ¿Y qué ha demostrado en realidad? Que el comercio es más soberano que el propio soberano. Si el soberano ordena que un marco se convierta en dos marcos, el comercio os dirá siempre que estos dos marcos nuevos no valen más que uno de los antiguos.

Pero esto no hace avanzar ni un pasó la cuestión del valor determinado por la cantidad de trabajo. Queda por resolver si el valor de estos dos marcos, convertidos de nuevo en un marco de los antiguos, es determinado por los gastos de producción o por la ley de la oferta y la demanda.

El señor Proudhon continúa diciendo:

"Hay que señalar además que, si en lugar de alterar las monedas, hubiese podido el rey duplicar su masa, el valor de cambio del oro y de la plata habría bajado inmediatamente a la mitad, por esta misma razón de la proporcionalidad y del equilibrio". [I, 71]

Si es justa esta opinión, que el señor Proudhon comparte con los demás economistas, constituye una prueba en favor de su doctrina de la oferta y la demanda, pero de ningún modo en favor de la proporcionalidad del señor Proudhon. Porque, según esta opinión, cualquiera que sea la cantidad de trabajo materializado en la masa duplicada de oro y de plata, su valor bajaría a la mitad por la simple razón de que la demanda sería la misma, mientras que la oferta se habría doblado. ¿O bien es que, esta vez, "*la ley de proporcionalidad*" coincidiría por casualidad con la ley tan desdeñada de

la oferta y la demanda? Esta justa proporcionalidad del señor Proudhon es en efecto tan elástica, se presta a tantas variaciones, combinaciones y cambios, que bien puede coincidir alguna vez con la relación entre la oferta y la demanda.

Asignar "a toda mercancía la capacidad de ser aceptable en el cambio, si no de hecho, al menos de derecho", fundándose para ello en el papel que desempeñan el oro y la plata, significa no comprender este papel. El oro y la plata no son aceptables de derecho sino porque lo son de hecho, y lo son de hecho porque la organización actual de la producción necesita un medio universal de cambio. El derecho no es más que el reconocimiento oficial del hecho.

Hemos visto que el ejemplo del dinero como aplicación del valor que ha alcanzado el estado de constitución, no ha sido elegido por el señor Proudhon sino para hacer pasar de contrabando toda su doctrina de la permutabilidad, es decir, para demostrar que toda mercancía evaluada según su coste de producción debe convertirse en dinero. Todo esto estaría muy bien, a no ser por el inconveniente de que, de todas las mercancías, precisamente el oro y la plata son, como dinero, las únicas que no se determinan por su coste de producción; y esto es tan cierto, que en la circulación pueden ser reemplazadas por el papel. Mientras se observe una cierta proporción entre las necesidades de la circulación y la cantidad de moneda emitida, bien sea en papel, en oro, en platino o en cobre, no puede plantearse la cuestión de observar una proporción entre el valor intrínseco (el coste de producción) y el valor nominal del dinero. Sin duda, en el comercio internacional, el dinero, como toda otra mercancía, es determinado por el tiempo de trabajo. Pero esto ocurre porque, en el comercio internacional, hasta el oro y la plata son medios de cambio como producto y no como dinero, es decir, el oro y la plata pierden los rasgos de "firmeza y autenticidad", de "consagración soberana" que constituyen, según la opinión del señor Proudhon, su carácter especifico. Ricardo ha comprendido tan bien esta verdad, que después de haber basado todo su sistema en el valor determinado por el tiempo de trabajo y después de haber dicho que "el oro y la plata, como todas las demás mercancías, no tienen valor sino en proporción a la cantidad de trabajo necesario para producirlos y hacerlos llegar al mercado", agrega, sin embargo, que el valor del dinero no se determina por el tiempo de trabajo cristalizado en su materia, sino solamente por la ley de la oferta y la demanda.

"Aunque el papel moneda no tiene ningún valor intrínseco, sin embargo, si se limita la cantidad, su valor de cambio puede ser tan grande como el valor del dinero metálico de la misma denominación o como el del metal contenido en este dinero. Con arreglo a este mismo principio, es decir, limitando la cantidad de dinero, las monedas desgastadas pueden circular por el mismo valor que tendrían si su peso y su ley fuesen los legítimos, y no según el valor intrínseco del metal puro que contengan. He aquí por qué en la historia de las monedas inglesas nos encontramos con que nuestro numerario nunca se ha desvalorizado en la misma proporción en que se ha alterado su calidad. La razón consiste en que jamás ha aumentado su cantidad proporcionalmente a la disminución de su valor intrínseco". (Ricardo, lug. cit. [págs. 206-207]).

He aquí lo que observa J. B. Say a propósito de este pasaje de Ricardo:

"Este *ejemplo* debería bastar, yo creo, para convencer al autor de que la base de todo valor no es la cantidad de trabajo necesario para producir una

mercancía, sino la necesidad que se tiene de ella, confrontada con su escasez”4.

Así, pues, el dinero, que, en opinión de Ricardo, no es ya un valor determinado por el tiempo de trabajo, y que a causa de esto J. B. Say toma como ejemplo a fin de convencer a Ricardo de que tampoco los demás valores pueden ser determinados por el tiempo de trabajo, el dinero, repito, que J. B. Say toma como ejemplo de un valor determinado exclusivamente por la oferta y la demanda, es, según el señor Proudhon, el ejemplo por excelencia de la aplicación del valor constituido... por el tiempo de trabajo.

Para terminar, si el dinero no es un “valor constituido” por el tiempo de trabajo, menos aun puede tener algo de común con la justa “proporcionalidad” del señor Proudhon. El oro y la plata son siempre cambiables, porque tienen la función particular de servir como medio universal de cambio, y de ningún modo porque existan en una cantidad proporcional al conjunto de riquezas; o mejor dicho, son siempre proporciónales por ser las únicas mercancías que sirven de dinero, de medio universal de cambio, cualquiera que sea su cantidad con relación al conjunto de riquezas.

“El dinero en circulación nunca puede ser lo bastante abundante para resultar superfluo; pues si bajáis su valor, aumentaréis en la misma proporción la cantidad, y aumentando su valor disminuiréis la cantidad”. (Ricardo [II, 205].)

“¡Qué embrollo el de la economía política!”, prorrumpe el señor Proudhon. [I, 72]

“¡Maldito oro!, exclama graciosamente un comunista” (por boca del señor Proudhon). “Con la misma razón podría decirse: ¡Maldito trigo, malditas viñas, malditas ovejas!, pues, al igual que el oro la plata, todo valor comercial debe llegar a su exacta y rigurosa determinación”. [I, 73]

La idea de atribuir a las ovejas y a las viñas las propiedades del dinero no es nueva. En Francia pertenece al siglo de Luis XIV. En esta época, cuando el dinero comenzó a alcanzar su omnipotencia, alzábanse quejas a propósito de la desvalorización de todas las demás mercancías y las gentes ansiaban con vehemencia que llegara el momento en que “todo valor comercial” pudiese llegar a su exacta y rigurosa determinación, convirtiéndose a su vez en dinero. He aquí lo que encontramos ya en Bois-Guillebert, uno de los más antiguos economistas de Francia:

“Entonces el dinero, gracias a esta irrupción de innumerables competidores representados por las propias mercancías restablecidas en sus justos valores, será situado en sus limites naturales”. (*Economistes financiers du XVIII siècle*, pág. 422, edic. Daire.)

Como se ve, las primeras ilusiones de la burguesía son también las últimas.

B) EL REMANENTE DEL TRABAJO

"En las obras de economía política se puede ver esta hipótesis absurda: *Si el precio de todas las cosas se doblase*. . . ¡Como si el precio de todas las cosas no fuese la proporción de las cosas, y como si se pudiese doblar una proporción, una relación, una ley!" (Proudhon, t. I, pág. 81.)

Los economistas han incurrido en este error a causa de no haber sabido aplicar la "ley de proporcionalidad" y el "valor constituido".

Desgraciadamente, en el tomo I de la obra misma del señor Proudhon nos encontramos en la página 110 con esta hipótesis absurda de que "si el salario experimentase un alza general, se elevaría el precio de todas las cosas". Por lo demás, si se encuentra en las obras de economía política la frase en cuestión, también se encuentra en ellas su explicación.

"Si se dice que sube o baja el precio de todas las mercancías, siempre se excluye una u otra mercancía: la mercancía excluida es, por lo general, el dinero o el trabajo". (*Encyclopedia Metropolitana or Universal Dictionary of Knowledge* ["Enciclopedia Metropolitana o Diccionario Universal del Saber"], t. IV, artículo *Political Economy* ["Economía Política"], de Senior, Londres, 1836. Véase también sobre esta expresión: J. St. Mill, *Essays on some unsettled questions of political economy* ["Ensayos acerca de algunas cuestiones no resueltas de economía política"], Londres, 1844, y Tooke: *A history of prices, etc.* ["Historia de los precios, etc."], Londres, 1838.)

Pasemos ahora a la segunda *aplicación* del "valor constituido" y de otras proporcionalidades cuyo único defecto estriba en ser poco proporcionadas, y veamos si el señor Proudhon es más afortunado en este caso que en el intento de *convertir* en dinero a las ovejas.

"Un axioma generalmente admitido por los economistas es que todo trabajo debe dejar un remanente. Esta proposición constituye para mí una verdad universal y absoluta: es el corolario de la ley de la proporcionalidad, que se puede considerar como el compendio de toda la ciencia económica. Pero, que me perdonen los economistas, el principio de que todo *trabajo debe dejar un remanente* no tiene sentido en su teoría y no es susceptible de *demostración* alguna". (Proudhon [I, 73].)

Para probar que todo trabajo debe dejar un remanente, el señor Proudhon personifica la sociedad; hace de ella una *sociedad persona*, sociedad que no es lo mismo que la sociedad integrada por personas, puesto que posee sus leyes particulares, las cuales no tienen nada de común con las personas de que se compone la sociedad, y su "inteligencia propia", que no es la inteligencia del común de las gentes, sino una inteligencia sin sentido común. El señor Proudhon reprocha a los economistas el no haber comprendido la personalidad de este ser colectivo. Estimamos que no estará de más oponer a sus palabras el siguiente pasaje de un economista americano que echa en cara a los demás economistas todo lo contrario:

"La entidad moral (*the moral entity*), el ser gramatical (*the grammatical being*) denominado sociedad ha sido revestido de atribuciones que sólo tiene existencia real en la imaginación de los que con una palabra hacen una cosa... He aquí lo que ha dado lugar a tantas dificultades y a deplorables equivocaciones en economía política". Th. Cooper, *Lectures on the Elements of Political Economy* ["Conferencias sobre elementos de Economía política"], Columbia, 1826.)

El señor Proudhon prosigue:

"En relación a los individuos, este principio del remanente del trabajo no es verdadero sino porque emana de la sociedad, que les transfiere así la acción benéfica de sus propias leyes". [I, 75]

¿Quiere decir simplemente con esto el señor Proudhon que el individuo social produce más que el individuo aislado? ¿Se refiere el señor Proudhon a este excedente de la producción de los individuos asociados en comparación con la de los individuos no asociados? Si es así, podemos citarle un centenar de economistas que han expresado esta simple verdad sin todo ese misticismo de que se rodea el señor Proudhon. He aquí lo que dice, por ejemplo, el señor Sadler:

"El trabajo combinado da resultados que no podría proporcionar nunca el trabajo individual. A medida, pues, que la humanidad aumente en número, los productos del trabajo mancomunado rebasarán con mucho la suma de una simple adición calculada sobre la base de este aumento... Actualmente, tanto en las artes mecánicas como en los trabajos científicos, un hombre puede hacer en un día más que un individuo aislado en toda su vida. Aplicado al punto que nos ocupa, no resulta cierto el axioma de los matemáticos de que el todo es igual a las partes. En cuanto al trabajo, este gran pilar de la existencia humana (*the great pillar of human existence*), se puede decir que el producto de los esfuerzos acumulados supera con mucho a todo lo que puedan jamás crear los esfuerzos individuales y separados". (T. Sadler, *The law of population* ["La ley de la población"], Londres, 1830.)

Volvamos al señor Proudhon. El remanente de trabajo, dice, se explica por la sociedad persona. La vida de esta persona se subordina a leyes opuestas a las que determinan la actividad del hombre como individuo, cosa que el señor Proudhon quiere demostrar con "*hechos*".

"El descubrimiento de un nuevo procedimiento en la esfera económica no puede nunca reportar al inventor un beneficio igual al que proporciona a la sociedad... Se ha observado que las empresas ferroviarias son para los empresarios una fuente de riqueza en mucho menor grado que para el Estado... La tarifa media del transporte de mercancías por carretera es de 18 céntimos por tonelada-kilometro, comprendidos los gastos de carga y descarga en el almacén. Se ha calculado que una empresa ordinaria de ferrocarriles no obtendría a ese precio ni siquiera un diez por ciento de beneficio neto, que es aproximadamente lo que viene a recibir una empresa de acarreo. Pero admitamos que la velocidad del transporte por ferrocarril sea a la del transporte por carretera como 4 es a 1: como en la sociedad el tiempo es el valor mismo, a igual tarifa el camino de hierro brindara en comparación con el acarreo una ventaja de 400%. Sin embargo, esta enorme ventaja, muy real para la sociedad, esta bien lejos de realizarse en la misma proporción para el dueño de la empresa de transporte: mientras proporciona a la sociedad un beneficio de 400%, el ni siquiera consigue un 10%. Supongamos, en efecto, para mayor claridad, que el ferrocarril ha elevado la tarifa a 25 céntimos, en tanto que la del transporte por carretera sigue siendo de 18; en ese caso el ferrocarril perdería al instante todas sus consignaciones de mercaderías. Expedidores, destinatarios, todo el mundo retornaría al viejo furgón y, si fuese preciso, al carro. La locomotora seria desechada: una ventaja social de 400% seria sacrificada a una pérdida

privada de 35%. Y se comprende la razón: la ventaja que resulta de la velocidad del transporte por ferrocarril es una ventaja enteramente social, y cada individuo no participa de ella sino en una proporción mínima (no olvidemos que en este momento se trata sólo del transporte de mercancías), mientras que la perdida afecta directa y personalmente al consumidor. Un beneficio social igual a 400 representa para el individuo, si la sociedad se compone solamente de un millón de seres, cuatro diezmilésimas, mientras que una perdida de 33% para el consumidor supondría un déficit social de 33 millones". (Proudhon [I, 75, 76].)

Pase que el señor Proudhon exprese por 400% de la velocidad primitiva una velocidad cuadruplicada; pero relacionar los porcentajes de velocidad con los porcentajes de ganancia y formar una proporción entre dos relaciones que, si bien cada una por separado se mide por tantos por cientos, sin embargo, son inconmensurables entre si, equivale a establecer una proporción entre los porcentajes dejando a un lado las propias cosas a las que los porcentajes se refieren.

Los porcentajes son siempre porcentajes. 10% y 400% son conmensurables; son el uno al otro como 10 es a 400.

Por consiguiente, concluye el señor Proudhon, un beneficio de 10% vale 40 veces menos que una velocidad cuadruplicada. Con el fin de guardar las apariencias, dice que, para la sociedad, el tiempo es dinero (*time is money*). Este error proviene de que el recuerda confusamente que existe una relación entre el valor y el tiempo de trabajo y se apresura a equiparar el tiempo de trabajo con el tiempo de transporte, es decir, identifica con la sociedad entera unos cuantos fogoneros, conductores y mozos de tren, cuyo tiempo de trabajo equivale efectivamente al tiempo de transporte. Convirtiendo, pues, la velocidad en capital, dice con toda razón: "Un beneficio de 400% sería sacrificado a una perdida de 35%". Después de haber formulado como matemático esta extraña proposición, nos la explica como economista.

"Un beneficio social igual a 400 representa para el individuo, si la sociedad se compone solamente de un millón de seres, cuatro diezmilésimas". De acuerdo, pero no se trata de 400, sino de 400%, y un beneficio de 400% representa para el individuo 400%, ni más ni menos. Cualquiera que sea el capital, los dividendos siempre constituirán en este caso un 400%. ¿Qué hace el señor Proudhon? Toma los porcentajes por el capital y, como temiendo que su embrollo no sea lo bastante manifiesto, lo bastante "claro", continúa:

"Una pérdida de 33% para el consumidor supondría un déficit social de 33 millones". 33% de perdida para cada uno de los consumidores son 33% de perdida para un millón de consumidores. Además, ¿cómo puede el señor Proudhon afirmar a este propósito que el déficit social, en el caso de una pérdida de 33%, se eleva a 33 millones, cuando no conoce ni el capital social ni siquiera el capital de uno sólo de los interesados? Por tanto, al señor Proudhon no le basta haber confundido el *capital* y los *porcentajes*, sino que va más allá, identificando el *capital* colocado en una empresa con el *número* de los interesados.

"Supongamos en efecto, para mayor claridad", un capital determinado. Una ganancia social de 400%, distribuida entre un millón de participantes, cada uno de los cuales haya aportado un franco, da 4 francos de beneficio por cabeza y no 0,0004, como afirma el señor Proudhon. De igual modo,

una perdida de 33% para cada uno de los participantes representa un déficit social de 330.000 francos, y no de 33 millones (100:33 = 1.000.000:330.000).

El señor Proudhon, absorbido por su teoría de la sociedad persona, se olvida de hacer la división por 100. Así, obtiene 330.000 francos de pérdida; pero 4 francos de ganancia por cabeza constituyen para la sociedad 4 millones de francos de beneficio. Por tanto, queda para la sociedad una ganancia neta de 3.670.000 francos. Este cálculo exacto demuestra precisamente todo lo contrario de lo que ha querido demostrar el señor Proudhon, a saber: que las ganancias y las pérdidas de la sociedad no están de ningún modo en razón inversa de las ganancias y las pérdidas de los individuos.

Después de haber rectificado estos simples errores de puro cálculo, veamos un poco las consecuencias a que llegaríamos si, haciendo abstracción de los errores de cálculo, resolviéramos admitir para los ferrocarriles la relación establecida por el señor Proudhon entre la velocidad y el capital. Supongamos que un transporte cuatro veces más rápido cueste cuatro veces más; en tal caso, este transporte no rendiría menos ganancia que el transporte por carretera, cuatro veces más lento y cuatro veces más barato. O sea, si el acarreo cuesta 18 céntimos, el ferrocarril costaría 72. Esta sería la consecuencia "rigurosamente matemática" de las suposiciones del señor Proudhon, haciendo una vez mas abstracción de los errores de cálculo. Pero he aquí que se nos dice inopinadamente que si, en lugar de 72 céntimos, el ferrocarril cobrase sólo 25, perdería al punto todas sus consignaciones de mercaderías. Decididamente, en tal caso habría que retornar al furgón e inclusive al carro. Lo único que aconsejamos al señor Proudhon es que en su "*Programa de la asociación progresiva*" no se olvide de hacer la división por 100. Pero esa es la desgracia: no abrigamos la menor esperanza de que sea escuchado nuestro consejo, porque el señor Proudhon esta tan encantado de su cálculo "progresivo", correspondiente a la "asociación progresiva", que clama con gran énfasis:

"Con la solución de la antinomia del valor, ya he mostrado en el capítulo segundo que la ventaja de todo descubrimiento útil es incomparablemente menor para el inventor, haga lo que haga, que para la sociedad; ¡la demostración de este punto la ha realizado *con todo rigor matemático*!"

Volvamos a la ficción de la sociedad persona, ficción cuya única finalidad era probar la simple verdad de que cada nuevo invento disminuye el valor de cambio del producto al dar la posibilidad de producir con la misma cantidad de trabajo un mayor número de mercancías. La sociedad sale, pues, beneficiada, no porque obtenga mas valores de cambio, sino porque obtiene más mercancías por el mismo valor. En cuanto al inventor, la competencia hace que su beneficio descienda gradualmente hasta el nivel general de las ganancias, ¿Ha demostrado el señor Proudhon este enunciado como quería hacerlo? No. Esto no le impide reprochar a los economistas el no haber hecho esta demostración. Para persuadirle de lo contrario no citaremos más que a Ricardo y Lauderdale; Ricardo, jefe de la escuela que determina el valor por el tiempo de trabajo, y Lauderdale, uno de los defensores mas furibundos de la determinación del valor por la oferta y la demanda. Ambos han demostrado la misma tesis.

"Aumentando constantemente la facilidad de producción, disminuimos constantemente el valor de algunas de las mercancías producidas antes, aunque por ese mismo medio aumentamos no sólo la riqueza nacional, sino también la capacidad de producir en el futuro... Tan pronto como con la

ayuda de las máquinas, o por nuestros conocimientos en física, obligamos a los agentes naturales a realizar el trabajo que antes era hecho por el hombre, el valor de cambio de este trabajo baja consecutivamente. Si hacían falta diez hombres para mover un molino de trigo y después se descubría que por medio del viento o del agua podía ser ahorrado el trabajo de estos diez hombres, el valor de la harina producida por la acción del molino descenderá en proporción a la suma de trabajo economizado, y la sociedad se vera enriquecida con todo el valor de las cosas que podrá producir el trabajo de estos diez hombres, ya que los fondos destinados al sostenimiento de los trabajadores no experimentarán la menor disminución". (Ricardo, [II, 59].)

Lauderdale, a su vez, dice:

"El beneficio de los capitales proviene siempre de que estos suplen una parte del trabajo que el hombre tendría que realizar con sus manos, o bien de que efectúan una parte de trabajo superior a las fuerzas personales del hombre y que el hombre no podría ejecutar por si solo. La exigua ganancia que de ordinario obtienen los propietarios de las máquinas, en comparación con el precio del trabajo que las máquinas suplen, es posible que de lugar a dudas sobre la justeza de esta opinión. Por ejemplo, una bomba de vapor extrae en un día de una mina de carbón más agua de la que podrían sacar sobre sus espaldas trescientos hombres, aun valiéndose de herradas; y es indudable que la bomba sustituye el trabajo de estos hombres con muchos menos gastos. Lo mismo se puede decir de todas las máquinas restantes. Realizan a más bajo precio el trabajo que hacía la mano del hombre, sustituida ahora por ellas... Supongamos que el inventor de una máquina que reemplaza el trabajo de cuatro hombres ha recibido una patente: como el privilegio exclusivo impide toda competencia, excepto la que resulta del trabajo de los obreros reemplazados por su máquina, es claro que, mientras dure el privilegio, el salario de estos obreros será la medida que determine el precio a que el inventor puede vender sus productos; por consiguiente, para asegurar la venta de su producción, el inventor tendrá que exigir tan sólo un poco menos de lo que supone el salario del trabajo que su máquina suple. Pero cuando expire el plazo del privilegio, aparecerán otras máquinas de la misma especie, que rivalizarán con la suya. Entonces regulará su precio sobre la base del principio general, haciéndolo depender de la abundancia de máquinas. El beneficio del capital invertido..., aunque es el resultado de un trabajo suplido, se regula en definitiva, no por el valor de este trabajo, sino, como en todos los demás casos, por la competencia entre los poseedores de capitales; y el grado de esta competencia es determinado siempre por la proporción entre la cantidad de capitales ofrecidos para este fin y la demanda que de ellos se haga". [págs. 119, 123, 124, 125, 134]

En fin de cuentas resulta, pues, que si en la nueva rama de producción el beneficio es mayor que en las restantes, siempre habrá capitales que tenderán a colocarse en esta rama, hasta que la cuota de ganancia descienda al nivel común.

Acabamos de ver que el ejemplo del ferrocarril es bien poco valido para arrojar alguna luz sobre la ficción de la sociedad persona. Sin embargo, el señor Proudhon prosigue audaz su discurso:

"Esclarecido este punto, nada mas fácil que explicar por que el trabajo debe dejar a cada productor un remanente". [I, 77]

Lo que sigue a continuación pertenece a la antigüedad clásica. Es un cuento poético escrito con la finalidad de hacer descansar al lector de las fatigas que ha debido causarle el rigor de las demostraciones matemáticas que le preceden. El señor Proudhon da a su sociedad persona el nombre de *Prometeo*, cuyas proezas glorifica en estos términos:

"Primeramente, saliendo del seno de la naturaleza, Prometeo se despierta a la vida en una inercia plena de encantos", etc., etc. "Prometeo pone manos a la obra, y desde el primer día, el primer día de la segunda creación, el producto de Prometeo, es decir, su riqueza, su bienestar, es igual a diez. El segundo día, Prometeo divide su trabajo, y su producto crece hasta cien. El tercer día y cada uno de los siguientes, Prometeo inventa máquinas, descubre nuevas propiedades útiles de los cuerpos, nuevas fuerzas de la naturaleza... Cada paso de su actividad productiva eleva la cifra de su producción, anunciándole un acrecentamiento de su felicidad. Y por último, como para él consumir significa producir, es claro que cada día de consumo, no llevándose más que el producto del día anterior, le deja un excedente de producto para el día siguiente". [I, 77-78]

Este Prometeo del señor Proudhon es un personaje peregrino, tan poco fuerte en lógica como en economía política. Mientras Prometeo se limita a aleccionarnos diciendo que la división del trabajo, el empleo de máquinas y la explotación de las fuerzas naturales y del poder de la ciencia multiplican las fuerzas productivas de los hombres y dan un excedente en comparación con lo que produce el trabajo aislado, la desgracia de este nuevo Prometeo consiste únicamente en haber aparecido demasiado tarde. Pero en cuanto Prometeo se pone a hablar de producción y consumo, es realmente grotesco. Para él, consumir es producir; consume al día siguiente lo que ha producido la víspera, y así cuenta siempre con un día de reserva: esta jornada sobrante es su "remanente de trabajo". Pero consumiendo hoy lo que produjo ayer, Prometeo, el primer día, que no tuvo víspera, hubo de trabajar jornada doble a fin de disponer luego de un día de reserva. ¿Cómo pudo Prometeo conseguir el primer día este remanente, si no había ni división de trabajo, ni máquinas, ni conocimiento de más fuerzas de la naturaleza que la del fuego? Por tanto, retrotrayendo la cuestión "al primer día de la segunda creación", no se avanza ni un pasó. Esta manera de explicar las cosas, medio griega, medio hebrea, a la vez mística y alegórica, da al señor Proudhon pleno derecho para decir:

"He demostrado por medio de la teoría y de los hechos el principio de que todo trabajo debe dejar un remanente".

Los hechos son el famoso cálculo progresivo; la teoría es el mito de Prometeo.

"Pero —continua el señor Proudhon— este principio, tan cierto como un postulado de aritmética, esta todavía lejos de realizarse para todos. Al mismo tiempo que el progreso de la actividad productora colectiva aumenta constantemente el producto de cada jornada de trabajo individual, y ese aumento debería traer como consecuencia necesaria que el trabajador, con el mismo salario, fuese cada día mas rico, vemos que unas capas de la sociedad se benefician mientras otras decaen". [I, 79-80]

En 1770, la población del Reino Unido de la Gran Bretaña ascendía a 15 millones, y la población activa era de 3 millones. La fuerza productiva de los perfeccionamientos técnicos equivalía aproximadamente a 12 millones más de personas; por tanto, la suma total de fuerzas productivas era igual a

15 millones. La capacidad productiva era, pues, a la población como 1 es a 1, y la productividad de los adelantos técnicos era al rendimiento del trabajo manual como 4 es a 1.

En 1840, la población no pasaba de 30 millones: la población activa era de 6 millones, mientras que la productividad de los perfeccionamientos técnicos ascendía a 650 millones, es decir, era al conjunto de la población como 21 es a 1, y al rendimiento del trabajo manual como 108 es a 1.

En la sociedad inglesa, la productividad de la jornada de trabajo ha aumentado, por tanto, en setenta años en 2.700%, es decir, en el año 1840 se producía en un día veintisiete veces mas que en 1770. Según el señor Proudhon, habría que plantear esta cuestión: ¿Por qué el obrero inglés de 1840 no es veintisiete veces más rico que el de 1770? Plantear semejante cuestión significaría, naturalmente, suponer que los ingleses habrían, podido producir estas riquezas sin que existiesen las condiciones históricas en que habían sido producidas, o sea: la acumulación de capitales privados, la división moderna del trabajo, la fabrica mecanizada, la competencia anárquica, el sistema de trabajo asalariado, en una palabra, todo lo que esta basado en el antagonismo de clases. Pero precisamente estas condiciones eran necesarias para el desarrollo de las fuerzas productivas y para el aumento del remanente de trabajo. Por tanto, para obtener este desarrollo de las fuerzas productivas y este remanente de trabajo, era necesaria la existencia de unas clases que se benefician y de otras que decaen.

¿Qué es, pues, en resumidas cuentas, este Prometeo resucitado por el señor Proudhon? Es la sociedad, son las relaciones sociales basadas en el antagonismo de clases. Estas relaciones no son relaciones entre un individuo y otro, sino entre el obrero y el capitalista, entre el arrendatario y el propietario de la tierra, etc. Suprimid esas relaciones y habréis destruido toda la sociedad. Vuestro Prometeo quedaría convertido en un fantasma sin brazos y sin piernas, es decir, sin fábrica y sin división del trabajo; en una palabra, sin todo lo que desde el primer momento le habéis proporcionado para hacerle obtener ese remanente de trabajo.

Por tanto, si en teoría bastaba, como lo hace el señor Proudhon, dar una interpretación igualitaria de la fórmula del remanente de trabajo, sin tomar en cuenta las condiciones actuales de la producción, en la práctica debería bastar hacer entre los obreros un reparto igualitario de todas las riquezas adquiridas actualmente, sin cambiar para nada las condiciones modernas de la producción. Este reparto no aseguraría, claro está, un alto grado de bienestar a cada uno de sus participantes.

Pero el señor Proudhon es menos pesimista de lo que podría parecer. Como para él la proporcionalidad lo es todo, en el Prometeo tal cual realmente existe, es decir, en la sociedad presente, no puede por menos de ver un comienzo de realización de su idea favorita.

"Pero, a la vez, el progreso de la riqueza, es decir, la *proporcionalidad de los valores*, es la ley dominante; y cuando los economistas oponen a las quejas del partido social el crecimiento progresivo de la fortuna pública y la mejoría de la situación inclusive de las clases más desventuradas de la sociedad, proclaman, sin ellos sospecharlo, una verdad que es la condenación de sus teorías". [I, 80]

¿Qué es, en realidad, la riqueza colectiva, la fortuna pública? Es la riqueza de la burguesía, y no de cada burgués en particular. Pues bien, los economistas no han hecho otra cosa que demostrar cómo, en las relaciones de producción existentes, ha crecido y debe crecer aún mas la riqueza de la burguesía. En cuanto a la clase obrera, está todavía por ver si su situación ha mejorado a consecuencia del aumento de la pretendida riqueza pública. Cuando los economistas nos citan, en apoyo de su optimismo, el ejemplo de los obreros ingleses ocupados en la industria algodonera, no ven su situación sino en los raros momentos de prosperidad del comercio. Con respecto a los períodos de crisis y de estancamiento, esos momentos de prosperidad guardan la "justa proporción" de 3 a 10. ¿O tal vez, hablando de mejoría, los economistas querían referirse a esos millones de obreros que tuvieron que perecer en las Indias Orientales para procurar al millón y medio de obreros ocupados en Inglaterra en esa misina rama de industria tres años de prosperidad de cada diez?

En cuanto a la participación temporal en el crecimiento de la riqueza pública, ya es otra cuestión. El hecho de esta participación temporal se explica por la teoría de los economistas. Es la confirmación de esta teoría, y en modo alguno su "condenación", como asegura el señor Proudhon. Si algo hay que condenar es, naturalmente, el sistema del señor Proudhon, que, como hemos demostrado, sometería a los obreros a un mínimo de salario, pese al incremento de la riqueza. Sólo sometiéndolos a un mínimo de salario, el señor Proudhon podría aplicar aquí el principio de la justa proporcionalidad de los valores, el principio del "valor constituido" por el tiempo de trabajo. Precisamente porque el salario, a causa de la competencia, oscila por encima o por debajo del precio de los víveres necesarios para el sustento del obrero, este puede participar, siquiera sea en el grado más insignificante, en el crecimiento de la riqueza colectiva; pero precisamente por eso puede también perecer como consecuencia de la miseria. En esto consiste toda la teoría de los economistas, que no se hacen ilusiones al respecto.

Después de sus largas divagaciones a propósito de los ferrocarriles, de Prometeo y de la nueva sociedad a reconstituir sobre la base del "valor constituido", el señor Proudhon se recoge en si mismo; la emoción lo domina, y exclama con un tono paternal:

"Yo conjuro a los economistas a que se interroguen un momento, en el fondo de su corazón, abandonando los prejuicios que les turban y la preocupación por los cargos que ocupan o que esperan, por los intereses a cuyo servicio están, por los votos que ambicionan, por las distinciones que halagan su vanidad; que se interroguen y digan si hasta ahora el principio de que todo trabajo debe dejar un remanente se lo habían imaginado con esta cadena de premisas y consecuencias que nosotros hemos puesto de relieve". [I, 80]

---

[1] Como se sabe, Ricardo determina el valor de una mercancía "por la cantidad de trabajo invertido en su producción". Pero la forma de cambio imperante en todo modo de producción fundado en la producción de mercancías, y, por consiguiente, también en el modo capitalista de producción, hace que este valor no se exprese directamente en la cantidad de trabajo, sino en una cantidad de alguna otra mercancía. El valor de una mercancía expresado en determinada cantidad de otra mercancía (sea dinero o no, lo mismo da) es denominada por Ricardo valor relativo de esta

mercancía. (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1885.*)

[2] La tesis de que el precio "natural", es decir, normal, de la fuerza de trabajo coincide con el mínimo de salario, esto es, con el equivalente del valor de los medios de subsistencia absolutamente indispensables para la vida del obrero y para la prolongación de su especie, fue formulada primeramente por mí en el *Esbozo de crítica de la Economía política* (*Deutsch-Franzosische Jahrbiicher*, Paris, 1844) y en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Como se ve por el texto, Marx aceptó entonces esta tesis. De nosotros dos la tomó Lassalle. Pero, aunque el salario tiene efectivamente la tendencia constante a aproximarse a su mínimo, la citada tesis no es exacta. El hecho de que, por término medio, la fuerza de trabajo se paga de ordinario por debajo de su valor, no puede modificar su valor. En El Capital, Marx corrigió la mencionada tesis (apartado *Compra y venta de la fuerza de trabajo*) y explicó (capitulo XXIII: *Ley general de la acumulación capitalista*) las circunstancias que permiten en la producción capitalista reducir más y más el precio de la fuerza de trabajo por debajo de su valor. (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1885.*)

[3] Antigua medida francesa de capacidad; para los áridos equivalía 18 hectolitros aproximadamente. (*N. de la Red.*)

[4] Las verdaderas denominaciones de las cosas. (*N. de la Red.*)

[5] Siervo. (*N. de la Red.*)

[6] Conservar. (*N. de la Red.*)

[7] En el ejemplar regalado por Marx a N. Utina en 1876, después de la palabra "trabajo" se agregó: "fuerza de trabajo". Idéntica adición fue hecha al editar la obra en francés en 1896. (*N. de la Red.*)

[8] ¡Y perder en aras de la vida toda la raíz vital! (Juvenal, *Sátiras.*) (*N. de la Red.*)

[9] ¡Aquí fue Troya! (*N. de la Red.*)

[10] Como toda otra teoría, la del señor Bray ha encontrado partidarios que se han dejado engañar por las apariencias. En Londres, en Sheffield, en Leeds y en otras muchas ciudades de Inglaterra se han fundado equitable-labour-exchange-bazars (bazares para el cambio justo de productos del trabajo). Después de haber absorbido capitales considerables, estos bazares han sufrido bancarrotas escandalosas. Esto ha hecho que la gente haya perdido la afición a ellos para siempre. ¡Aviso al señor Proudhon! (*Nota de C. Marx*).

Como se sabe, Proudhon desoyó este aviso. En 1849 intentó organizar un nuevo banco de cambio en Paris. Pero este banco se declara en quiebra incluso antes de haber iniciado su funcionamiento regular. El proceso incoado contra Proudhon sirvió para encubrir esta bancarrota. (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1885.*)

Karl Marx

Miseria de la filosofía

CAPÍTULO SEGUNDO

LA METAFÍSICA DE LA ECONOMÍA POLITICA

§ I. EL MÉTODO

¡Henos en el corazón mismo de Alemania! Vamos a hablar de metafísica, al tiempo que discurrimos sobre economía política. También en este caso no hacemos sino seguir las "contradicciones" del señor Proudhon. Hasta hace un momento nos obligaba a hablar en inglés, a convertirnos hasta cierto punto en un inglés. Ahora la escena cambia. El señor Proudhon nos traslada a nuestra querida patria y nos hace recobrar por fuerza nuestra calidad de alemán.

Si el inglés transforma los hombres en sombreros, el alemán transforma los sombreros en ideas. El inglés es Ricardo, acaudalado banquero y distinguido economista; el alemán es Hegel, simple profesor de filosofía en la Universidad de Berlín.

Luis XV, Ultimo rey absoluto y representante de la decadencia de la monarquía francesa, tenía a su servicio un médico que era a la vez el primer economista de Francia. Este médico, este economista, personificaba el triunfo inminente y seguro de la burguesía francesa. El doctor Quesnay hizo de la economía política una ciencia; la resumió en su famoso "*Cuadro económico*" Además de los mil y un comentarios que han sido escritos sobre este cuadro, poseemos uno debido al propio doctor. Es el "análisis del cuadro económico", seguido de "*siete observaciones importantes*".

El señor Proudhon es un segundo doctor Quesnay. Es el Quesnay de la metafísica de la economía política.

Ahora bien, la metafísica, como en general toda la filosofía, se resume, según Hegel, en el método. Tendremos, pues, que tratar de esclarecer el método del señor Proudhon, que es por lo menos tan oscuro como el *Cuadro económico*. Con este fin haremos siete observaciones más o menos importantes. Si el doctor Proudhon no esta conforme con nuestras observaciones, eso nada importa: puede hacer de abate Baudeau y dar él mismo la "explicación del método económico-metafísico"5.

PRIMERA OBSERVACIÓN

"No exponemos aquí una *historia según el orden cronológico*, sino *según la sucesión de las ideas*. Las fases o categorías económicas unas veces son simultáneas en sus manifestaciones y otras veces aparecen invertidas en el tiempo... Sin embargo, las teorías económicas tienen su *sucesión lógica* y *su serie en el entendimiento*: ese orden es el que nosotros nos ufanamos de haber descubierto". (Proudhon, t. I, pág. 146.)

En verdad, el señor Proudhon ha querido asustar a los franceses, lanzándoles frases casi hegelianas. Tenemos, pues, que vérnoslas con dos hombres: primero con el señor Proudhon y luego con Hegel. ¿En que se distingue el señor Proudhon de los demos economistas? que papel desempeña Hegel en la economía política del señor Proudhon?

Los economistas presentan las relaciones de la producción burguesa —la división del trabajo, el crédito, el dinero, etc.— como categorías fijas,

inmutables, eternas. El señor Proudhon, que tiene ante si estas categorías perfectamente formadas, quiere explicarnos el acto de la formación, el origen de estas categorías, principios, leyes, ideas y pensamientos.

Los economistas nos explican cómo se lleva a cabo la producción en dichas relaciones, pero lo que no nos explican es cómo se producen esas relaciones, es decir, el movimiento histórico que las engendra. El señor Proudhon, que toma esas relaciones como principios, categorías y pensamientos abstractos, no tiene más que poner orden en esos pensamientos, que se encuentran ya dispuestos en orden alfabético al final de cualquier tratado de economía política. El material de los economistas es la vida activa y dinámica de los hombres; los materiales del señor Proudhon son los dogmas de los economistas. Pero desde el momento en que no se sigue el desarrollo histórico de las relaciones de .producción, de las que las categorías no son sino la expresión teórica, desde el momento en que no se quiere ver en estas categorías más que ideas y pensamientos espontáneos, independientes de las relaciones reales, quiérase o no se tiene que buscar el origen de estos pensamientos en el movimiento de la razón pura. ¿Cómo da vida a estos pensamientos la razón pura, eterna, impersonal? ¿Cómo procede para crearlos?

Si poseyésemos la intrepidez del señor Proudhon en materia de hegelianismo, diríamos que la razón pura se distingue en sí misma de sí misma. ¿Qué significa esto? Como la razón impersonal no tiene fuera de ella ni terreno sobre el que pueda asentarse, ni objeto al cual pueda oponerse, ni sujeto con el que pueda combinarse, se ve forzada a dar volteretas situándose en sí misma, oponiéndose a sí misma y combinándose consigo misma: posición, oposición, combinación. Hablando en griego, tenemos la tesis, la antitesis, la síntesis. En cuanto a los que desconocen el lenguaje hegeliano, les diremos la fórmula sacramental: afirmación, negación, negación de la negación. He aquí lo que significa manejar las palabras. Esto, naturalmente, no es la cabala, dicho sea sin ofensa para el señor Proudhon; pero es el lenguaje de esa razón tan pura, separada del individuo. En lugar del individuo ordinario, con su manera ordinaria de hablar y de pensar, no tenemos otra cosa que esta manera ordinaria completamente pura, sin el individuo.

¿Es de extrañar que, en último grado de abstracción —porque aquí hay abstracción y no análisis—, toda cosa se presente en forma de categoría lógica? ¿Es de extrañar que, eliminando poco a poco todo lo que constituye la individualidad de una casa y haciendo abstracción de los materiales de que se compone y de la forma que la distingue, lleguemos a obtener sólo un cuerpo en general; que, haciendo abstracción de los límites de ese cuerpo, no tengamos como resultado más que un espacio; que haciendo, por ultimo, abstracción de las dimensiones de este espacio, terminemos teniendo únicamente la cantidad pura, la categoría lógica? A fuerza de abstraer así de todo sujeto todos los llamados accidentes, animados o inanimados, hombres o cosas, tenemos motivo para decir que, en último grado de abstracción, se llega a obtener como sustancia las categorías lógicas. Así, los metafísicos, que, haciendo estas abstracciones, creen hacer análisis, y que, apartándose más y más de los objetos, creen aproximarse a ellos y penetrar en su entraña, esos metafísicos tienen, a su modo de ver, todas las razones para decir que las cosas de nuestro mundo son bordados cuyo cañamazo esta formado por las categorías lógicas. Esto es lo que distingue al filósofo del cristiano. El cristiano no conoce más que una sola encarnación del *Logos*, a despecho de la lógica; el filósofo conoce un sinfín de encarnaciones. ¿Qué de extraño es, después de esto, que todo lo existente, cuanto vive sobre la tierra y bajo el agua, pueda, a fuerza de abstracción, ser reducido a una categoría lógica, y que, por tanto, todo el mundo real pueda hundirse en el mundo de las abstracciones, en el mundo de las categorías lógicas?

Todo lo que existe, todo lo que vive sobre la tierra y bajo el agua, no existe y no vive sino en virtud de un movimiento cualquiera. Así, el movimiento de la historia crea las relaciones sociales, el movimiento de la industria nos proporciona los productos industriales, etc.

Así como por medio de la abstracción transformamos toda cosa en categoría lógica, de igual modo Basta hacer abstracción de todo rasgo distintivo de los diferentes movimientos para llegar al movimiento en estado abstracto, al movimiento puramente formal, a la fórmula puramente lógica del movimiento. Y si en las categorías lógicas se encuentra la sustancia de todas las cosas, en la fórmula lógica del movimiento se cree haber encontrado el método absoluto, que no sólo explica cada cosa, sino que implica además el movimiento de las cosas.

De este método absoluto habla Hegel en los términos siguientes:

"El método es la fuerza absoluta, única, suprema, infinita, a la que ningún objeto puede oponer resistencia; es la tendencia de la razón a encontrarse y reconocerse a sí misma en cada cosa". (*Lógica*, t. III.)

Si cada cosa se reduce a una categoría lógica, y cada movimiento, cada acto de producción al método, de aquí se infiere naturalmente que cada conjunto de productos y de producción, de objetos y de movimiento, se reduce a una metafísica aplicada. Lo que Hegel ha hecho para la religión, el derecho, etc., el señor Proudhon pretende hacerlo para la economía política.

¿Qué es, pues, este método absoluto? La abstracción del movimiento. ¿Qué es la abstracción del movimiento? El movimiento en estado abstracto. ¿Qué es el movimiento en estado abstracto? La fórmula puramente lógica del movimiento o el movimiento de la razón pura. En que consiste el movimiento de la razón pura? En situarse en sí misma, oponerse a sí misma y combinarse consigo misma, en formularse como tesis, antitesis y síntesis, o bien en afirmarse, negarse y negar su negación.

¿Cómo hace la razón para afirmarse, para presentarse en forma de una categoría determinada? Esto ya es cosa de la razón misma y de sus apologistas.

Pero una vez que la razón ha conseguido situarse en sí misma como tesis, este pensamiento, opuesto a sí mismo, se desdobla en dos pensamientos contradictorios, el positivo y el negativo, el sí y el no. La lucha de estos dos elementos antagónicos, comprendidos en la antitesis, constituye el movimiento dialéctico. El sí se convierte en no, el no se convierte en sí, el sí pasa a ser a la vez sí y no, el no es a la vez no y sí, los contrarios se equilibran, se neutralizan, se paralizan recíprocamente. La fusión de estos dos pensamientos contradictorios constituye un pensamiento nuevo, que es su síntesis. Este pensamiento nuevo vuelve a desdoblarse en dos pensamientos contradictorios, que se funden a su vez en una nueva síntesis. De este proceso de gestación nace un grupo de pensamientos. Este grupo de pensamientos sigue el mismo movimiento dialéctico que una categoría simple y tiene por antitesis un grupo contradictorio. De estos dos grupos de pensamientos nace un nuevo grupo de pensamientos, que es su síntesis.

Así como del movimiento dialéctico de las categorías simples nace el grupo, Así también del movimiento dialéctico de los grupos nace la serie, y del movimiento dialéctico de las series nace todo el sistema.

Aplicad este método a las categorías de la economía política y tendréis la lógica y la metafísica de la economía política, o, en otros términos, tendréis las categorías económicas conocidas por todos y traducidas a un lenguaje poco conocido, por lo cual dan la impresión de que acaban de nacer en una cabeza llena de razón pura: hasta tal punto estas categorías parecen engendrarse unas a otras, encadenarse y entrelazarse las unas en las otras por la acción exclusiva del movimiento dialéctico. Que el lector no se asuste de esta metafísica con toda su armazón de categorías, de grupos, de series y de sistemas. El señor Proudhon, pese a todo su celo por escalar la cima del *sistema de las contradicciones*, no ha podido jamás pasar de los dos primeros escalones: de la tesis y de la antitesis simples, y además no ha llegado a ellos más que dos veces, y, de estas dos veces, una ha caído boca arriba. Hasta aquí no hemos expuesto sino la dialéctica de Hegel. Más adelante veremos cómo el señor Proudhon ha logrado reducirla a las proporciones más mezquinas. Así, según Hegel, todo lo que ha acaecido y todo lo que sigue acaeciendo corresponde exactamente a lo que acaece en su propio pensamiento. Por tanto, la filosofía de la historia no es más que la historia de la filosofía, de su propia filosofía. No existe ya la “historia según el orden cronológico”: lo único que existe es la “sucesión de las ideas en el entendimiento”. Se imagina que construye el mundo por mediación del movimiento del pensamiento, pero en realidad no hace más que reconstruir sistemáticamente y disponer con arreglo a su método absoluto los pensamientos que anidan en la cabeza de todos los hombres.

SEGUNDA OBSERVACIÓN

Las categorías económicas no son más que expresiones teóricas, abstracciones de las relaciones sociales de producción. Como autentico filósofo, el señor Proudhon comprende las cosas al revés, no ve en las relaciones reales más que la encarnación de esos principios, de esas categorías que han estado dormitando, como nos dice también el señor Proudhon filósofo, en el seno “de la razón impersonal de la humanidad”.

El señor Proudhon economista ha sabido ver muy bien que los hombres hacen el paño, el lienzo, la seda, en el marco de relaciones de producción determinadas. Pero lo que no ha sabido ver es que estas relaciones sociales determinadas son producidas por los hombres lo mismo que el lienzo, el lino, etc. Las relaciones sociales están intimamente vinculadas a las fuerzas productivas. Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian de modo de producción, y al cambiar el modo de producción, la manera de ganarse la vida, cambian todas sus relaciones sociales. El molino movido a brazo nos da la sociedad de los señores feudales; el molino de vapor, la sociedad de los capitalistas industriales.

Los hombres, al establecer las relaciones sociales con arreglo al desarrollo de su producción material, crean también los principios, las ideas y las categorías conforme a sus relaciones sociales.

Por tanto, estas ideas, estas categorías, son tan poco eternas como las relaciones a las que sirven de expresión. Son *productos históricos y transitorios*.

Existe un movimiento continuo de crecimiento de las fuerzas productivas, de destrucción de las relaciones sociales, de formación de las ideas; lo único inmutable es la abstracción del movimiento: *mors immortalis*.

TERCERA OBSERVACIÓN

En cada sociedad las relaciones de producción forman un todo. El señor Proudhon concibe las relaciones económicas como otras tantas fases sociales, que se engendran una a otra, se derivan una de otra, lo mismo que la antitesis de la tesis, y realizan en su sucesión lógica la razón impersonal de la humanidad.

El único inconveniente de este método es que, al abordar el examen de una sola de esas fases, el señor Proudhon no puede explicarla sin recurrir a todas las demás relaciones sociales, relaciones que, sin embargo, no ha podido todavía engendrar por medio de su movimiento dialéctico. Y cuando el señor Proudhon pasa después, con la ayuda de la razón pura, a engendrar las otras fases, hace como si acabasen de nacer, olvidando que son tan viejas como la primera.

Así, para llegar a la constitución del valor, que, a juicio suyo, es la base de todas las evoluciones económicas, no podía prescindir de la división del trabajo, de la competencia, etc. Sin embargo, estas relaciones todavía no existían en la serie, en el entendimiento del señor Proudhon, en la sucesión lógica.

Construyendo con las categorías de la economía política el edificio de un sistema ideológico, se dislocan los miembros del sistema social. Se transforman los diferentes miembros de la sociedad en otras tantas sociedades, que se suceden una tras otra. En efecto, ¿cómo la fórmula lógica del movimiento, de la sucesión, del tiempo, podría explicarnos por sí sola el organismo social, en el que todas las relaciones existen simultáneamente y se sostienen las unas en las otras?

CUARTA OBSERVACIÓN

Veamos ahora que modificaciones hace sufrir el señor Proudhon a la dialéctica de Hegel aplicándola a la economía política.

Para él, para el señor Proudhon, cada categoría económica tiene dos lados, uno bueno y otro malo. Considera las categorías como el pequeño burgués considera a las grandes figuras históricas: *Napoleón* es un gran hombre; ha hecho mucho bien, pero también ha hecho mucho mal.

El *lado bueno* y el *lado malo*, la *ventaja* y el *inconveniente*, tomados en conjunto, forman según Proudhon la contradicción inherente a cada categoría económica.

Problema a resolver: Conservar el lado bueno, eliminando el malo.

La *esclavitud* es una categoría económica como otra cualquiera. Por consiguiente, también tiene sus dos lados. Dejemos el lado malo de la esclavitud y hablemos de su lado bueno: de suyo se comprende que sólo se trata de la esclavitud directa, de la esclavitud de los negros en el Surinam, en el Brasil, en los Estados meridionales de América del Norte.

Lo mismo que las máquinas, el crédito, etc., la esclavitud directa es la base de la industria burguesa. Sin esclavitud no habría algodón; sin algodón no habría industria moderna. La esclavitud ha dado su valor a las colonias, las colonias han creado el comercio universal, el comercio universal es la condición necesaria de la gran industria. Por tanto, la esclavitud es una categoría económica de la más alta importancia.

Sin esclavitud, América del Norte, el país de más rápido progreso, se transformaría en un país patriarcal. Borrad Norteamérica del mapa del mundo y tendréis la anarquía, la decadencia completa del comercio y de la civilización moderna. Suprimid la esclavitud y habréis borrado Norteamérica del mapa de los pueblos[1].

Como la esclavitud es una categoría económica, siempre ha figurado entre las instituciones de los pueblos. Los pueblos modernos no han hecho más que encubrir la esclavitud en sus propios países y la han impuesto sin tapujos en el Nuevo Mundo.

¿Cómo se las arreglará el señor Proudhon para salvar la esclavitud? Planteará este problema: Conservar el lado bueno de esta categoría económica y eliminar el malo.

Hegel no necesita plantear problemas. No tiene más que la dialéctica. El señor Proudhon no tiene de la dialéctica de Hegel más que el lenguaje. A su juicio, el movimiento dialéctico es la distinción dogmática de lo bueno y de lo malo.

Tomemos por un instante al propio señor Proudhon como categoría. Examinemos su lado bueno y su lado malo, sus virtudes y sus defectos.

Si en comparación con Hegel tiene la virtud de plantear problemas, reservándose el derecho de solucionarlos para el mayor bien de la humanidad,

en cambio tiene el defecto de adolecer de esterilidad cuando se trata de engendrar por la acción de la dialéctica una nueva categoría. La coexistencia de dos lados contradictorios, su lucha y su fusión en una nueva categoría constituyen el movimiento dialéctico. El que se plantea el problema de eliminar el lado malo, con ello mismo pone fin de golpe al movimiento dialéctico. Ya no es la categoría la que se sitúa en sí misma y se opone a sí misma en virtud de su naturaleza contradictoria, sino que es el señor Proudhon el que se mueve, forcejea y se agita entre los dos lados de la categoría.

Puesto así en un atolladero, del que es difícil salir por los medios legales, el señor Proudhon hace un esfuerzo desesperado y de un salto se ve trasladado a una nueva categoría. Entonces aparece ante sus ojos asombrados la *serie en el entendimiento*.

Toma la primera categoría que se le viene a mano y le atribuye arbitrariamente la propiedad de suprimir los inconvenientes de la categoría que se trata de depurar. Así, los impuestos, de creer al señor Proudhon, suprimen los inconvenientes del monopolio; el balance comercial, los inconvenientes de los impuestos; la propiedad territorial, los inconvenientes del crédito.

Tomando así sucesivamente las categorías económicas una por una y concibiendo una de las categorías como *antídoto* de la otra, el señor Proudhon llega a componer, con esta mezcla de contradicciones, dos volúmenes de contradicciones, que denomina con justa razón *Sistema de las contradicciones económicas*.

QUINTA OBSERVACIÓN

“En la razón absoluta todas estas ideas... son igualmente simples y generales... De hecho no llegamos a la ciencia sino levantando con nuestras ideas una *especie de andamiaje*. Pero la verdad en sí no depende de estas figuras dialécticas y está libre de las combinaciones de nuestro espíritu”. (Proudhon, t. II, pág. 97.)

Por tanto, de golpe, mediante un brusco viraje cuyo secreto conocemos ahora, ¡la metafísica de la economía política se ha convertido en una ilusión! Jamás el señor Proudhon había dicho nada más justo. Naturalmente, desde el momento en que el proceso del movimiento dialéctico se reduce al simple procedimiento de oponer el bien al mal, de plantear problemas cuya finalidad consiste en eliminar el mal y de emplear una categoría como antídoto de otra, las categorías pierden su espontaneidad; la idea “*deja de funcionar*”; en ella ya no hay vida. La idea ya no puede ni situarse en sí misma en forma de categorías ni descomponerse en ellas. La sucesión de categorías se convierte en una especie de *andamiaje*. La dialéctica no es ya el movimiento de la razón absoluta. De la dialéctica no queda nada, y en su lugar vemos todo lo más la moral pura.

Al hablar el señor Proudhon de la serie en el *entendimiento*, de la *sucesión lógica de las categorías*, declaraba positivamente que no quería exponer

la *historia en el orden cronológico*, es decir, según el señor Proudhon, la sucesión histórica en la que las categorías se han *manifestado*. Todo ocurría entonces para él en el *éter puro de la razón*. Todo debía desprenderse de este *éter* por medio de la dialéctica. Ahora que se trata de poner en practica esta dialéctica, la razón le traiciona. La dialéctica del señor Proudhon abjura de la dialéctica de Hegel, y el señor Proudhon se ve precisado a reconocer que el orden en que expone las categorías económicas no es el orden en que se engendran unas a otras. Las evoluciones económicas no son ya las evoluciones de la razón misma.

¿Qué es, pues, lo que nos presenta el señor Proudhon? ¿La historia real, es decir, según lo entiende el señor Proudhon, la sucesión en la que las categorías se han manifestado siguiendo el orden cronológico? No. ¿La historia, tal como se desarrolla en la idea misma? Aún menos. Por tanto, ¡no nos presenta ni la historia profana de las categorías ni su historia sagrada! ¿Qué historia nos ofrece, en fin de cuentas? La historia de sus propias contradicciones. Veamos como se mueven estas contradicciones y cómo arrastran en su marcha al señor Proudhon.

Antes de emprender este examen, que dará lugar a la sexta observación importante, debemos hacer otra observación menos importante.

Supongamos con el señor Proudhon que la historia real, la historia según el orden cronológico, es la sucesión histórica en la que se han manifestado las ideas, las categorías, los principios.

Cada principio ha tenido su siglo para manifestarse: el principio de autoridad, por ejemplo, corresponde al siglo XI; el principio del individualismo, al siglo XVIII. Yendo de consecuencia en consecuencia, tendríamos que decir que el siglo pertenece al principio, y no el principio al siglo. En otros términos, sería el principio el que ha creado la historia, y no la historia la que ha creado el principio. Pero si, para salvar los principios y la historia, se pregunta por qué tal principio se ha manifestado en el siglo XI o en el XVIII, y no en otro cualquiera, se deberá por fuerza examinar minuciosamente cuáles eran los hombres del siglo XI, cuales los del XVIII, cuales eran sus respectivas necesidades, sus fuerzas productivas, su modo de producción, las materias primas empleadas en su producción, y por último, las relaciones entre los hombres, derivadas de todas estas condiciones de existencia. ¿Es que estudiar todas estas cuestiones no significa exponer la historia real, la historia profana de los hombres de cada siglo, presentar a estos hombres a la vez como los autores y los actores de su propio drama? Pero, desde el momento en que presentáis a los hombres como los actores y los autores de su propia historia, llegáis, dando un rodeo, al verdadero punto de arranque, porque abandonáis los principios eternos de los que habíais partido al comienzo.

En cuanto al señor Proudhon, ni siquiera con esos rodeos que da el ideólogo ha avanzado lo suficiente para salir al anchuroso camino de la historia.

SEXTA OBSERVACIÓN

Sigamos con el señor Proudhon esos rodeos.

Admitamos que las relaciones económicas, concebidas como *leyes inmutables*, como *principios eternos*, como *categorías ideales*, hayan precedido a la vida activa y dinámica de los hombres; admitamos, además, que estas leyes, estos principios, estas categorías hayan estado dormitando, desde los tiempos más remotos, "en la razón impersonal de la humanidad". Ya hemos visto que todas estas eternidades inmutables e inmóviles no dejan margen para la historia; todo lo más que queda es la historia en la idea, es decir, la historia que se refleja en el movimiento dialéctico de la razón pura. Diciendo que en el movimiento dialéctico las ideas ya no se "*diferencian*", el señor Proudhon anula toda *sombra de movimiento* y todo *movimiento de las sombras* con las que habría podido al menos crear un simulacro de historia. En lugar de esto atribuye a la historia su propia impotencia y tiene quejas para todo, hasta para la lengua francesa.

"No es exacto afirmar —dice el señor Proudhon filósofo— que una cosa adviene, que una cosa se produce: en la civilización, igual que en el universo, todo existe, todo actúa desde el comienzo de los siglos. *Lo mismo acontece con toda la economía social*" (t. II, pág. 102).

La fuerza activa de las contradicciones que funcionan en el sistema del señor Proudhon y que hacen funcionar al señor Proudhon es tan grande, que, queriendo explicar la historia, se ve obligado a negarla; queriendo explicar la aparición consecutiva de las relaciones sociales, niega que *una cosa cualquiera* pueda *advenir*; queriendo explicar la producción y todas sus fases, niega que *una cosa cualquiera pueda producirse*.

Por tanto, para el señor Proudhon no hay ni historia ni sucesión de ideas, y sin embargo continua existiendo su libro; y ese libro es precisamente, de acuerdo con su propia expresión, la "*historia según, la sucesión de las ideas*". ¿Cómo encontrar una fórmula —pues el señor Proudhon es el hombre de las fórmulas— con la que poder saltar de un brinco por encima de todas estas contradicciones?

Para esto ha inventado una razón nueva, que no es ni la razón absoluta, pura y virgen, ni la razón común de los hombres activos y dinámicos en las diferentes épocas históricas, sino una razón de un genero completamente particular, la razón de la sociedad-persona, del sujeto-humanidad, razón que la pluma del señor Proudhon presenta también a veces como "*genio social*", como "*razón universal*" o, por último, como "*razón humana*". Sin embargo, a esta razón, rebozada con tantos nombres, se la reconoce a cada instante como la razón individual del señor Proudhon con su lado bueno y su lado malo, sus antídotos y sus problemas.

"La razón humana no crea la verdad", oculta en las profundidades de la razón absoluta, eterna. Sólo puede descubrirla. Pero las verdades que ha descubierto hasta el presente son incompletas, insuficientes y, por lo mismo, contradictorias. En consecuencia, las categorías económicas, siendo a su vez verdades descubiertas y reveladas por la razón humana, por el genio social, son también incompletas y contienen el germen de la contradicción. Antes del señor Proudhon, el genio social había vista tan sólo los *elementos antagónicos*, y no la *fórmula sintética*, aunque tanto los elementos como la fórmula estuviesen ocultos simultáneamente en la *razón absoluta*. Por eso, las relaciones económicas, no siendo sino la realización terrenal de estas verdades insuficientes, de estas categorías incompletas, de estas nociones contradictorias, contienen en sí mismas la contradicción y presentan los dos

lados, uno bueno y otro mato.

Encontrar la verdad completa, la noción en toda su plenitud, la fórmula sintética que destruye la antinomia: he aquí el problema que debe resolver el genio social. Y he aquí también por que, en la imaginación del señor Proudhon, ese mismo genio social ha tenido que pasar de una categoría a otra, sin haber conseguido aún, pese a toda la batería de sus categorías, arrancar a Dios, a la razón absoluta, una fórmula sintética.

“La sociedad (el genio social) comienza por suponer un primer hecho, por sentar una hipótesis..., verdadera antinomia cuyos resultados antagónicos se desarrollan en la economía social en el mismo orden en que habrían podido ser deducidos en la mente como consecuencias; de suerte que el movimiento industrial, siguiendo en todo la deducción de las ideas, se divide en dos corrientes: la una de efectos útiles y la otra de resultados nefastos... Para constituir armónicamente este principio doble y resolver esta antinomia, la sociedad hace surgir una segunda antinomia, a la que no tardará en seguir una tercera, y tal será la *marcha del genio social* hasta que, agotadas todas sus contradicciones —yo supongo, aunque ello no esta demostrado, que las contradicciones en la humanidad tienen un término—, retorne de un salto a todas sus posiciones anteriores y resuelva en *una sola fórmula* todos sus problemas” (t. I, pág. 133).

Así como antes la antitesis se transformó en antídoto, ahora la tesis pasa a ser *hipótesis*. Pero este cambio de términos del señor Proudhon no puede ya causarnos sorpresa. La razón humana, que no tiene nada de pura, por no poseer más que opiniones incompletas, tropieza a cada paso con nuevos problemas a resolver. Cada nueva tesis descubierta por ella en la razón absoluta y que representa la negación de la primera tesis, se convierte para ella en una síntesis, que acepta con bastante ingenuidad como la solución del problema en cuestión. Así es como esta razón se agita en contradicciones siempre nuevas, hasta que, al llegar punto final de las contradicciones, advierte que todas sus tesis y síntesis no son otra cosa, que hipótesis contradictorias. En su perplejidad, “la razón humana, el genio social, retorna de un salto a todas sus posiciones anteriores y resuelve en una sola fórmula todos sus problemas”. Digamos de paso que esta fórmula única constituye el verdadero descubrimiento del señor Proudhon. Es el valor *constituido*.

Las hipótesis no se sientan sino con un fin determinado. El fin que se propone en primer Lugar el genio social que habla por boca del señor Proudhon, es eliminar lo que haya de malo en cada categoría económica, para que no quede más que lo bueno. El bien, el bien supremo, el verdadero fin practico, es para él la igualdad por que el genio social prefiere la igualdad a la desigualdad, a la fraternidad, al catolicismo o a cualquier otro principio? Porque “la humanidad ha realizado sucesivamente tantas hipótesis particulares teniendo en cuenta una hipótesis superior”, que es cabalmente la igualdad. En otras palabras: porque la igualdad es el ideal del señor Proudhon. Él se imagina que la división del trabajo, el crédito, la fabrica, en suma, todas las relaciones económicas han sido inventadas únicamente en beneficio de la igualdad, y sin embargo han terminado siempre por volverse contra ella. Del hecho de que la historia y la ficción del señor Proudhon se contradigan a cada paso, el deduce que en esto hay una contradicción. Si hay contradicción, sóla existe centre su idea fija y el movimiento real.

En adelante el lado bueno de cada relación económica es el que afirma la igualdad, y el lado malo, el que la niega y afirma la desigualdad. Toda nueva categoría es una hipótesis del genio social para eliminar la desigualdad engendrada por la hipótesis precedente. En resumen, la igualdad es la *intención primitiva*, la tendencia mística, el *fin providencial* que el genio social no pierde nunca de vista, girando en el círculo de las contradicciones económicas. Por eso, la *Providencia* es la locomotora que hace marchar todo el bagaje económico del señor Proudhon mucho mejor que su razón pura y etérea. Nuestro autor ha consagrado a la Providencia todo un capitulo, que sigue al de los impuestos.

Providencia, fin providencial: he aquí la palabra altisonante que hoy se emplea para explicar la marcha de la historia. En realidad, esta palabra no explica nada. Es todo lo más una forma retórica, una manera como otra cualquiera de parafrasear los hechos.

Sabido es que en Escocia aumentó el valor de la propiedad de la tierra gracias al desarrollo de la industria inglesa. Esta industria abrió a la lana nuevos mercados de venta. Para producir la lana en vasta escala, era preciso transformar los campos de labor en pastizales. Para efectuar esta transformación, era preciso concentrar la propiedad. Para concentrar la propiedad, era precise acabar con las pequeñas haciendas de los arrendatarios, expulsar a miles de ellos de su país natal y colocar en su lugar a unos cuantos pastores encargados de cuidar millones de ovejas. Así, pues, la propiedad territorial condujo en Escocia, mediante transformaciones sucesivas, a que los hombres se viesen desplazados por las ovejas. Decid ahora que el fin providencial de la institución de la propiedad territorial en Escocia era hacer que los hombres fuesen desplazados por las ovejas, y tendréis la historia providencial.

Naturalmente, la tendencia a la igualdad es propia de nuestro siglo. Pero afirmar que todos los siglos anteriores —con sus necesidades, medios de producción, etc., completamente distintos— se esforzaron providencialmente por realizar la igualdad, es, ante todo, confundir los medios y los hombres de nuestro siglo con los hombres y los medios de siglos anteriores y desconocer el movimiento histórico por el que las generaciones sucesivas han ido transformando los resultados adquiridos por las generaciones precedentes. Los economistas saben muy bien que la misma cosa que para uno era un producto elaborado, no era para otro más que la materia prima destinada a una nueva producción.

Suponed, como lo hace el señor Proudhon, que el genio social produjo o, mejor dicho, improvisó a los señores feudales con el fin providencial de transformar a los *colonos* en *trabajadores responsables e iguales entre sí*, y habréis hecho una sustitución de fines y de personas, muy digna de esa Providencia que en Escocia instituía la propiedad territorial para permitirse el maligno placer de ver a los hombres desplazados por las ovejas.

Pero puesto que el señor Proudhon demuestra un interés tan tierno por la Providencia, le remitimos a la *Historia de la Economía política* del señor De Villeneuve-Bargemont, que también persigue un fin providencial. Este fin no es ya la igualdad, sino el catolicismo.

SÉPTIMA Y ÚLTIMA OBSERVACIÓN

Los economistas razonan de singular manera. Para ellos no hay más que dos clases de instituciones: las unas, artificiales, y las otras, naturales. Las instituciones del feudalismo son artificiales, y las de la burguesía son naturales. En esto los economistas se parecen a los teólogos, que a su vez establecen dos clases de religiones. Toda religión extraña es pura invención humana, mientras que su propia religión es una emanación de Dios. Al decir que las actuales relaciones —las de la producción burguesa— son naturales, los economistas dan a entender que se trata precisamente de unas relaciones bajo las cuales se crea la riqueza y se desarrollan las fuerzas productivas de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Por consiguiente, estas relaciones son en si leyes naturales, independientes de la influencia del tiempo. Son leyes eternas que deben regir siempre la sociedad. De modo que hasta ahora ha habido historia, pero ahora ya no la hay. Ha habido historia porque ha habido instituciones feudales y porque en estas instituciones feudales nos encontramos con unas relaciones de producción completamente diferentes de las relaciones de producción de la sociedad burguesa, que los economistas quieren hacer pasar por naturales y, por tanto, eternas.

El feudalismo también tenía su proletariado: los siervos, estamento que encerraba todos los gérmenes de la burguesía. La producción feudal también tenia dos elementos antagónicos, que se designan igualmente con el nombre de *lado bueno* y *lado malo* del feudalismo, sin tener en cuenta que, en definitiva, el lado malo prevalece siempre sobre el lado bueno. Es cabalmente el lado malo el que, dando origen a la lucha, produce el movimiento que crea la historia. Si, en la época de la dominación del feudalismo, los economistas, entusiasmados por las virtudes caballerescas, por la buena armonía entre los derechos y los deberes, por la vida patriarcal de las ciudades, por el estado de prosperidad de la industria doméstica en el campo, por el desarrollo de la industria organizada en corporaciones, cofradías y gremios, en una palabra, por todo lo que constituye el lado bueno del feudalismo, se hubiesen propuesto la tarea de eliminar todo lo que ensombrecía este cuadro —la servidumbre, los privilegios y la anarquía—, ¿cuál habría sido el resultado? Se habrían destruido todos los elementos que desencadenan la lucha y matado en germen el desarrollo de la burguesía. Los economistas se habrían propuesto la empresa absurda de borrar la historia.

Cuando la burguesía se impuso, la cuestión ya no residía en el lado bueno ni en el lado malo del feudalismo. La burguesía entró en posesión de las fuerzas productivas que habían sido desarrolladas por ella bajo el feudalismo. Fueron destruidas todas las viejas formas económicas, las relaciones civiles con ellas congruentes y el régimen político que era la expresión oficial de la antigua sociedad civil.

Así, pues, para formarse un juicio exacto de la producción feudal, es menester enfocarla como un modo de producción basado en el antagonismo. Es menester investigar como se producía la riqueza en el seno de este antagonismo, como se iban desarrollando las fuerzas productivas al mismo tiempo que el antagonismo de clases, como una de estas clases, el lado malo y negativo de la sociedad, fue creciendo incesantemente hasta que llegaron a su madurez las condiciones materiales para la emancipación. ¿Acaso no significa esto que el modo de producción, las relaciones en las que las fuerzas productivas se desarrollan, no son en modo alguno leyes eternas, sino que corresponden a un nivel determinado de desarrollo de los

hombres y de sus fuerzas productivas, y que todo cambio operado en las fuerzas productivas de los hombres lleva necesariamente consigo un cambio en sus relaciones de producción? Como lo que importa ante todo es no verse privado de los frutos de la civilización, de las fuerzas productivas adquiridas, hace falta romper las formas tradicionales en las que dichas fuerzas se han producido. Desde ese instante, la clase antes revolucionaria se hace conservadora.

La burguesía comienza su desarrollo histórico con un proletariado que es, a su vez, un resto del proletariado[2] de las tiempos feudales. En el curso de su desenvolvimiento histórico, la burguesía desarrolla necesariamente su carácter antagónico, que al principio se encuentra más o menos encubierto, que no existe sino en estado latente. A medida que se desarrolla la burguesía, va desarrollándose en su seno un nuevo proletariado, un proletariado moderno se desarrolla una lucha entre la clase proletaria y la clase burguesa, lucha que, antes de que ambas partes la sientan, la perciban, la aprecien, la comprendan, la reconozcan y la proclamen en alto, no se manifiesta en los primeros momentos sino en conflictos parciales y fugaces, en hechos sueltos de carácter subversivo. Por otra parte, si todos los miembros de la burguesía moderna tienen un mismo interés por cuanto forman una sola clase frente a otra clase, tienen intereses opuestos y antagónicos por cuanto se contraponen los unos a los otros. Esta oposición de intereses dimana de las condiciones económicas de su vida burguesa. Por tanto, cada día es más evidente que las relaciones de producción en que la burguesía se desenvuelve no tienen un carácter uniforme y simple, sino un doble carácter; que dentro de las mismas relaciones en que se produce la riqueza, se produce también la miseria; que dentro de las mismas relaciones en que se opera el desarrollo de las fuerzas productivas, existe asimismo una fuerza que da origen a la opresión; que estas relaciones no crean la riqueza burguesa, es decir, la riqueza de la clase burguesa, sino destruyendo continuamente la riqueza de los miembros integrantes de esta clase y formando un proletariado que crece sin cesar.

Cuanto más se pone de manifiesto este carácter antagónico tanto más entran en desacuerdo con su propia teoría los economistas, los representantes científicos de la producción burguesa, y se forman diferentes escuelas.

Existen los *economistas fatalistas*, que en su teoría son tan indiferentes a lo que ellos denominan inconvenientes de la producción burguesa como los burgueses mismos lo son en la práctica ante los sufrimientos de los proletarios que les ayudan adquirir riquezas. Esta escuela fatalista tiene sus clásicos y sus románticos. Los clásicos, como Adam Smith y Ricardo, son representantes de una burguesía que, luchando todavía contra los restos de la sociedad feudal, sólo pretende depurar de manchas feudales las relaciones económicas, aumentar las fuerzas productivas y dar un nuevo impulso a la industria y al comercio. A su juicio, los sufrimientos del proletariado que participa en esa lucha, absorbido por esa actividad febril, sólo son pasajeros, accidentales, y el proletariado mismo los considera come tales. Los economistas como Adam Smith y Ricardo, que son los historiadores de esta época, no tienen otra misión que mostrar cómo se adquiere la riqueza en el marco de las relaciones de la producción burguesa, formular estas relaciones en categorías y leyes y demostrar que estas leyes y categorías son, para la producción de riquezas, superiores a las leyes y a las categorías de la sociedad feudal. A sus ojos la miseria no es más que el dolor que acompaña a todo alumbramiento, mismo en la naturaleza que en la industria.

Los románticos pertenecen a nuestra época, en la que la burguesía está en oposición directa con el proletariado, en la que la miseria se engendra en

tan gran abundancia como la riqueza. Los economistas adoptan entonces la pose de fatalistas saciados que, desde lo alto de su posición, lanzan una mirada soberbia de desprecio sobre los hombres-máquinas que crean la riqueza. Copian todos los razonamientos de sus predecesores, pero la indiferencia, que en estos últimos era ingenuidad, en ellos es coquetería.

Luego sigue la *escuela humanitaria*, que toma a pecho el lado malo de las relaciones de producción actuales. Para tranquilidad de conciencia se esfuerza en paliar todo lo posible los contrastes reales; deplora sinceramente las penalidades del proletariado y la desenfrenada competencia entre los burgueses; aconseja a los obreros que sean sobrios, trabajen bien y tengan pocos hijos; recomienda a los burgueses que moderen su ardor en la esfera de la producción. Toda la teoría de esta escuela se basa en distinciones interminables entre la teoría y la práctica, entre los principios y sus resultados, entre la idea y su aplicación, entre el contenido y la forma, entre la esencia y la realidad, entre el derecho y el hecho, entre el lado bueno y el malo.

La escuela *filantrópica* es la escuela humanitaria perfeccionada. Niega la necesidad del antagonismo; quiere convertir a todos los hombres en burgueses; quiere realizar la teoría en tanto que se distinga de la práctica y no contenga antagonismo. Dicho se está que en la teoría es fácil hacer abstracción de las contradicciones que se encuentran a cada paso en la realidad. Esta teoría equivaldrá entonces a la realidad idealizada. Por consiguiente, los filántropos quieren conservar las categorías que expresan las relaciones burguesas, pero sin el antagonismo que constituye la esencia de estas categorías y que es inseparable de ellas. Los filántropos creen que combaten en serio la práctica burguesa, pero son más burgueses que nadie.

Así como los *economistas* son los representantes científicos de la clase burguesa, los *socialistas* y los *comunistas* son los teóricos de la clase proletaria. Mientras el proletariado no está aún lo suficientemente desarrollado para constituirse como clase; mientras, por consiguiente, la lucha misma del proletariado contra la burguesía no reviste todavía carácter político, y mientras las fuerzas productivas no se han .desarrollado en el seno de la propia burguesía hasta el grado de dejar entrever las condiciones materiales necesarias para la emancipación del proletariado y para la edificación de una sociedad nueva, estos teóricos son sólo utopistas que, para mitigar las penurias de las clases oprimidas, improvisan sistemas y andan entregados a la búsqueda de una ciencia regeneradora. Pero a medida que la historia avanza, y con ella empieza a destacarse, con trazos cada vez más claros, la lucha del proletariado, aquellos no tienen ya necesidad de buscar la ciencia en sus cabezas: les basta con darse cuenta de lo que se desarrolla ante sus ojos y convertirse en portavoces de esa realidad. Mientras se limitan a buscar la ciencia y a construir sistemas, mientras se encuentran en los umbrales de la lucha, no ven en la miseria más que la miseria, sin advertir su aspecto revolucionario, destructor, que terminara por derrocar a la vieja sociedad. Una vez advertido este aspecto, la ciencia, producto del movimiento histórico, en el que participa ya con pleno conocimiento de causa, deja de ser doctrinaria para convertirse en revolucionaria.

Volvamos al señor Proudhon.

Toda relación económica tiene su lado bueno y su lado malo: este es el único punto en que el señor Proudhon no se desmiente. En su opinión, el lado bueno lo exponen los economistas, y lado malo lo denuncian los socialistas. De los economistas toma la necesidad de unas relaciones eternas, y

de los socialistas esa ilusión que no les permite ver en la miseria nada más que la miseria. Proudhon esta de acuerdo con unos y otros, tratando de apoyarse en la autoridad de la ciencia. En él la ciencia se reduce a las magras proporciones de una fórmula científica; es un hombre a la caza de fórmulas. De este modo, el señor Proudhon se jacta de ofrecernos a la vez una crítica de la economía política y del comunismo, cuando en realidad se queda muy por debajo de una y de otro. De los economistas, porque considerándose, como filósofo, en posesión de una fórmula mágica, se cree relevado de la obligación de entrar en detalles puramente económicos; de los socialistas, porque carece de la perspicacia y del valor necesarios para alzarse, aunque sólo sea en el terreno de la especulación, sobre los horizontes de la burguesía.

Pretende ser la síntesis y no es más que un error compuesto.

Pretende flotar sobre burgueses y proletarios como hombre de ciencia, y no es más que un pequeño burgués, que oscila constantemente entre el capital y el trabajo, entre la economía política y el comunismo

§ II. LA DIVISIÓN DEL TRABAJO Y LAS MÁQUINAS

La serie de *evoluciones económicas* comienza, según el .señor Proudhon, con la división del trabajo.

Lado bueno de la división del trabajo:

"Considerada en su esencia, la división del trabajo es el modo de realizar la *igualdad* de condiciones y de inteligencias" (t. I, pág. 93).

Lado malo de la división del trabajo:

"La división del trabajo se ha convertido para nosotros en una fuente de miseria" (t. I, pág. 94).

Variante

"El trabajo, *dividiéndose según la ley* que le es propia y que constituye la primera condición de su fecundidad, llega a la negación de sus fines y se destruye a sí mismo" (t. I, pág. 94).

Problema a resolver:

Encontrar "la nueva combinación que suprima los inconvenientes de la división, conservando a la par sus efectos útiles" (t. I, pág. 97).

La división del trabajo es, en opinión del señor Proudhon, una ley eterna, una categoría simple y abstracta. Por consiguiente, la abstracción, la idea, la palabra le bastan para explicar la división del trabajo en las diferentes épocas. Las castas, las corporaciones, el régimen de la manufactura, la gran industria deben ser explicados con una sola palabra: *dividir*. Comenzad por estudiar bien el sentido de la palabra "dividir" y no tendréis necesidad de estudiar las numerosas influencias que dan a la división del trabajo un carácter determinado en cada época.

Naturalmente, reducir las cosas a las categorías del señor Proudhon seria simplificarlas demasiado. La historia no procede de un modo tan categórico. En Alemania hicieron falta tres siglos enteros para establecer la primer gran división del trabajo, es decir, la separación de la ciudad y del campo. A medida que se modificaba esta sola relación entre la ciudad y el campo, se iba modificando toda la sociedad. Incluso tomando este solo aspecto de la división del trabajo, tenemos en un caso las repúblicas de la antigüedad, y en otro el feudalismo cristiano; en un caso, la antigua Inglaterra con sus barones, y en otro, la Inglaterra moderna con sus señores del algodón (*cotton-lords*). En los siglos XIV y XV, cuando aún no había colonias, cuando América todavía no existía para Europa, cuando las relaciones con Asía se mantenían únicamente a través de Constantinopla, cuando el Mediterráneo era el centro de la actividad comercial, la división del trabajo tenía una forma y un carácter completamente distintos que en el siglo XVII, cuando los españoles, los portugueses, los holandeses, los ingleses y los franceses poseían colonias establecidas en todas las partes del ,mundo. La extensión del mercado y su fisonomía dan a la división del trabajo en las diferentes épocas una fisonomía y un carácter que sería difícil deducir de la sola palabra "*dividir*", de la idea, de la categoría.

"Todos los economistas —dice el señor Proudhon—, a partir de A. Smith, han señalado las *ventajas* y los *inconvenientes* de la ley de la división del trabajo, pero atribuyendo una importancia mucho mayor a las primeras que a los segundos, porque esto correspondía más a su optimismo, y sin que ninguno de ellos se haya preguntado nunca en que podían consistir los inconvenientes de una ley... ¿De qué modo un mismo principio, aplicado con rigor en todas sus consecuencias, surte efectos diametralmente opuestos? Ningún economista, ni antes ni después de A. Smith, se ha percatado siquiera de que en este punto había un problema a dilucidar. Say llega a reconocer que en la división del trabajo la misma causa que produce el bien engendra el mal". [I, 95-96]

A. Smith fue más perspicaz de lo que piensa el señor Proudhon. Vio muy bien que "en realidad la diferencia de talentos naturales entre los individuos es mucho menor de lo que creemos. Estas disposiciones tan diferentes, que parecen distinguir a las personas de diversas profesiones, cuando llegan a la edad madura, no son tanto la causa como el *efecto* de la división del trabajo" [I, 20]. La diferencia inicial entre un mozo de cuerda y un filósofo es menor que la que existe entre un mastín y un galgo. El abismo entre uno y otro lo ha abierto la división del trabajo. Esto no le impide al señor Proudhon decir, en otro lugar, que Adam Smith no sospechaba siquiera los inconvenientes de la división del trabajo. Es esto también lo que le

hace decir que J. B. Say fue el *primero* en reconocer “que en la división del trabajo la misma causa que produce el bien engendra el mal”. [I, 96]

Pero escuchemos a Lemontey: *Suum cuique*[3].

“El señor J. B. Say me ha hecho el honor de adoptar en su excelente tratado de economía política el principio que yo he formulado en este fragmento sobre la influencia moral de la división del trabajo. Sin duda, el titulo un poco frívolo de mi libro8 no le ha permitido citarme. Sólo a este motivo puedo atribuir el silencio de un escritor demasiado rico en pensamientos propios para negar esta apropiación tan insignificante”. (Lemontey, *Obras completes*, t. I, pág. 245, Paris, 1840.)

Hagamos justicia a Lemontey: ha expuesto con gran ingenio las consecuencias perniciosas de la división del trabajo tal como ha llegado a ser en nuestros días, y el señor Proudhon no ha tenido nada que agregar. Pero ya que, por culpa del señor Proudhon, nos hemos enzarzado en esta disputa sobre la prioridad, diremos de pasada que mucho antes de Lemontey y diecisiete años antes que Adam Smith, discípulo de A. Ferguson, este expuso con nitidez el punto en cuestión en un capítulo que trata especialmente de la división del trabajo:

“Podría hasta dudarse de si la capacidad general de una nación crece en proporción al progreso de la técnica. En muchas artes mecánicas... la finalidad se logra perfectamente sin el menor concurso de la razón y del sentimiento, y la ignorancia es la madre de la industria tanto como lo es de la superstición. La reflexión y la imaginación están sujetas a error, pero el movimiento habitual del pie o de la mano no depende ni de la una ni de la otra. Por tanto, se podría decir que, en relación a la manufactura, la perfección consiste en poder prescindir de la capacidad intelectual, de manera que sin ningún esfuerzo mental el taller pueda ser considerado como una máquina cuyas partes son seres humanos... El general puede ser muy hábil en el arte de la guerra, mientras que todo lo que se requiere del soldado se reduce a la ejecución de unos cuantos movimientos de los pies o de las manos. El primero puede haber ganado lo que el segundo había perdido... En un periodo en el que todas las funciones están separadas, el arte mismo de pensar puede formar un oficio aparte”. (A. Ferguson, *Essai sur l'histoire de la société civile* [“Ensayo sobre la historia de la sociedad civil”], Paris, 1783). [II, 108, 109, 110].)

Para terminar este resumen literario, negamos formalmente que “todos los economistas hayan atribuido una importancia mucho mayor a las ventajas que a los inconvenientes de la división del trabajo”. Basta recordar a Sismondi.

Así, pues, en lo que concierne a las ventajas de la división del trabajo, al señor Proudhon no le quedaba otra cosa que parafrasear más o menos pomposamente las frases generales que todo el mundo conocía.

Veamos ahora de que modo hace derivar Proudhon de la división del trabajo tomada como ley general, como categoría, como idea, los *inconvenientes* que le son propios. ¿Cómo es que esta categoría, esta ley implica una distribución desigual del trabajo en detrimento del sistema igualitario del señor Proudhon?

"En esta hora solemne de la división del trabajo, el viento de las tempestades comienza a soplar sobre la humanidad. El progreso no se efectúa de una manera igual y uniforme para todos; ...comienza por comprender a un pequeño número de privilegiados... Esta parcialidad del progreso con respecto a determinadas personas es la que ha hecho creer durante largo tiempo en la desigualdad natural y providencial de condiciones, originado las castas y constituido jerárquicamente todas las sociedades". (Proudhon, t. I, pág. 94.)

La división del trabajo ha creado las castas. Ahora bien, las castas constituyen los inconvenientes de la división del trabajo; por tanto, los inconvenientes se deben a la división del trabajo. *Quod erat demonstrandum*[4]. Si queremos ir más allá y preguntamos qué ha hecho a la división del trabajo crear las castas, el régimen jerárquico y los privilegios, el señor Proudhon nos dirá: El progreso. ¿Y que ha dado origen al progreso? La limitación. Limitación llama el señor Proudhon a la parcialidad del progreso con respecto a determinadas personas.

Después de la filosofía viene la historia. No es ya ni historia descriptiva, ni historia dialéctica, sino historia comparada. El señor Proudhon establece un paralelo entre el actual obrero impresor y el de la Edad Media, entre el obrero de las fabricas Creusot y el herrero de aldea, entre el hombre de letras de nuestros días y el hombre de letras medieval, y hace Inclinar la balanza del lado de los que representan en mayor o menor medida la división del trabajo establecida o transmitida por la Edad Media. Opone la división del trabajo de una época histórica a la división del trabajo de otra época histórica. Era esto lo que el señor Proudhon tenía que demostrar? No. Tenía que mostrarnos los inconvenientes de la división del trabajo en general, de la división del trabajo como categoría. Más, ¿para qué detenernos en esta parte de la obra del señor Proudhon, si un poco más adelante le veremos retractarse formalmente de todos estos pretendidos argumentos?

"El primer efecto del trabajo parcelario —prosigue el señor Proudhon—, después de la *depravación del alma*, es la prolongación de la jornada, que crece en razón inversa de la suma de fuerzas intelectuales gastadas... Pero como la duración de la jornada no puede exceder de dieciséis a dieciocho horas, cuando sea imposible compensar la disminución del gasto de fuerzas intelectuales con un, aumento del tiempo de trabajo, la compensación se hará a cuenta del precio del trabajo, y el salario disminuirá… Lo cierto, y lo único que necesitamos anotar, es que la *conciencia universal* no mide por el mismo rasero el trabajo de un contramaestre y el de un peón. Por consiguiente, es necesario reducir el precio de la jornada, de suerte que el trabajador, además de la aflicción espiritual del cumplimiento de una función degradante, tenga que sufrir privaciones físicas a causa de la parquedad de la remuneración". [I, 97, 98]

No vamos a detenernos en el valor lógico de estos silogismos, que Kant llamaría paralogismos que desvían.

He aquí su sustancia:

La división del trabajo reduce al obrero a una función degradante; a esta función degradante corresponde un alma depravada; a la depravación del alma corresponde una reducción cada vez mayor del salario. Y al objeto de demostrar que esta reducción del salario corresponde a un alma depravada, el señor Proudhon dice, para descargo de conciencia, que tal es la voluntad de la conciencia universal. ¿Estará incluida el alma del señor Proudhon en

la conciencia universal?

Las máquinas son, para el señor Proudhon, "la antitesis 1ógica de la división del trabajo", y, en apoyo de su dialéctica, comienza por transformar las máquinas en fábrica.

Después de haber supuesto la fábrica moderna para deducir de la división del trabajo la miseria, el señor Proudhon supone la miseria engendrada por la división del trabajo para llegar a la fábrica y para poder presentarla como la negación dialéctica de esta miseria. Después de haber castigado al trabajador en el sentido moral con una *función degradante* y en el sentido físico con la parquedad del salario; después de haber colocado al obrero *en dependencia del contramaestre* y rebajado su trabajo hasta el nivel del *trabajo de un peón*, el señor Proudhon vuelve a la fábrica y a las máquinas para acusarlas de *degradar* al trabajador, "dándole un *amo*", y, para coronar el envilecimiento del trabajador, "le hace descender del rango de artesano al de *peón*". ¡Hermosa dialéctica! Y si al menos se detuviera pero no, el necesita una nueva historia de la división del trabajo, no ya para inferir de ella las contradicciones, sino para reconstruir la fábrica a su manera. Para llegar a este fin tiene que olvidar todo cuanto había dicho poco antes sobre la división del trabajo.

El trabajo se organiza y se divide de diferentes modos según sean los instrumentos de que disponga. El molino movido a brazo supone una división del trabajo distinta que el molino de vapor. Querer comenzar por división del trabajo en general, para luego llegar a uno de los instrumentos específicos de la producción, a las máquinas, significa, pues, burlarse de la historia.

Las máquinas no constituyen una categoría económica, como tampoco el buey que tira del arado. Las maquinas no son más que una fuerza productiva. La fábrica moderna, basada en el empleo de las máquinas, es una relación social de producción, una categoría económica.

Veamos ahora cómo ocurren las cosas en la brillante imaginación del señor Proudhon.

"En la sociedad, la aparición incesante de nuevas máquinas es la antitesis, la fórmula inversa de la división del trabajo: es la protesta del genio industrial contra el *trabajo parcelario y homicida*. ¿Qué es, en efecto, una máquina? *Una manera de reunir diversas partículas de trabajo*, que la división había separado. Toda máquina puede ser definida como un conjunto de múltiples operaciones... Por tanto, mediante la máquina se llevará a efecto la *restauración del trabajador*... Las máquinas, por ser en economía política lo contrario de la división del trabajo, representan la síntesis que en la mente humana se opone al análisis... La división no hacia más que separar las diversas partes del trabajo, permitiendo a cada uno ocuparse de la especialidad más acorde con sus inclinaciones: la fábrica agrupa a los trabajadores según la relación entre cada parte y el todo..., introduce el principio de autoridad en el trabajo... Pero esto no es todo; la *máquina* o la *fábrica*, después de haber degradado al trabajador dándole un amo, corona su envilecimiento haciéndole descender del rango de artesano al de peón... El período que ahora estamos atravesando, el de las máquinas, se distingue por un rasgo particular, a saber, el *trabajo asalariado*. El trabajo asalariado es posterior a la división del trabajo y al cambio". [I, 135, 136, 161].

Una simple observación al señor Proudhon. La separación de las diversas partes del trabajo, que permite a nada uno dedicarse a la especialidad que más le agrade, separación que, según el señor Proudhon, data desde el comienzo del mundo, existe solamente en la industria moderna, bajo el régimen de la competencia.

El señor Proudhon nos ofrece luego una "genealogía" extraordinariamente "interesante", para demostrar cómo la fábrica ha nacido de la división del trabajo, y el trabajo asalariado de la fábrica.

1) Supone un hombre que "observe que, dividiendo la producción en sus diversas partes y haciendo ejecutar cada una de ellas a un obrero", se multiplicarían las fuerzas productivas.

2) Este hombre, "siguiendo el hilo de esta idea, se dice a si mismo que, formando un grupo permanente de trabajadores escogidos para el fin especial que *se propone*, obtendrá una producción más regular, etc." (I, 161).

3) Este hombre hace una *proposición* a otros hombres con el fin de inducirles a aceptar su idea y seguir el hilo de su idea.

4) Este hombre, en los primeros tiempos de la industria, trata de *igual a igual* con *sus compañeros de taller*, que más tarde serán sus *obreros*.

5) "Se comprende, desde luego, que esta igualdad primitiva tenía que desaparecer rápidamente debido a la situación ventajosa del maestro y a la dependencia del asalariado". (I, 163).

He aquí una nueva muestra del *método histórico y descriptivo* del señor Proudhon.

Veamos ahora, desde el punto de vista histórico y económico, si el principio de autoridad fue introducido realmente en la sociedad por la fabrica o la máquina con posterioridad a la división del trabajo; si esto trajo como consecuencia, por una parte, una rehabilitación del obrero, aunque sometiéndolo, por otra, a la autoridad; si la máquina es la precomposición del trabajo dividido, la *síntesis* del trabajo opuesto a su *análisis*.

Lo que la sociedad tiene de común con la estructura interna de una fabrica es que también en ella existe su división del trabajo. Si tomamos como modelo la división del trabajo en una fabrica moderna, para aplicarla después al conjunto de la sociedad, veremos que la sociedad mejor organizada para la producción de riquezas sería incontestablemente la que tuviese un solo empresario-jefe, que distribuyera el trabajo entre los diversos miembros de la comunidad según reglas establecidas de antemano. Pero, en realidad, las cosas ocurren de un modo completamente distinto. Mientras que en el interior de la fábrica moderna la división del trabajo esta minuciosamente reglamentada por la autoridad del empresario, la sociedad moderna no posee, Para distribuir el trabajo, más regla, más autoridad que la libre concurrencia.

Bajo el régimen patriarcal, bajo el régimen de castas, bajo el régimen feudal y corporativo, existía división del trabajo en la sociedad entera según

reglas fijas ¿Establecía esas reglas un legislador? No. Nacidas primeramente de las condiciones de la producción material, sólo mucho más tarde fueron erigidas en leyes. Así, estas diversas formas de división del trabajo pasaron a ser la base de las distintas formas de organización social. En cuanto a la división del trabajo dentro del taller, estaba muy poco desarrollada en todas las formas mencionadas de organización de la sociedad.

Se puede incluso establecer como regla general que, cuanto menos es presidida por la autoridad la división del trabajo en el seno de la sociedad, más se desarrolla la división del trabajo en el interior del taller y más se somete dicha división a la autoridad de una sola persona. Por tanto, con respecto a la división del trabajo, la autoridad en el taller y la autoridad en la sociedad están en *razón inversa* la una de la otra.

Veamos ahora que es la fábrica, en la que las funciones están muy separadas, donde la tarea de cada obrero se reduce a una operación muy simple y donde la autoridad, el capital, agrupa y dirige los trabajos. ¿Cómo ha nacido la fabrica? Para responder a esta pregunta tendríamos que examinar cómo se fue desarrollando la industria manufacturera propiamente dicha. Me refiero a esa industria que no es aún la industria moderna, con sus máquinas, pero que tampoco es ya ni la industria de los artesanos de la Edad Media, ni la industria doméstica. No entraremos en grandes detalles: expondremos algunos puntos sumarios, para demostrar que con fórmulas no se puede escribir la historia.

Una condición de las más indispensables para la formación de la industria manufacturera fue la acumulación de capitales, facilitada por el descubrimiento de América y la importación de sus metates preciosos.

Esta suficientemente demostrado que el aumento de los medios de cambio trajo como consecuencia, por un lado, la desvalorización de los salarios y de la renta de la tierra y, por otro, el crecimiento de los beneficios industriales. En otros términos: a medida que decaían la clase de los propietarios territoriales y la clase de los trabajadores, los señores feudales y el pueblo, se elevaba la clase de los capitalistas, la burguesía.

Hubo además otras circunstancias que contribuyeron simultáneamente al desarrollo de la industria manufacturera: aumento de las mercancías puestas en circulación desde que el comercio penetró en las Indias Orientales a través del cabo de Buena Esperanza, el régimen colonial y el desarrollo del comercio marítimo.

Otro punto que no ha sido aun debidamente apreciado en la historia de la industria manufacturera, es el licenciamiento de los numerosos séquitos de los señores feudales, a consecuencia de lo cual elementos subalternos de estos séquitos se convirtieron en vagabundos antes de entrar en los talleres. La creación del taller manufacturero fue precedida de un vagabundeo casi universal en los siglos XV y XVI. El taller encontró además un poderoso apoyo en el gran número de campesinos que afluyeron a las ciudades durante siglos enteros, al ser expulsados continuamente del campo debido a la transformación de las tierras de cultivo en pastizales y a los progresos de la agricultura, que hacían necesario un menor número de brazos para el laboreo del suelo.

La ampliación del mercado, la acumulación de capitales, los cambios operados en la posición social de las clases, la aparición de numerosas gentes

privadas de sus fuentes de ingresos: tales son las condiciones históricas para la formación de la manufactura. La congregación de los trabajadores en el taller manufacturero no fue, como afirma el señor Proudhon, obra de pactos amistosos entre iguales. La manufactura no nació en el seno de los antiguos gremios. Es el comerciante quien se transforme en el jefe del taller moderno, y no el antiguo maestro de los gremios. Casi por doquier se libre una lucha encarnizada entre la manufactura y los oficios artesanos.

La acumulación y la concentración de los instrumentos y de los trabajadores precedió al desarrollo de la división del trabajo en el seno del taller. El rasgo distintivo de la manufactura era más bien la reunión de muchos trabajadores y de muchos trabajadores en un solo lugar, en un mismo local, bajo el mando de un capital, y no la fragmentación del trabajo y la adaptación de los obreros operaciones muy simples.

La utilidad de un taller manufacturero consistía no tanto en la división del trabajo propiamente dicha, como en la circunstancia de que la producci5n se llevaba a cabo en mayor escala, se reducían muchos gastos accesorios, etc. A fines del .siglo XVI y comienzos del XVII, la manufactura holandesa apenas conocía la división del trabajo.

El desarrollo de la división del trabajo supone la reunión de los trabajadores en un taller. Ni en el siglo XVI ni en el siglo XVII encontramos un solo ejemplo de un desarrollo tal de las diversas ramas de un mismo oficio, que bastara reunirlas en un solo lugar para obtener un taller manufacturero completamente preparado. Pero una vez reunidos en un solo lugar los hombres y los instrumentos, la división del trabajo existente en el régimen gremial se reproducía y se reflejaba necesariamente en el interior del taller.

Para el señor Proudhon, que ve las cosas al revés, cuando las ve, la división del trabajo tal como la entiende Adam Smith precede al taller manufacturero, siendo así que, en realidad, el taller es una condición necesaria para la existencia de la división del trabajo.

Las *máquinas* propiamente dichas datan de fines del siglo XVIII. Nada más absurdo que ver en las máquinas la *antitesis* de la división del trabajo, la *síntesis* que restablece la unidad en el trabajo fragmentado.

La máquina es un conjunto de instrumentos de trabajo, y no una combinación de trabajos para el propio obrero.

“Cuando, por la división del trabajo, cada operación particular ha sido reducida al empleo de un instrumento simple, la reunión de todos estos instrumentos, puestos en acción por un solo motor, constituye una máquina.” (Babbage, *Traité sur l'Economie des machines*, etc. [“Tratado sobre la Economía de las máquinas”, etc.], París. 1833.)

Útiles simples, acumulación de útiles, útiles compuestos, puesta en acción de un útil compuesto por un solo motor: por las manos del hombre; puesta en acción de estos instrumentos por las fuerzas naturales; máquina; sistema de máquinas con un solo motor; sistema de máquinas con un motor automático: este es el curso de desarrollo de las máquinas.

La concentración de los instrumentos de producción y la división del trabajo son tan inseparables la una de la otra como, en la edema política, la concentración de los poderes públicos y la división de las intereses privados. En Inglaterra, con la concentración de las tierras, instrumentos del trabajo agrícola, tenemos también la división del trabajo agrícola y la aplicación de la maquinaria al laboreo de la tierra. En Francia, donde los instrumentos de trabajo agrícola están dispersos, donde predomina el sistema parcelario, no tenemos en general ni división del trabajo agrícola ni aplicación de las máquinas al cultivo de la tierra.

A juicio del señor Proudhon, concentración de los instrumentos de trabajo es la negación de la división del trabajo. En realidad, una vez más vemos todo lo contrario. A medida que se desarrolla la concentración de los instrumentos, se desarrolla también la división del trabajo, y viceversa. Por eso, todo gran invento en la mecánica es seguido de una mayor división del trabajo, y todo desarrollo de la división del trabajo conduce, a su vez, a nuevas inventos en el dominio de la mecánica.

No es necesario recordar que los grandes progresos de división del trabajo comenzaron en Inglaterra después de la invención de las máquinas. Así, los tejedores y los hiladores eran en su mayoría campesinos como los que aún encontramos los países atrasados. La invención de las máquinas acabó de separar la industria manufacturera del trabajo agrícola. El tejedor y el hilador, reunidos antes en una sola familia, fueron separados por la máquina. Gracias a la máquina, el hilador puede habitar en Inglaterra mientras el tejedor se encuentra en las Indias Orientales. Antes de la invención de las máquinas, la industria de un país se desenvolvía principalmente a base de las materias primas que eran producto de su propio suelo: Así, Inglaterra elaboraba la lana, Alemania el lino, Francia la seda y el lino, las Indias Orientales y Levante, el algodón, etc. Gracias a la aplicación de las máquinas y del vapor, la división del trabajo alcancó tales proporciones que la gran industria, desligada del suelo nacional, dependía únicamente del mercado mundial, del comercio internacional y de la división internacional del trabajo. Por Ultimo, la máquina ejerce una influencia tal sobre la división del trabajo que, desde que en la fabricación de un artículo cualquiera se ha encontrado el medio de preparar con procedimientos mecánicos tal o cual parte del mismo, la fabricación se divide al instante en dos ramas independientes la una de la otra.

¿Hace falta hablar del *fin providencial* y filantrópico descubierto por el señor Proudhon en la invención y el empleo inicial de las máquinas?

Cuando el mercado adquiría en Inglaterra un desarrollo tal que el trabajo manual no podía ya satisfacer la demanda, se sintió la necesidad de máquinas. Entonces se empezó a pensar en la aplicación de la ciencia mecánica, que en el siglo XVIII ya estaba plenamente formada.

La aparición de la fábrica fue acompañada de actos que eran todo menos filantrópicos. Los niños eran retenidos en el trabajo a golpes de látigo; se les hacia objeto de trafico, y para conseguir mano de obra infantil se ajustaban contratos con los orfanatos. Fueron abolidas todas las leyes relativas al aprendizaje de los obreros, porque, para decirlo con una expresión del señor Proudhon, ya no había necesidad de obreros *sintéticos*. Por último, a partir de 1825, casi todas las nuevas invenciones fueron el resultado de colisiones entre obreros y patronos, que trataban a toda costa de depreciar la especialidad de los obreros. Después de cada nueva huelga de alguna importancia surgía una nueva máquina. El obrero hasta tal punto no veía en el

empleo de las máquinas una especie de rehabilitación, de *restauración*, como dice el señor Proudhon, que en el siglo XVIII opuso resistencia durante largo tiempo al imperio naciente de los mecanismos automáticos.

"Wyatt —dice el doctor Ure— había descubierto los bastidores de hilar (la serie de cilindros acanalados) mucho antes que Arkwright. ... Pero la dificultad principal no consistía tanto en la invención de un mecanismo automático... La dificultad estribaba sobre todo en la disciplina necesaria para hacer que los operarios renunciasen a sus hábitos irregulares dentro del trabajo y para identificarles con la regularidad invariable del gran autómata. Inventar y poner en vigor un código de disciplina fabril ajustado a las necesidades y a la celeridad del sistema mecánico: he aquí una empresa digna de Hércules, he aquí la noble obra de Arkwright". [I, 21-22, 23].

En suma, la introducción de las máquinas acentuó la división del trabajo en el seno de la sociedad, simplificó la tarea del obrero en el interior del taller, aumentó la concentración del capital y desarticuló aún más al hombre.

Cuando el señor Proudhon quiere ser economista y abandonar por un instante "la evolución en la serie del entendimiento", toma su erudición de A. Smith, que escribió sus obras cuando la fábrica no hacía más que nacer. En efecto, ¡qué diferencia entre la división del trabajo existente en tiempos de Adam Smith y la que vemos en la fábrica moderna! Para comprenderla bien, bastará citar algunos pasajes de la *Filosofía de la fábrica* del doctor Ure.

"Cuando A. Smith escribió su obra inmortal sobre los elementos de economía política, apenas era conocido el sistema de la industria mecánica. En la división del trabajo veía con razón el gran principio del perfeccionamiento de la manufactura; con el ejemplo de la fabricación de alfileres demostró que un obrero, perfeccionándose mediante la ejecución de una misma operación, se torna más expeditivo y menos costoso. En cada rama de manufactura vio que, según este principio, ciertas operaciones, como la de cortar alambre de latón en partes iguales, resultaban mucho más fáciles, y que otras, como la de moldear y fijar la cabeza de un alfiler, eran relativamente más difíciles; de aquí dedujo que lo natural sería adaptar a un obrero a cada una de estas operaciones y que su salario correspondiese a su habilidad. Esta *adaptación* es la esencia de la división del trabajo. Pero lo que podía servir de ejemplo útil en los tiempos del doctor Smith, hoy no haría sino inducir al público a error en cuanto al principio real de la industria fabril. En efecto, la distribución o, mejor dicho, la adaptación de los trabajos a las diferentes capacidades individuales no entra apenas en el plan de acción de la fabrica: por el contrario, en todos aquellos casos en que una operación exige gran habilidad y una mano segura, el brazo del obrero, demasiado hábil y propenso con frecuencia a irregularidades de toda clase, es reemplazado por un mecanismo especial, tan perfectamente regulado que basta un niño para vigilarlo.

El principio del sistema fabril consiste, pues, en sustituir la mano de obra por la máquina y en reemplazar la división del trabajo entre los diversos operarios por la descomposición del proceso en sus partes integrantes. En el sistema de operaciones manuales, el trabajo humano era ordinariamente el elemento más dispendioso de cualquier producto; en el sistema de trabajo mecanizado, la pericia del artífice se ve suplida cada día más por simples auxiliares de las máquinas.

La debilidad de la naturaleza humana es tal que, cuanto más hábil sea el obrero, se vuelve más voluntarioso e intratable y, por lo mismo, menos idóneo resulta para un sistema mecánico a cuyo conjunto pueden inferir considerable daño sus salidas caprichosas. Por consiguiente, el gran fin del fabricante actual consiste, combinando la ciencia con sus capitales, en reducir las funciones de sus obreros a poner en juego su vigilancia y su destreza, facultades que se perfeccionan bien en la juventud, si son *concentradas en un solo objeto*.

En el sistema de gradaciones del trabajo se requieren muchos años de aprendizaje antes de que el ojo y la mano sean lo bastante expertos para efectuar ciertas operaciones mecánicas muy difíciles; pero en el sistema que descompone los procesos en sus partes integrantes, y que hace que todas las partes sean ejecutadas por una máquina automática, se puede confiar estas partes elementales a un operario dotado de una capacidad ordinaria, después de haberlo sometido a una corta prueba; en caso de necesidad se le puede hacer pasar de una máquina a otra, a voluntad del que dirige los trabajos. Tales cambios están en oposición abierta con la vieja rutina que divide el trabajo y que asigna a un obrero la tarea de moldear la cabeza de un alfiler y a otro la de aguzarle la punta, trabajo cuya fastidiosa uniformidad les enerva... Pero bajo el dominio del principio de la *igualación*, es decir, en el sistema fabril, las facultades del obrero son sometidas solamente a un ejercicio agradable, etc... Como sus obligaciones se circunscriben a vigilar el trabajo de un mecanismo bien regulado, se puede imponer en ellas en poco tiempo: y cuando pasa de una máquina a otra, introduce variedad en su tarea y desarrolla sus ideas al reflexionar en las combinaciones generales que resultan de su trabajo y del de sus compañeros. Por eso, en el régimen de *distribución igual de trabajos* no se puede dar, en circunstancias ordinarias, esa coerción de las facultades, esa estrechez de horizontes y ese freno del desarrollo físico del obrero que no sin razón son atribuidos a la división del trabajo.

La finalidad constante y la tendencia de todo perfeccionamiento del mecanismo es, en efecto, prescindir por completo del trabajo del hombre o disminuir su precio, sustituyendo el trabajo de obreros varones y adultos con el de mujeres y niños, o el de obreros diestros con el de obreros sin calificar... Esta tendencia a no emplear más que niños de ojos vivaces y dedos ágiles en lugar de operarios de larga experiencia demuestra que nuestros fabricantes instruidos han desechado, al fin, el dogma escolástico de la división del trabajo según los diferentes grados de habilidad". (Andre Ure, *Philosophie des manufactures ou Economie industrielle* ["Filosofía de la fabrica o Economía industrial"], t. I, cap. I [págs. 34-35].)

Lo que caracteriza la división del trabajo en el seno de la sociedad es que engendra las especialidades, las distintas profesiones, y con ellas el idiotismo del oficio.

"Nos causa admiración —dice Lemontey— ver que entre los antiguos un mismo personaje era a la vez, en grado eminente, filósofo, poeta, orador, historiador, sacerdote, gobernante y caudillo militar. El espíritu se sobrecoge ante un campo de acción tan vasto. Cada uno planta su cercado y se encierra en el ignoro si por efecto de este fraccionamiento, se agranda el campo de acción, pero se muy bien que el hombre se achica".

Lo que caracteriza la división del trabajo en el taller mecánico es que el trabajo pierde dentro de él todo carácter de especialidad. Pero, en cuanto cesa todo desarrollo especial, comienza a dejarse sentir el afán de universalidad, la tendencia a un desarrollo integral del individuo. El taller mecánico

suprime las profesiones aisladas y el idiotismo del oficio.

El señor Proudhon, por no haber comprendido ni tan siquiera este solo aspecto revolucionario del taller mecanico, da un paso atrás y propone al obrero que no se limite a hacer la doceava parte de un alfiler, sino que prepare sucesivamente las doce partes. El obrero alcanzaría así un conocimiento pleno y profundo del alfiler. En esto consiste el trabajo sintético del señor Proudhon. Nadie negará que dar un paso adelante y otro atrás es igualmente hacer un movimiento sintético.

En resumen, el señor Proudhon no ha ido más allá del ideal del pequeño burgués. Y para realizar este ideal, no concibe nada mejor que reducirnos a la condición de compañeros de taller o, todo lo más, de maestros artesanos de la Edad Media. Basta, dice en un lugar de su libro, haber creado una sola vez en la vida una obra maestra, haberse sentido una sola vez hombre. ¿No es esto, tanto por la forma como por el fondo, la obra maestra exigida por los gremios artesanales de la Edad Media?

§ III. LA COMPETENCIA Y EL MONOPOLIO

Lado bueno de la competencia:

"La competencia es tan esencial para el trabajo como la división de éste... Es necesaria para el *advenimiento de la igualdad*". [I, 186, 188]

Lado malo de la competencia:

"Su principio se niega a sí mismo. Su efecto más seguro es hundir a los que se dejen arrastrar por ella". [I, 185]

Reflexión general:

"Los *inconvenientes* que acarrea la competencia, lo mismo que el bien que proporciona…, emanan lógicamente del principio". [I, 185-186]

Problema a resolver:

"Encontrar el principio *conciliador* que debe arrancar de una ley superior a la libertad misma". [I, 185]

Variante:

“No se trata, pues, destruir la competencia, cosa tan imposible como destruirla libertad; se trata de encontrar para ella el equilibrio, y yo diría de buena gana: la policía. [I, 185]

Proudhon comienza defendiendo la necesidad eterna de la competencia contra los que quieren reemplazarla por la emulación[5].

No hay “emulación sin un fin”. Y así como “el objeto de toda pasión es necesariamente análogo a la pasión misma: una mujer para el amante, el poder para el ambicioso, el oro para el avaro, una corona para el poeta, de la misma manera el objeto de la emulación industrial es necesariamente la *ganancia.* La emulación no es otra cosa que la competencia misma”. [I, 187]

La competencia es la emulación con fines de ganancia. La emulación industrial ¿es necesariamente la emulación con miras al beneficio, es decir, la concurrencia? El señor Proudhon lo demuestra con una simple afirmación. Ya hemos visto que, para él, afirmar es demostrar, lo mismo que suponer es negar.

Si el objeto inmediato de la pasión del amante es la mujer, el objeto inmediato de la emulación industrial es el producto y no el beneficio.

La competencia no es la emulación industrial, es la emulación comercial. En nuestro tiempo, la emulación industrial no existe sino con fines comerciales. Hay inclusive fases en la vida económica de los pueblos modernos en las que todo el mundo esta poseído de una especie de fiebre por obtener ganancias sin producir. Esta fiebre de la especulación, que sobreviene periódicamente, pone al desnudo el verdadero carácter de la competencia, que tiende a evitar la necesidad de la emulación industrial.

Si hubierais dicho a un artesano del siglo XVI que serían abolidos los privilegios y toda la organización feudal de la industria para sustituirlos por la emulación industrial, denominada competencia, os habría respondido que los privilegios de las diversas corporaciones, cofradías y gremios son la competencia organizada. Eso mismo dice el señor Proudhon al afirmar que “la emulación no es otra cosa que la competencia”.

“Ordenad que a partir del 1° de enero de 1847 sean garantizados a todo el mundo el trabajo y el salario: inmediatamente, a la tensión impetuosa de la industria sucederá un inmenso estancamiento”.

En lugar de una suposición, de una afirmación y de una negación tenemos ahora una ordenanza que el señor Proudhon dicta expresamente para demostrar la necesidad de la competencia, su eternidad como categoría, etc.

Si nos imaginamos que para salir de la competencia no hacen falta más que ordenanzas, jamás se saldrá de ella. Y llevar las cosas hasta proponer la abolición de la competencia manteniendo e1 salario, equivale a proponer un despropósito por decreto real. Pero los pueblos no proceden en virtud de

decretos reales. Antes de recurrir a tales ordenanzas, los pueblos tienen que haber cambiado al menos de arriba abajo sus condiciones de existencia industrial y política, y por consiguiente toda su manera de ser.

El señor Proudhon responderá, con su aplomo imperturbable, que ésta es la hipótesis "de una transformación de nuestra naturaleza sin precedentes en la historia" y que él tendría derecho a "*dejarnos al margen* de la discusión", no se sabe en virtud de qué ordenanza.

El señor Proudhon ignora que toda la historia no es otra cosa que una transformación continua de la naturaleza humana.

"Atengámonos a los hechos. La revolución francesa fue hecha tanto en nombre de la libertad industrial como de la libertad política; y aunque la Francia de 1789 —digámoslo en alto— no comprendía todas las consecuencias del principio cuya aplicación reclamaba, no se engañó ni en sus deseos ni en sus esperanzas. Quien trate de negarlo perderá para mí todo derecho a la crítica: yo no disputaré jamás con un adversario que admita en principio el error espontáneo de veinticinco millones de personas... Si la competencia no era un principio de la economía social, un *decreto del destino, una necesidad del alma humana*, ¿por qué en lugar de *abolir* las corporaciones, cofradías y gremios, no se prefirió *corregirlas*?" [I, 191, 192]

Por tanto, como los franceses del siglo XVIII abolieron las corporaciones, cofradías y gremios en lugar de modificarlos, los franceses del siglo XIX deben modificar la competencia en vez de suprimirla. Como la competencia fue establecida en la Francia del siglo XVIII a consecuencia de necesidades históricas, esta competencia no debe ser destruida en el siglo XIX a causa de otras necesidades históricas. No comprendiendo que el establecimiento de la competencia estaba vinculado con el desarrollo real de los hombres del siglo XVIII, el señor Proudhon convierte la competencia en una necesidad del *alma humana*, IN PARTIBUS INFIDELIUM[6]. Tratando del siglo XVII, ¿en qué habría convertido al gran Colbert?

Después de la revolución viene el estado de cosas actual. El señor Proudhon aduce igualmente de él hechos para probar la eternidad de la competencia, demostrando que todas las ramas de la producción en las que esta categoría no se halla aún bastante desarrollada, como, por ejemplo, la agricultura, se encuentran en estado de atraso y decadencia.

Decir que algunas ramas de la producción no se han desarrollado aún hasta llegar a la competencia, y que otras no han alcanzado todavía el nivel de la producción burguesa, es pura palabrería que no prueba en lo más mínimo la eternidad de la competencia.

Toda la lógica del señor Proudhon se resume en esto: La competencia es una relación social en la que desarrollamos actualmente nuestras fuerzas productivas. Esta verdad no va acompañada de un razonamiento lógico, sino de formulaciones frecuentemente muy altisonantes, diciendo que la competencia es la emulación industrial, el modo actual de ser libre, la responsabilidad en el trabajo, la constitución del valor, una condición para el advenimiento de la igualdad, un principio de la economía social, un decreto del destino, una necesidad del alma humana, una inspiración de la justicia eterna, la libertad en la división, la división en la libertad, una categoría económica.

"*La competencia y la asociación* se apoyan la una en la otra. Lejos de excluirse, no son ni siquiera divergentes. La competencia presupone necesariamente un fin común. Por consiguiente, la competencia no es el *egoísmo* y el error más deplorable del socialismo consiste en haberla concebido como un trastorno de la sociedad". [I, 223]

La competencia presupone un fin común, y esto prueba, de un lado, que la competencia es la asociación, y, de otro, que la competencia no es el egoísmo. ¿Y acaso el egoísmo no presupone un fin común? Todo egoísmo obra en la sociedad y por medio de la sociedad. Presupone, por tanto, la sociedad, es decir, fines comunes, necesidades comunes, medios de producción comunes, etc., etc. ¿Es, pues, casual que la competencia y la asociación de que hablan los socialistas no sean ni siquiera divergentes?

Los socialistas saben muy bien que la sociedad actual se basa en la competencia. ¿Cómo podían ellos reprochara la competencia el trastornar la sociedad actual que ellos mismos quieren abolir? ¿Y cómo podían reprochar a la competencia el trastornar la sociedad del porvenir, en la que ellos ven, por el contrario, la supresión de la competencia?

El señor Proudhon dice más adelante que la competencia es *lo contrario del monopolio* y, que, por consiguiente, no puede ser lo contrario de la asociación.

El feudalismo era, desde sus orígenes, opuesto a la monarquía patriarcal; por tanto, no era opuesto a la competencia, que aún no existía. ¿Se deduce de aquí que la competencia no es opuesta al feudalismo?

En realidad, los vocablos *sociedad* y *asociación* son denominaciones que se pueden dar a todas las sociedades, lo mismo a la sociedad feudal que a la burguesa, que es la asociación fundada en la competencia. ¿Cómo puede haber socialistas que crean posible impugnar la competencia con la sola palabra *asociación*? ¿Y cómo puede el señor Proudhon querer defender la competencia contra el socialismo, designándola con el solo nombre de *asociación*?

Todo lo que acabamos de decir se refiere al lado bueno de la competencia, tal como la entiende el señor Proudhon. Pasemos ahora al lado malo, es decir, al lado negativo de la concurrencia, a sus inconvenientes, a lo que tiene de destructivo, de funesto, de pernicioso.

El cuadro que nos dibuja el señor Proudhon es lúgubre en extremo.

La concurrencia engendra la miseria, fomenta la guerra civil, "cambia las condiciones naturales de las zonas terrestres", mezcla las nacionalidades, perturba las familias, corrompe la conciencia pública, "trastorna las nociones de equidad, de justicia", de moral, y, lo que es peor, destruye el comercio honrado y libre y no da en compensación ni siquiera el *valor sintético*, el precio fijo y honesto. La competencia decepciona a todo el mundo, incluso a los economistas. Lleva las cosas hasta a .destruirse a sí misma.

Después de todo lo que el señor Proudhon dice de malo, ¿puede haber, para las relaciones de la sociedad burguesa, para sus principios y sus ilusiones, un elemento más disolvente y más destructivo que la competencia?

Observemos que la competencia es cada vez más destructiva para las relaciones burguesas, a medida que suscita una creación febril de nuevas fuerzas productivas, es decir, las condiciones materiales de una nueva sociedad. En este sentido, al menos, el lado malo de la competencia podría contener en sí algo bueno.

"Considerada desde el punto de vista de su origen, la competencia, como estado o fase económica, es el resultado necesario... de la teoría de la reducción del coste general de producción". [I, 235]

Para el señor Proudhon, la circulación de la sangre debe ser una consecuencia de la teoría de Harvey.

"El *monopolio* es el resultado fatal de la competencia, que lo engendra por una negación incesante de sí misma. Este origen del monopolio implica ya su justificación... El monopolio es la oposición natural de la competencia..., pero, como la competencia es necesaria, implica la idea del monopolio, ya que el monopolio es como el asiento de cada individualidad competidora". [I, 236, 237]

Nos alegramos con el señor Proudhon de que haya podido al menos una vez aplicar bien su fórmula de la tesis y la antítesis. Todo el mundo sabe que el monopolio moderno es engendrado por la competencia.

En cuanto al contenido, el señor Proudhon se atiene a imágenes poéticas. La competencia hacía "de cada subdivisión del trabajo como una región soberana en la que cada individuo manifestaba su fuerza y su independencia". El monopolio es "el asiento de cada individualidad competidora". "Región soberana" suena al menos tan bien como "asiento".

El señor Proudhon no habla más que del monopolio moderno engendrado por la competencia. Pero todos sabemos que la competencia ha sido engendrada por el monopolio feudal. Así, pues, primitivamente la competencia ha sido lo contrario del monopolio, y no el monopolio lo contrario de la competencia. Por tanto, el monopolio moderno no es una simple antítesis, sino que, por el contrario, es la verdadera síntesis.

Tesis: El monopolio feudal anterior a la competencia.

Antítesis: La competencia.

Síntesis: El monopolio moderno, que es la negación del monopolio feudal por cuanto presupone el régimen de la competencia, y la negación de la competencia por cuanto es monopolio.

Así, pues, el monopolio moderno, el monopolio burgués, es el monopolio sintético, la negación de la negación, la unidad de los contrarios. Es el monopolio en estado puro, normal, racional. El señor Proudhon entra en contradicción con su propia filosofía al concebir el monopolio burgués como el monopolio en estado tosco, *simplista*, contradictorio, espasmódico. El señor Rossi, al que el señor Proudhon cita reiteradamente a propósito del monopolio, ha comprendido mejor, por lo visto, el carácter sintético del monopolio burgués. En su *Curso de Economía política* establece la distinción entre monopolios artificiales y monopolios naturales. Los monopolios feudales, dice, son artificiales, es decir, arbitrarios; los monopolios burgueses son naturales, es decir, racionales.

El monopolio es una buena cosa, razona el señor Proudhon, porque es una categoría económica, una emanación "de la razón impersonal de la humanidad". La competencia es también una buena cosa, porque a su vez es una categoría económica. Pero lo que no es bueno es la realidad del monopolio y la realidad de la competencia. Y lo peor es que la competencia y el monopolio se devoran mutuamente. ¿Qué hacer? Buscar la síntesis de estas dos ideas eternas, arrancarla del seno de Dios, donde está depositada desde tiempos inmemoriales.

En la vida práctica encontramos no solamente la competencia, el monopolio y el antagonismo entre la una y el otro, sino también su síntesis, que no es una fórmula, sino un movimiento. El monopolio engendra la competencia, la competencia engendra el monopolio. Los monopolistas compiten entre sí, los competidores pasan a ser monopolistas. Si los monopolistas restringen la competencia entre ellos por medio de asociaciones parciales, se acentúa la competencia entre los obreros; y cuanto más crece la masa de proletarios con respecto a los monopolistas de una nación, más desenfrenada es la competencia entre los monopolistas de diferentes naciones. La síntesis consiste en que el monopolio no puede mantenerse sino librando continuamente la lucha de la competencia.

Para deducir dialécticamente los impuestos que siguen *al monopolio*, el señor Proudhon nos habla del *genio social* que, después de haber seguido *intrépidamente su ruta en zigzag*,

"después de haber marchado a paso seguro, sin arrepentirse y sin detenerse, cuando llega a la esquina del monopolio lanza una melancólica mirada atrás y, luego de una profunda reflexión, grava con impuestos todos los artículos de la producción y crea toda una organización administrativa a fin de que todos los empleos sean concedidos al proletariado y pagados por los monopolistas". [I, 284, 285]

¿Qué decir de este genio que, en ayunas, se pasea en zigzag? ¿Y qué decir de este paseo, que no tiene otro fin que agobiar a los burgueses a fuerza de impuestos, siendo así que los impuestos sirven precisamente para proporcionar a los burgueses el ,medio de mantenerse como clase dominante?

Para dar al lector una idea de la manera como el señor Proudhon expone los detalles económicos, bastará decir que, según él, el *impuesto sobre el consumo* fue establecido con fines de igualdad y para ayudar al proletariado.

El impuesto sobre el consumo no ha alcanzado su verdadero desarrollo sino después del advenimiento de la burguesía. En manos del capital

industrial, es decir, de la riqueza sobria y económica que se mantiene, se reproduce y se agranda por la explotación directa del trabajo, el puesto sobre el consumo era un medio de explotar la riqueza frívola, alegre y pródiga de los grandes señores que no hacían más que consumir. James Steuart ha expuesto muy bien esta finalidad primitiva del impuesto sobre el consumo en sus *Recherches des príncipes de l'Economie politique* [“Investigaciones sobre los principios de Economía política”], obra publicada diez años antes de aparecer el libro de A. Smith.

“En la monarquía pura —dice—, los soberanos ven, por decirlo así, con cierta envidia el crecimiento de las riquezas y por eso cargan de impuestos a los que se enriquecen: impuestos sobre la producción. Bajo un gobierno constitucional, los impuestos recaen principalmente sobre los pobres: impuestos sobre el consumo. Así, los monarcas establecen un gravamen sobre la industria... Por ejemplo, la capitación y el tributo repartido por cabezas a los plebeyos son proporcionales a la riqueza supuesta de los contribuyentes. A cada uno se le imponen las tributaciones en proporción al beneficio que se supone va a obtener. Bajo las formas constitucionales de gobierno, los impuestos gravan ordinariamente el consumo. A cada uno se le asignan las cargas fiscales con arreglo a la magnitud de sus gastos”. [II, 190-191]

En cuanto a la *sucesión lógica* de los impuestos, del balance comercial y del crédito —en la mente del señor Proudhon—, señalaremos únicamente que la burguesía inglesa, que estableció bajo Guillermo de Orange su régimen político, creó inmediatamente un nuevo sistema tributario, el crédito público y el sistema de aranceles protectores, en cuanto tuvo la posibilidad de desarrollar libremente sus condiciones de existencia.

Estas breves observaciones bastarán para dar al lector una justa idea de las elucubraciones del señor Proudhon sobre la policía o los impuestos, el balance comercial, el crédito, el comunismo y la población. Apostamos a que aun la crítica más indulgente será incapaz de abordar seriamente los capítulos dedicados a estas cuestiones.

§ IV. LA PROPIEDAD O LA RENTA DE LA TIERRA

En cada época histórica la propiedad se ha desarrollado de modo distinto y bajo una serie de relaciones sociales totalmente diferentes. Por tanto, definir la propiedad burguesa no es otra cosa que exponer todas las relaciones sociales de la producción burguesa.

Querer concebir la propiedad como una relación independiente, una categoría aparte y una idea abstracta y eterna, no es más que una ilusión metafísica o jurídica.

Aunque el señor Proudhon hace como que habla de la propiedad en general, no trata más que de la *propiedad del suelo*, de la *renta de la tierra*.

"EL origen de la renta, como el de la propiedad, es, por decirlo así, extraeconómico: descansa en consideraciones sicológicas y morales, sólo remotamente relacionadas con la producción de la riqueza". (T. II, pág. 265).

Por tanto, el señor Proudhon reconoce su incapacidad de comprender el origen económico de la renta y de la propiedad. Confiesa que esta incapacidad le obliga a recurrir a consideraciones sicológicas y morales, que, estando en efecto remotamente relacionadas con la producción de la riqueza, guardan, en cambio, una conexión muy estrecha con la exigüidad de sus horizontes históricos. El señor Proudhon afirma que el origen de la propiedad tiene algo de *místico* y de *misterioso*. Ahora bien, ver misterio en el origen de la propiedad, es decir, transformar en Misterio la relación entre la producción misma y la distribución de los instrumentos de producción, ¿no equivale acaso, hablando con el lenguaje del señor Proudhon, a renunciar a toda pretensión en ciencia económica?

El señor Proudhon

"*se limita a* recordar que en la séptima época de la evolución económica —el *crédito*—, cuando la realidad fue desvanecida por la ficción y la actividad humana se vio amenazada por el peligro de perderse en el vacío, se hizo necesario *vincular al hombre con lazos más fuertes a la naturaleza*: la renta fue el precio de este nuevo contrato". (T. II, pág. 269.)

El hombre de los cuarenta escudos presintió la aparición de un Proudhon. "Sea hecha vuestra voluntad, señor Creador: cada uno es dueño en su mundo, pero jamás me haréis creer que el mundo en que habitamos sea de cristal". En vuestro mundo, donde el crédito era un medio para *perderse en el vacío*, es muy posible que la propiedad fuese necesaria para *vincular al hombre a la naturaleza*. Pero en el mundo de la producción real, en el que la propiedad del suelo precedió siempre al crédito, no podía existir el *horror vacui*[7] del señor Proudhon.

Una vez admitida la existencia de la renta, cualquiera que sea su origen, ésta se debate contradictoriamente entre el arrendatario y el propietario del suelo. ¿Cuál es el resultado final del debate? En otros términos, ¿cuál es la cuota media de la renta? He aquí lo que dice el señor Proudhon:

"La teoría de Ricardo responde a esta cuestión. En los comienzos de la sociedad, cuando el hombre, nuevo sobre la tierra, no tenía ante sí más que la inmensidad de los bosques, cuando la tierra era mucha y la industria sólo se hallaba en germen, la renta debía equivaler a cero. La tierra, no cultivada aún por el hombre, era un objeto de utilidad; no era un valor de cambio: era común, pero no social. Poco a poco, a consecuencia de la multiplicación de las familias y del progreso de la agricultura, la tierra comenzó a adquirir precio. El trabajo dio al suelo su valor, y de ahí nació la renta. Cuantos más frutos podía proporcionar un campo con la misma cantidad de trabajo, tanto mayor era la evaluación de la tierra; por eso los propietarios tendían siempre a atribuirse la totalidad de los frutos del suelo, descontado el salario del arrendatario, es decir, descontado el coste de producción. Por tanto, la propiedad arrebata en seguida al trabajo todos los frutos que quedan después de los gastos reales de producción. Mientras

que el propietario cumple un deber místico y representa con relación al colono la comunidad, el arrendatario no es, en los designios de la Providencia, más que un trabajador responsable, que debe dar cuenta a la sociedad de todo lo que obtiene por encima de su salario legítimo... Por su esencia y su destino la renta es, consiguientemente, un instrumento de justicia distributiva, uno de los mil medios de que se vale el genio económico para llegar a la igualdad. Es un inmenso catastro formado desde puntos de vista opuestos por los propietarios y los arrendatarios, sin solución posible, en aras de un fin superior, y cuyo resultado definitivo debe consistir en igualar la posesión de la tierra entre los explotadores del suelo y los industriales... Era precisa esta fuerza mágica de la propiedad para arrancar al colono el excedente del producto, que él no puede por menos de considerar suyo, creyendo ser su autor exclusivo. La renta, o, mejor dicho, la propiedad del suelo, ha destruido el egoísmo agrícola y creado una solidaridad que no habría podido ser engendrada por fuerza alguna, por ningún reparto de tierras... En el presente, obtenido el efecto moral de la propiedad, queda por hacer la distribución de la renta". [II, 270-272]

Todo este estruendo verbal se reduce ante todo a lo siguiente: Ricardo dice que la medida de la renta se determina por el remanente que queda después de deducir del precio de los productos agrícolas el coste de su producción, incluyendo las ganancias e intereses usuales del capital. El señor Proudhon procede mejor: hace intervenir al propietario, como un *Deus ex machina*[8], que arranca al colono todo el remanente que queda después de deducir de su producto el coste de producción. Se sirve de la intervención del propietario para explicar la propiedad y de la intervención del arrendador para explicar la renta. Responde al problema planteando el mismo problema y aumentando una sílaba[9].

Observemos además que, determinando la renta por la diferencia de fecundidad de la tierra, el señor Proudhon le asigna un nuevo origen, puesto que la tierra, antes de ser evaluada por los diferentes grados de fertilidad, "no era", según él, "un valor de cambio: era común". ¿A dónde ha ido a parar, pues, la ficción proudhoniana de la renta, engendrada *por la necesidad* de reintegrar *a la tierra* al hombre que *iba a perderse en lo infinito del vacío*?

Libremos ahora a la doctrina de Ricardo de las frases providenciales, alegóricas y místicas en las que el señor Proudhon la ha envuelto con tanto celo.

La renta, en el sentido de Ricardo, es la propiedad del suelo en su modalidad burguesa: es decir, la propiedad feudal sometida a las condiciones de la producción burguesa.

Hemos visto que, según la doctrina de Ricardo, el precio de todos los objetos es determinado en última instancia por el coste de producción, incluido el beneficio industrial; en otros términos, por el tiempo de trabajo empleado. En la industria, el precio del producto obtenido por el mínimo de trabajo determina el precio de todas las demás mercancías de la misma especie, ya que los instrumentos de producción menos costosos y más productivos se pueden multiplicar hasta el infinito, y la libre concurrencia crea necesariamente un precio de mercado, es decir, un precio común para todos los productos de la misma especie.

En la agricultura, por el contrario, es el precio del producto obtenido mediante el empleo de la mayor cantidad de trabajo el que determina el precio de todos los productos de la misma especie. En primer lugar, en la agricultura no se puede multiplicar a voluntad, como en la industria, los instrumentos de producción del mismo grado de productividad, es decir, los terrenos de idéntica fecundidad. Además, a medida que la población aumenta, se ponen en explotación tierras de calidad inferior o se procede a nuevas inversiones de capital en los mismos terrenos, proporcionalmente amenos productivas que las primeras inversiones. En uno y otro caso se hace uso de una mayor cantidad de trabajo para obtener un producto proporcionalmente menor. Como las necesidades de la población han hecho preciso este aumento de trabajo, el producto de un terreno de explotación más costosa encuentra indefectiblemente mercado, lo mismo que el producto de un terreno de explotación más barata. Y como la competencia nivela los precios de mercado, los productos del mejor terreno serán vendidos tan caros como los del terreno de calidad inferior. Este remanente que queda después de deducir del precio de los productos del mejor terreno el coste de su producción es el que constituye la renta. Si se pudiese disponer siempre de terrenos del mismo grado de fertilidad; si en la agricultura se pudiese, como en la industria, recurrir constantemente a máquinas menos costosas y de mayor rendimiento, o si las consecutivas inversiones de capital en la tierra produjesen tanto como las primeras, entonces el precio de los productos agrícolas sería determinado por el precio de las mercancías producidas por los mejores instrumentos de producción, como lo hemos visto en lo que atañe a los precios de los artículos industriales. Pero entonces desaparecería la renta.

Para que la doctrina de Ricardo sea en general exacta[10], es preciso que los capitales puedan ser invertidos libremente en las diferentes ramas de la producción; que una competencia fuertemente desarrollada entre los capitalistas reduzca las ganancias a un mismo nivel; que el arrendatario no sea otra cosa que un capitalista industrial que demande para su capital invertido en terrenos de calidad inferior[11] unas ganancias iguales a las que obtendría de su capital en cualquier rama de la industria; que la explotación de la tierra sea sometida al régimen de la gran producción, y que, por último, el propietario de tierras aspire a obtener exclusivamente ingresos monetarios.

Se puede dar el caso, como en Irlanda, de que no exista aún la renta de la tierra, aunque el arrendamiento se haya desarrollado en extremo. Como la renta es un remanente no sólo del salario, sino también del beneficio industrial, no puede existir donde, como en Irlanda, los ingresos del propietario no son más que un simple descuento del salario.

Así, pues, la renta, lejos de convertir al usufructuario de la tierra, al arrendatario, en un *simple trabajador* y de "arrancar al colono el excedente del producto, que él no puede por menos de considerar suyo", pone ante el propietario del suelo —en lugar del esclavo, del siervo, del campesino censatario y del asalariado— al capitalista industrial. Una vez que la propiedad del suelo se constituye en manantial de renta, el propietario recibe sólo el remanente que queda después de deducir el coste de producción, determinado no sólo por el salario, sino también por el beneficio industrial. Es, pues, al propietario del suelo a quien la renta arranca una parte de sus ingresos[12]. Pasó mucho tiempo antes de que el arrendatario feudal fuese reemplazado por el capitalista industrial. En Alemania, por ejemplo, esta transformación no comenzó sino en el último tercio del siglo XVIII. Sólo en Inglaterra han alcanzado pleno desarrollo estas relaciones entre el capitalista industrial y el propietario del suelo.

Mientras existía tan sólo el *colono* del señor Proudhon, no había renta. Pero desde que existe la renta, el colono no es ya el arrendatario, sino el obrero, el colono del arrendatario. El menoscabo del trabajador, reducido al papel de simple obrero, jornalero, asalariado, que trabaja para el capitalista industrial; la aparición del capitalista industrial, que explota la tierra como una fábrica cualquiera, la transformación del propietario del suelo de pequeño soberano en usurero vulgar: he aquí las diferentes relaciones expresadas por la renta.

La renta, en el sentido de Ricardo, es la agricultura patriarcal transformada en empresa comercial, el capital industrial aplicado a la tierra, la burguesía de las ciudades trasplantada al campo. La renta, en lugar de *atar al hombre a la naturaleza*, no ha hecho más que atar la explotación de la tierra a la competencia. Una vez constituida en manantial de renta, la propiedad misma del suelo es ya el *resultado de la competencia*, puesto que desde entonces depende del valor mercantil de los productos agrícolas. Como renta, la propiedad del suelo pierde su inmovilidad y pasa a ser objeto de comercio. La renta no es posible sino desde que el desarrollo de la industria de las ciudades y la organización social que resulta de este desarrollo obligan al propietario del suelo a aspirar exclusivamente a la ganancia comercial, a obtener ingresos monetarios de la venta de sus productos agrícolas, a no ver en su propiedad territorial más que una máquina de acuñar moneda. La renta ha apartado hasta tal punto al propietario territorial del suelo, de la naturaleza, que ni siquiera tiene necesidad de conocer sus fincas, como podemos verlo en Inglaterra. En cuanto al arrendatario, al capitalista industrial y al obrero agrícola, no están más vinculados a la tierra que explotan que el empresario y el obrero de una manufactura al algodón o a la lana que elaboran; se ven vinculados únicamente por el precio de su hacienda, por el ingreso monetario. De ahí las jeremiadas de los partidos reaccionarios, que ansían la vuelta al feudalismo, a la buena vida patriarcal, a las costumbres sencillas y a las grandes virtudes de nuestros abuelos. El sometimiento del suelo a las mismas leyes que regulan todas las otras industrias es y será siempre objeto de lamentos interesados. Se puede decir, pues, que la renta representó la fuerza motriz que lanzó el idilio al movimiento de la historia.

Ricardo, después de haber supuesto la producción burguesa como condición necesaria de la existencia de la renta, aplica, sin embargo, su concepto de la renta a la propiedad territorial de todas las épocas y de todos los países. Esta es la obcecación de todos los economistas, que presentan las relaciones de la producción burguesa como categorías eternas.

Del fin providencial que atribuye a la renta —transformación del *colono en trabajador responsable*—, el señor Proudhon pasa la distribución igualitaria de la renta.

Acabamos de ver que la renta se forma como resultado del *precio igual* de los productos de terrenos de *desigual fertilidad*, de manera que un hectolitro de trigo que ha costado 10 francos es vendido a 20 francos si el coste de producción se eleva, para un terreno de calidad inferior, a 20 francos.

Mientras la necesidad obliga a comprar todos los productos agrícolas llevados al mercado, el precio de mercado se determina por los gastos de producción más costosos.

Esta nivelación de precios, resultante de la competencia y no de la ¡diferente fertilidad de los terrenos, es la que proporciona al propietario del mejor terreno una renta de 10 francos por cada hectolitro de trigo que vende su arrendatario.

Supongamos por un instante que el precio del trigo sea determinado por el tiempo de trabajo necesario para producirlo; entonces el hectolitro de trigo obtenido en el mejor terreno se venderá a 10 francos, en tanto que el hectolitro de trigo obtenido en el terreno de calidad inferior costará 20 francos. Admitido esto, el precio medio de mercado será de 15 francos, mientras que, según la ley de la competencia, es de 20 francos. Si el precio medio fuese de 15 francos, no podría haber distribución alguna, ni igualitaria ni de ninguna otra especie, porque no habría renta. La renta no existe sino porque el hectolitro de trigo que cuesta al productor 10 francos se vende a 20 francos. El señor Proudhon supone la igualdad de precios de mercado siendo desigual el coste de producción, para llegar a la repartición igualitaria del producto de la desigualdad.

Comprendemos que economistas tales como Mill, Cherbuliez, Hilditch y otros hayan demandado que el Estado se apropie la renta a fin de sustituir con ella los impuestos. Era la expresión franca del odio que el capitalista industrial siente hacia el propietario del suelo, el cual es a sus ojos inútil y superfluo en el conjunto de la producción burguesa.

Pero hacer pagar primero el hectolitro de trigo a 20 francos para luego verificar una distribución general de los 10 francos que se han sacado de más a los consumidores, es más que suficiente para que el *genio social* prosiga *melancólicamente su camino en zigzag* y dé con la cabeza en la primera *esquina*.

La renta se convierte, bajo la pluma del señor Proudhon,

“en un inmenso *catastro* formado desde puntos de vista opuestos por los propietarios y los arrendatarios... en aras de un fin superior, y cuyo resultado definitivo debe consistir en igualar la posesión de la tierra entre los explotadores del suelo y los industriales” [II, 271]

Sólo en las condiciones de la sociedad actual puede tener valor práctico un catastro formado por la renta.

Ahora bien, hemos demostrado que el canon pagado por el arrendatario al propietario de la tierra expresa con mayor o menor exactitud la renta únicamente en los países más avanzados en el sentido industrial y comercial. Y aun entonces en el precio del arriendo se incluye frecuentemente el interés abonado al propietario por el capital invertido en la tierra. El emplazamiento de los terrenos, la proximidad de las ciudades y otras muchas circunstancias influyen sobre el precio en que se arrienda una heredad y modifican la renta. Estas razones incontrovertibles bastarían para demostrar la inexactitud de un catastro basado sobre la renta.

Por otra parte, la renta no puede servir de índice constante del grado de fertilidad de un terreno, pues la aplicación moderna de la química cambia constantemente la naturaleza del terreno, y los conocimientos geológicos comienzan precisamente en nuestros días a trastocar toda la vieja valoración

de la fertilidad relativa: hace sólo unos veinte años que se comenzó a roturar vastos terrenos en los condados orientales de Inglaterra, terrenos que hasta entonces habían permanecido incultos porque no se conocían bien las relaciones entre el humus y la composición de la capa inferior.

Así, pues, la historia, lejos de dar en la renta un catastro formado, no hace sino cambiar y trastocar totalmente los catastros ya formados.

Por último, la fertilidad no es una cualidad tan natural como podría creerse: está íntimamente vinculada a las relaciones sociales modernas. Una tierra puede ser muy fértil dedicada al cultivo del trigo y, sin embargo, los precios del mercado pueden impulsar al agricultor a transformarla en pradera artificial y a hacerla, por tanto, infecunda.

El señor Proudhon ha inventado su catastro, que no tiene ni siquiera (el valor del catastro ordinario, únicamente para encarnar en él el *fin providencialmente igualitario* de la renta.

“La renta —continúa el señor Proudhon— es el interés pagado por un capital que jamás desaparece, a saber, por la tierra. Y como este capital no puede experimentar aumento alguno en cuanto a la materia, y sí sólo un mejoramiento indefinido en cuanto al uso, de aquí se deduce que, mientras el interés o el beneficio del préstamo (*mutuum)* tiende a disminuir sin cesar por efecto de la abundancia de capitales, la renta tiende a aumentar constantemente gracias al perfeccionamiento de la industria, el cual lleva a mejorar el laboreo de la tierra... Tal es, en esencia, la renta”. (T. II, pág. 265:)

Esta vez, el señor Proudhon ve en la renta todos los síntomas del interés, con la sola diferencia de que la renta proviene de un capital de naturaleza específica. Este capital es la tierra, capital eterno, “que no puede experimentar aumento alguno en cuanto a la materia, y sí sólo un mejoramiento indefinido en cuanto al uso”. En la marcha progresiva de la civilización, el interés tiene una tendencia continua a la baja, mientras que la renta tiende continuamente al alza. El interés baja a causa de la abundancia de capitales; la renta sube a causa de los perfeccionamientos introducidos en la industria, consecuencia de los cuales son los métodos cada vez mejores de laboreo del suelo.

Tal es, en esencia, la opinión del señor Proudhon.

Examinemos, ante todo, hasta qué punto es justo decir que la renta constituye el interés de un capital.

Para el propietario del suelo, la renta representa el interés del capital que le ha costado la tierra o que podría obtener si la vendiese. Pero, comprando o vendiendo la tierra, no compra o vende más que la renta. El precio que paga para adquirir la renta se regula según el tipo del interés en general y no tiene nada de común con la naturaleza misma de la renta. El interés de los capitales invertidos en la tierra es, en general, inferior al interés de los capitales colocados en la industria o el comercio. Por tanto, si no se hace una distinción entre la renta misma y el interés que la tierra reporta al propietario, resultará que el interés de la tierra capital disminuye aún más que el interés de los otros capitales. Pero de lo que se trata no es del precio

de compra o de venta de la renta, del valor mercantil de la renta, de la renta capitalizada, sino de la renta misma.

El precio del arriendo puede implicar, además de la renta propiamente dicha, el interés del capital incorporado a la tierra. En tal caso, el propietario recibe esta parte del arrendamiento no como propietario, sino como capitalista; pero ésta no es la renta propiamente dicha, de la que vamos a hablar.

La tierra, mientras no es explotada como medio de producción, no representa un capital. La cantidad de tierra capital puede aumentar como los demás instrumentos de producción. No se añade nada a la materia, hablando con el lenguaje del señor Proudhon, pero se multiplica la cantidad de tierras que sirven de instrumento de producción. Con sólo invertir nuevos capitales en tierras ya transformadas en medios de producción, se aumenta la tierra capital sin añadir nada a la tierra materia, es decir, a la superficie de tierra. Por tierra materia el señor Proudhon entiende la tierra con sus límites propios. En cuanto a la eternidad que atribuye a la tierra, no tenemos nada en contra de que se le asigne esta virtud como materia. La tierra capital no es más eterna que cualquier otro capital.

El oro y la plata, que reportan interés, son tan duraderos y eternos como la tierra. Si el precio del oro y de la plata baja, en tanto que el de la tierra sube, esto no se debe de ningún modo a que la tierra sea de naturaleza más o menos eterna.

La tierra capital es un capital fijo, pero el capital fijo se desgasta lo mismo que los capitales circulantes. Las mejoras aportadas a la tierra necesitan ser reproducidas y que se realicen gastos para mantenerlas en buen estado; sólo duran cierto tiempo, y esto es lo que tienen de común con todas las demás mejoras hechas para transformar la materia en medio de producción. Si la tierra capital fuese eterna, ciertos terrenos presentarían un aspecto muy distinto al que ofrecen en nuestros días y veríamos la Campaña de Roma, Sicilia y Palestina en todo el esplendor de su antigua prosperidad.

Hay incluso casos en que la tierra capital podría desaparecer aun manteniéndose las mejoras hechas en ella.

En primer lugar, esto ocurre cada vez que la renta propiamente dicha desaparece por la competencia de nuevos terrenos más fértiles; en segundo lugar, las mejoras que podían tener valor en cierta época, lo pierden en el momento en que pasan a ser universales por el desarrollo de la agronomía.

El representante de la tierra capital no es el propietario del suelo, sino el arrendatario. Los ingresos provenientes de la tierra como capital son el interés y el beneficio industrial, y no la renta. Hay tierras que reportan este interés y este beneficio y que no reportan renta.

En resumen, la tierra, en tanto en cuanto proporciona interés, es tierra capital, y, como tierra capital, no da renta, no constituye la propiedad del suelo. La renta es un resultado de las relaciones sociales en las que se lleva a cabo la explotación de la tierra. No puede ser resultado de la naturaleza más o menos sólida, más o menos duradera de la tierra. La renta debe su origen a la sociedad y no al suelo.

Según el señor Proudhon, "la mejora del laboreo de la tierra" —consecuencia "del perfeccionamiento de la industria"— es causa del alza continua de la renta. Lo contrario es lo cierto: esta mejora la hace descender periódicamente.

¿En qué consiste, en general, toda mejora, ya sea en la agricultura o en la industria? En producir más con el mismo trabajo, en producir tanto e incluso más con menos trabajo. Gracias a estas mejoras, el arrendatario no tiene necesidad de emplear una mayor cantidad de trabajo para obtener un producto proporcionalmente menor. Entonces no necesita recurrir al laboreo de tierras de calidad inferior, y las sucesivas inversiones de capital en un mismo terreno siguen siendo igualmente productivas. Por tanto, estas mejoras, lejos de elevar continuamente la renta, como dice el señor Proudhon, son, por el contrario, otros tantos obstáculos temporales que se oponen a su alza.

Los propietarios ingleses del siglo XVII comprendían tan bien esta verdad, que se opusieron a los progresos de la agricultura por temor a ver disminuir sus ingresos. (Véase Petty, economista inglés de los tiempos de Carlos II).

§ V. LAS HUELGAS Y LAS COALICIONES DE LOS OBREROS

"Todo movimiento de alza de los salarios no puede tener otro efecto que un alza del trigo, del vino, etc., es decir, un aumento de la carestía. Porque ¿qué es el salario? Es el precio de coste del trigo, etc.; es el precio íntegro de todas las cosas. Vamos más lejos aún: el salario es la proporcionalidad de los elementos que componen la riqueza y que son consumidos cada día por la masa de los trabajadores con el fin de llevar a cabo la reproducción. Ahora bien, duplicar los salarios... equivaldría a entregar a cada uno de los productores una parte mayor que su producto, lo cual representa una contradicción; y si el alza no afectase más que a un pequeño número de ramas de producción, equivaldría a provocar una perturbación general en los cambios, en una palabra, un *aumento de la carestía*... Yo afirmo que las huelgas seguidas de un aumento de los salarios no pueden por menos de suscitar una *elevación general de precios*: esto es tan cierto como dos y dos son cuatro". (Proudhon, t. 1, págs. 110 y 111.)

Negamos todas estas aserciones, excepto la de que dos y dos son cuatro.

En primer lugar, no puede haber *elevación general de precios*. Si el precio de todas las cosas se duplica al mismo tiempo que el salario, no habrá cambio alguno en los precios; lo único que cambia son los términos.

En segundo lugar, un alza general de salarios no puede jamás producir un encarecimiento más o menos general de las mercancías. En efecto, si todas las ramas de la producción empleasen el mismo número de obreros en relación con el capital fijo o con los instrumentos de trabajo de que se sirven, un alza general de salarios produciría un descenso general de las ganancias y el precio corriente de las mercancías no sufriría alteración alguna.

Pero como la relación entre el trabajo manual y el capital fijo no es la misma en las diferentes ramas de producción, todas las ramas que emplean una masa relativamente mayor de capital fijo y menos obreros se verán forzadas tarde o temprano a bajar el precio de sus mercancías. En caso contrario, si el precio de sus mercancías no bajase, sus beneficios se elevarían por encima de la cuota común de ganancia. Las máquinas no reciben salario. Por tanto, el alza general de salarios afectaría en menor medida a las ramas que, en comparación con las demás, emplean más máquinas y menos obreros. Pero la elevación de tales o cuales ganancias por encima de la cuota ordinaria sería sólo pasajera, ya que la competencia tiende siempre a nivelar los beneficios. Así, pues, aparte de algunas oscilaciones, un alza general de los salarios traería consigo, no una elevación general de los precios, como dice el señor Proudhon, sino un descenso parcial, es decir, una disminución del precio corriente de las mercancías que se fabrican principalmente con la ayuda de máquinas.

El alza y la baja de la ganancia y de los salarios no expresan sino la proporción en que los capitalistas y los trabajadores participan en el producto de una jornada de trabajo, sin influir en la mayoría de los casos en el precio del producto. Pero ideas como la de que "las huelgas seguidas de un aumento de salarios suscitan una elevación general de los precios, un aumento de la carestía", no pueden nacer más que en el cerebro de un poeta incomprendido.

En Inglaterra las huelgas han servido constantemente de motivo para inventar y aplicar nuevas máquinas. Las máquinas eran, por decirlo así, el arma que empleaban los capitalistas para sofocar la rebeldía de los obreros calificados. La invención más grande de la industria moderna —el *self-acting mule*— puso fuera de combate a los hilanderos sublevados. Aun cuando las coaliciones y las huelgas tuviesen como único resultado que el pensamiento innovador en el terreno de la mecánica dirigiera contra ella sus esfuerzos, aun en ese caso las coaliciones y las huelgas ejercerían una influencia inmensa sobre el desarrollo de la industria.

"En un artículo publicado por el señor León Faucher... en septiembre de 1845 —continúa el señor Proudhon— leo que desde hace algún tiempo los obreros ingleses han perdido el hábito de las coaliciones, lo que constituye ciertamente un progreso del que no se puede por menos de felicitarles; pero que esta mejora de la moral de los obreros es sobre todo una consecuencia de su instrucción económica. "Los salarios no dependen de los fabricantes —exclamó en un mitin de Bolton un obrero hilandero—. En los períodos de depresión los patronos no son, por decirlo así, más que el látigo en manos de la necesidad y, quiéranlo o no, deben asestar golpes. El principio regulador es la relación entre la oferta y la demanda, y los patronos carecen de poder a este respecto"... Enhorabuena —dice el señor Proudhon—, he aquí unos obreros bien amaestrados, unos obreros modelo, etc., etc., etc. Sólo le faltaba a Inglaterra esta desdicha; pero no pasará el estrecho". (Proudhon, t. I, págs. 261 y 262.)

De todas las ciudades inglesas, en Bolton es donde más desarrollado está el radicalismo. Los obreros de Bolton son conocidos como los revolucionarios más extremados. Durante la gran agitación que tuvo lugar en Inglaterra en pro de la abolición de las leyes cerealistas, los fabricantes ingleses no creyeron poder hacer frente a los, propietarios de tierras sino poniendo por delante a los obreros. Pero como los intereses de los obreros no eran menos opuestos a los de los fabricantes que los intereses de los fabricantes a los de los propietarios de tierras, era natural que los fabricantes

saliesen malparados en los mítines obreros. ¿Qué hicieron los fabricantes? Para cubrir las apariencias organizaron mítines en los que tomaban parte principalmente contramaestres, un pequeño número de obreros que les eran afectos y *amigos del comercio* propiamente dichos. Luego, cuando los verdaderos obreros intentaron, como ocurrió en Bolton y Mánchester, participar en los mítines para protestar contra estos actos públicos artificiales, se les prohibió la entrada so pretexto de que eran *ticket-meeting*. Este nombre se da a los mítines en los que sólo se admite a quienes van provistos de billete de entrada. Pero en los carteles fijados en las paredes se había anunciado que los mítines eran públicos. Cada vez que se celebraban estos mítines, los periódicos de los fabricantes publicaban reseñas pomposas y detalladas de los discursos pronunciados en ellos. Ni que decir tiene que eran los contramaestres quienes pronunciaban esos discursos. Los periódicos londinenses los reproducían al pie de la letra. El señor Proudhon ha tenido la desgracia de tomar a los contramaestres como obreros ordinarios y les ha prohibido terminantemente pasar el estrecho.

Si en 1844 y en 1845 se oyó hablar menos de huelgas que en años anteriores, se debió a que 1844 y 1845 fueron los dos primeros años de prosperidad que conoció la industria inglesa después de 1837. Sin embargo, ninguna de las tradeuniones fue disuelta.

Oigamos ahora a los contramaestres de Bolton. Según ellos, los fabricantes no ejercen poder sobre el salario, porque no depende de ellos el precio del producto; y no depende de ellos el precio del producto porque no ejercen poder sobre el mercado mundial. Por esta razón daban a entender que no era preciso organizar coaliciones para arrancar a los patronos aumentos de salarios. El señor Proudhon, por el contrario, prohíbe las coaliciones por temor a que susciten un alza de salarios y una elevación general de la carestía. No hace falta decir que sobre un punto existe un entendimiento cordial entre los contramaestres y el señor Proudhon: en que un alza de salarios equivale a un alza en los precios de los productos.

Pero ¿es en realidad el temor de un aumento de la carestía lo que suscita la inquina del señor Proudhon? No. Se enoja con los contramaestres de Bolton simplemente porque éstos determinan el valor por la oferta y la demanda y les tienen sin cuidado el valor constituido, el valor que ha llegado al estado de constitución, la constitución del valor, comprendidas la *permutabilidad permanente* y todas las otras *proporcionalidades de relaciones* y *relaciones de proporcionalidad*, flanqueadas por la Providencia.

"La huelga de los obreros es *ilegal*, y esto lo dice no solamente el Código penal, sino el sistema económico, la necesidad del orden establecido... Que cada obrero individualmente tenga libertad de disponer de su persona y de sus brazos, se puede tolerar; pero que los obreros recurran mediante las coaliciones a la violencia contra el monopolio, es cosa que la sociedad no puede permitir". (T. I, págs. 334 y 335.)

El señor Proudhon pretende hacer pasar un artículo del Código penal por un resultado necesario y general de las relaciones de producción burguesas.

En Inglaterra las coaliciones son autorizadas por un acto del Parlamento, y es el sistema económico el que ha obligado al Parlamento a dar esta sanción legal. En 1825, cuando, siendo ministro Huskisson, el Parlamento modificó la legislación para ponerla más a tono con un estado de cosas resultante de la libre concurrencia, tuvo que abolir necesariamente todas las leyes que prohibían las coaliciones de los obreros. Cuanto más se

desarrollan la industria moderna y la competencia, más son los elementos que suscitan la aparición de las coaliciones y favorecen su actividad, y cuando las coaliciones pasan a ser un hecho económico, más firme cada día, no pueden tardar en convertirse en un hecho legal.

Así, pues, el artículo del Código penal demuestra todo lo más que la industria moderna y la competencia no estaban aún suficientemente desarrolladas en tiempos de la Asamblea Constituyente y bajo el Imperio.

Los economistas y los socialistas[13] están de acuerdo en un solo punto: en condenar las *coaliciones*. Sólo que motivan de diferente modo su condena.

Los economistas dicen a los obreros: No os unáis en coaliciones. Uniéndoos, entorpecéis la marcha regular de la industria, impedís que los fabricantes cumplan los pedidos, perturbáis el comercio y precipitáis la introducción de las máquinas, que, haciendo inútil en parte vuestro trabajo, os obligan a aceptar un salario todavía más bajo.

Por lo demás, vuestros esfuerzos son estériles. Vuestro salario será determinado siempre por la relación entre la demanda de mano de obra y su oferta; alzarse contra las leyes eternas de la economía política es tan ridículo como peligroso.

Los socialistas dicen a los obreros: No os unáis en coaliciones, porque, en fin de cuentas, ¿qué saldríais ganando? ¿Un aumento de salarios? Los economistas os demostrarán hasta la evidencia que los pocos céntimos que podríais ganar por unos momentos en caso de éxito, serían seguidos de un descenso del salario para siempre. Expertos calculadores os demostrarán que serían precisos muchos años para que el aumento de los salarios pudiese compensar aunque sólo fuera los gastos necesarios para organizar y mantener las coaliciones. Y nosotros, como socialistas, os diremos que, independientemente de esta cuestión de dinero, con las coaliciones no dejaréis de ser obreros, y los patronos serán siempre patronos, como lo eran antes. Por tanto, nada de coaliciones, nada de política, pues organizar coaliciones ¿no significa acaso hacer política?

Los economistas quieren que los obreros permanezcan en la sociedad tal como está constituida y tal como ellos la describen y la refrendan en sus manuales.

Los socialistas quieren que los obreros dejen en paz a la vieja sociedad para poder entrar mejor en la sociedad nueva que ellos les tienen preparada con tanta previsión.

Pese a unos y a otros, pese a los manuales y a las utopías, las coaliciones no han cesado un instante de progresar y crecer con el desarrollo y el incremento de la industria moderna. En la actualidad se puede decir que el grado a que han llegado las coaliciones en un país indica exactamente el lugar que ocupa en la jerarquía del mercado mundial. En Inglaterra, donde la industria ha alcanzado el más alto grado de desarrollo, existen las coaliciones más vastas y mejor organizadas,

En Inglaterra los obreros no se han limitado a coaliciones parciales, sin otro fin que una huelga pasajera y que desaparecen al cesar esta. Se han formado coaliciones permanentes, *tradeuniones* que sirven a los obreros de baluarte en sus luchas contra los patronos. Actualmente todas estas *tradeuniones* locales están agrupadas en la *National Association of United Trades*, cuyo Comité central reside en Londres y que cuenta ya con 80.000 miembros. La organización de estas huelgas, coaliciones y tradeuniones se desenvuelve simultáneamente con las luchas políticas de los obreros, que constituyen hoy un gran partido político, bajo el nombre de *cartistas*.

Los primeros intentos de los trabajadores para asociarse han adoptado siempre la forma de coaliciones.

La gran industria concentra en un mismo sitio a una masa de personas que no se conocen entre si. La competencia divide sus intereses. Pero la defensa del salario, este interés común a todos ellos frente a su patrono, los une en una idea común de resistencia: la *coalición*. Por tanto, la coalición persigue siempre una doble finalidad: acabar con la competencia entre los obreros para poder hacer una competencia general a los capitalistas. Si el primer fin de la resistencia se reducía a la defensa del salario, después, a medida que los capitalistas se asocian a su vez movidos par la idea de la represión, las coaliciones, en un principio aisladas, forman grupos, y la defensa por los obreros de sus asociaciones frente al capital, siempre unido, acaba siendo para ellos más necesario que la defensa del salario. Hasta tal punto esto es cierto, que los economistas ingleses no salían de su asombro al ver que los obreros sacrificaban una buena parte del salario en favor de asociaciones que, a juicio de estos economistas, se habían fundado exclusivamente para luchar en pro del salario. En esta lucha —verdadera guerra civil— se van uniendo y desarrollando todos los elementos para la batalla futura. Al llegar a este punto, la coalición toma carácter político.

Las condiciones económicas transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para si. En la lucha, de la que no hemos señalado más que algunas fases, esta masa se une, se constituye como clase para si. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política.

En la historia de la burguesía debemos diferenciar dos fases: en la primera se constituye como clase bajo el régimen del feudalismo y de la monarquía absoluta; en la segunda, la burguesía constituida ya como clase, derroca el feudalismo y la monarquía, para transformar la vieja sociedad en una sociedad burguesa. La primera de estas fases fue más prolongada y requieren mayores esfuerzos. También la burguesía comenzó su lucha con coaliciones parciales contra los señores feudales.

Se han hecho no pocos estudios para presentar las diferentes fases históricas recorridas por la burguesía, desde la comunidad urbana autónoma hasta su constitución como clase.

Pero cuando se trata de darse cuenta exacta de las huelgas, de las coaliciones y de otras formas en las que los proletarios efectúan ante nuestros ojos su organización como clase, los unos son presa de verdadero espanto y los otros hacen alarde de un desden *trascendental*.

La existencia de una clase oprimida es la condición vital de toda sociedad fundada en el antagonismo de clases. La emancipación de la clase oprimida implica, pues, necesariamente la creación de una sociedad nueva. Para que la clase oprimida pueda liberarse, es preciso que las fuerzas productivas ya adquiridas y las relaciones sociales vigentes no puedan seguir existiendo unas al lado de otras. De todos los instrumentos de producción, la fuerza productiva más grande es la propia clase revolucionaria. La organización de los elementos revolucionarios como clase supone la existencia de todas las fuerzas productivas que podían engendrarse en el seno de la vieja sociedad.

¿Quiere esto decir que después del derrocamiento de la vieja sociedad sobrevendrá una nueva dominación de clase, traducida en un nuevo poder político? No.

La condición de la emancipación de la clase obrera es la abolición de todas las clases, del mismo modo que la condición de la emancipación del tercer estado, del orden burgués, fue la abolición de todos los estados[14] y de todos los órdenes.

En el transcurso de su desarrollo, la clase obrera sustituirá la antigua sociedad civil por una asociación que excluya a las clases y su antagonismo; y no existirá ya un poder político propiamente dicho, pues el poder político es precisamente la expresión oficial del antagonismo de clase dentro de la sociedad civil.

Mientras tanto, el antagonismo entre el proletariado y la burguesía es la lucha de una clase contra otra clase, lucha que, llevada a su más alta expresión, implica una revolución total. Por cierto, puede causar extrañeza que una sociedad basada en la *oposición* de las clases llegue, como ultimo desenlace, a la *contradicción* brutal, a un choque cuerpo a cuerpo?

No digáis que el movimiento social excluye el movimiento político. No hay jamás movimiento político que, al mismo tiempo, no sea social.

Sólo en un orden de cosas en el que ya no existan clases y antagonismo de clases, las evoluciones sociales dejaran de ser revoluciones políticas. Hasta que ese momento llegue, en vísperas de toda reorganización general de la sociedad, la última palabra de la ciencia social será siempre:

> "Luchar o morir; la lucha sangrienta o la nada. Es el dilema inexorable".
> *Jorge Sand*

---

[1] Para 1847 esto era completamente justo. A la sazón, el comercio de los Estados Unidos con el resto del mundo se circunscribía principalmente a la importación de inmigrantes y de artículos de la industria y a la exportación de algodón y tabaco, es decir, de productos del trabajo de los esclavos del Sur. Los Estados septentrionales producían más que nada trigo y carne para los Estados en que subsistía la esclavitud. La abolición de esta sólo fue posible cuando el Norte comenzó a producir trigo y carne para la exportación, a la vez que se convertía en un país industrial, mientras que el monopolio algodonero de Norteamérica tropezaba con una fuerte competencia de la India, Egipto, el Brasil, etc. Y aun entonces, una consecuencia de la supresión de la esclavitud fue la ruina del Sur, que no pudo sustituir la esclavitud abierta de los negros por la esclavitud embozada de los coolies indios y chinos. (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1885.*)

[2] En el ejemplar regalado a N. Utina figura esta acotación: “de la clase trabajadora”. (*N. de la Red.*)

[3] A cada cual lo suyo. (*N. de la Red.*)

[4] Lo que había que demostrar. (*N. de la Red.*)

[5] Contra los fourieristas. (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1885*).

[6] Fuera de la realidad (literalmente, “en los países ocupados por los infieles”: dícese del obispo católico cuyo título es puramente honorífico). (*N. de la Red.*)

[7] El temor al vacío. (*N. de la Red.*)

[8] Literalmente: “un dios [bajado] por medio de una máquina” (en el teatro de la antigüedad los actores que representaban a los dioses bajaban al escenario valiéndose de una máquina”; en sentido figurado, esta expresión designa la aparición súbita de un personaje que salva la situación. (*N. de la Red.*)

[9] La *propriété* (propiedad) se explica por la intervención del propriétaire (propietario), y la rente (renta) por la intervención del *rentier* (el que recibe la renta). (*N. de la Red.*)

[10] En el ejemplar regalado por Marx a N. Utina, el comienzo de esta frase fue modificado así: “Para que la doctrina de Ricardo, de aceptar sus postulados, sea en general exacta, es preciso además”. (*N. de la Red.*)

[11] En el ejemplar regalado a N. Utina, las palabras “en terrenos de calidad inferior” fueron sustituidas por las palabras: “en la tierra”. (*N. de la Red.*)

[12] En la edición alemana de 1885, estas dos últimas frases fueron omitidas, y en lugar de ellas, a las palabras que las precedían: “al capitalista industrial”, se agregó lo siguiente: “que explota la tierra por medio de sus obreros asalariados y que sólo paga al propietario del suelo en calidad de renta el remanente que queda después de deducir el coste de producción, incluido en este último el beneficio del capital”. (N. de la Red.)

[13] Es decir, los socialistas de aquel tiempo: los fourieristas en Francia y los owenianos en Inglaterra. (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1885.*)

[14] Se habla aquí de los estados en el sentido histórico, como estamentos del Estado feudal, estamentos con privilegios concretos y rigurosamente delimitados. La revolución burguesa destruyó los estados junto con sus privilegios. La sociedad burguesa no conoce más que las clases. Por eso, quien denomina al proletariado “cuarto estado”, incurre en flagrante contradicción con la historia. (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1885.*)

Karl Marx

Miseria de la filosofía

MARX A P. V. ANNENKOV

Bruselas, 28 de diciembre de 1846

Mí querido Sr. Annenkov:

Hace ya mucho que hubiera recibido usted la respuesta a la suya del 1 de noviembre si mi librero me hubiese mandado antes de la semana pasada la obra del señor Proudhon: *Filosofía de la Miseria*. La he leído en dos días, a fin de comunicarle a usted, sin perdida de tiempo, mi opinión. Por haberla leído con gran apresuramiento, no puedo entrar en detalles, y me limito a hablarle de la impresión general que me ha producido. Si usted lo desea, podré extenderme al particular en otra carta.

Le confieso francamente que el libro me ha parecido, en general, malo, muy malo. Usted mismo ironiza en su carta refiriéndose al "jirón de la filosofía alemana" de que alardea el señor Proudhon en esta obra informe y presuntuosa, pero usted supone que el veneno de la filosofía no ha afectado a su argumentación económica. Yo también estoy muy lejos de imputar a la filosofía del señor Proudhon los errores de su argumentación

económica. El señor Proudhon no nos ofrece una crítica falsa de la economía política porque sea la suya una filosofía ridícula; nos ofrece una filosofía ridícula porque no ha comprendido la situación social de nuestros días en su engranaje (*engrènement*), si usamos esta palabra, que, como otras muchas cosas, el señor Proudhon ha tornado de Fourier.

¿Por que el señor Proudhon habla de Dios, de la razón universal, de la razón impersonal de la humanidad, razón que nunca yerra, que siempre es igual a sí misma y de la que basta tener clara conciencia para ser dueño de la verdad? ¿Por qué el señor Proudhon recurre a un hegelianismo superficial para darse pisto de pensador profundo?

El mismo señor Proudhon nos da la clave del enigma. Para el señor Proudhon la historia es una determinada serie de desarrollos sociales; ve en la historia la realización del progreso; estima, finalmente, que los hombres, en tanto que individuos, no sabían lo que hacían, que se imaginaban de modo erróneo su propio movimiento, es decir, que su desarrollo social parece, a primera vista, una cosa distinta, separada, independiente de su desarrollo individual. El señor Proudhon no puede explicar estos hechos y recurre entonces a su hipótesis —verdadero hallazgo— de la razón universal que se manifiesta. Nada más fácil que inventar causas místicas, es decir, frases, cuando se carece de sentido común.

Pero cuando el señor Proudhon reconoce que no comprende en absoluto el desarrollo histórico de la humanidad —como lo hace al emplear las palabras rimbombantes de razón universal, Dios, etc.—, ¿no reconoce también implícita y necesariamente que es incapaz de comprender el *desarrollo económico*?

¿Qué es la sociedad, cualquiera que sea su forma? El producto de la acción reciproca de los hombres. ¿Pueden los hombres elegir libremente esta o aquella forma social? Nada de eso. A un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de los hombres, corresponde una determinada forma de comercio y de consumo. A determinadas fases de desarrollo de la producción, del comercio y del consumo, corresponden determinadas formas de constitución social, una determinada organización de la familia, de los estamentos o de las clases; en una palabra, una determinada sociedad civil. A una determinada sociedad civil, corresponde un determinado régimen político, que no es más que la expresión oficial de la sociedad civil. Esto es lo que el señor Proudhon jamás llegara a comprender, pues el cree que ha hecho una gran cosa apelando del Estado a la sociedad civil, es decir, del resumen oficial de la sociedad a la sociedad oficial.

Huelga añadir que los hombres no son libres de escoger sus *fuerzas productiva*s —base de toda su historia—, pues toda fuerza productiva es una fuerza adquirida, producto de una actividad anterior. Por tanto, las fuerzas productivas son el resultado de la energía practica de los hombres, pero esta misma energía se halla determinada por las condiciones en que los hombres se encuentran colocados, por las fuerzas productivas ya adquiridas, por la forma social anterior a ellos, que ellos no han creado y que es producto de las generaciones anteriores. El simple hecho de que cada generación posterior se encuentre con fuerzas productivas adquiridas por las generaciones precedentes, que be sirven de materia prima para la nueva producción, crea en la historia de los hombres una conexión, crea una historia de la humanidad, que es tanto más la historia de la humanidad por cuanto las fuerzas

productivas de los hombres y, por consiguiente, sus relaciones sociales han adquirido mayor desarrollo. Consecuencia obligada: la historia social de los hombres no es nunca más que la historia de su desarrollo individual, tengan o no ellos mismos la conciencia de esto. Sus relaciones materiales forman la base de todas sus relaciones. Estas relaciones materiales no son más que las formas necesarias bajo las cuales se realiza su actividad material e individual.

El señor Proudhon confunde las ideas y las cosas. Los hombres jamás renuncian a lo que han conquistado, pero esto no quiere decir que no renuncien nunca a la forma social bajo la cual han adquirido determinadas fuerzas productivas. Todo lo contrario. Para no verse privados del resultado obtenido, para no perder los frutos de la civilización, los hombres se yen constreñidos, desde el momento en que el tipo de su comercio no corresponde ya a las fuerzas productivas adquiridas, a cambiar todas sus formas sociales tradicionales. Hago use aquí de la palabra *comercio* en su sentido más amplio, del mismo modo que empleamos en alemán el vocablo *Verkehr*. Por ejemplo: los privilegios, la institución de gremios y corporaciones, el régimen reglamentado de la Edad Media, eran relaciones sociales que sólo correspondían a las fuerzas productivas adquiridas y al estado social anterior, del que aquellas instituciones habían brotado. Bajo la tutela del régimen de las corporaciones y las ordenanzas, se acumularon capitales, se desarrolló el trafico marítimo, se fundaron colonias; y los hombres habrían perdido estos frutos de su actividad si se hubiesen emperiado en conservar las formas a la sombra de las cuales habían madurado aquellos frutos. Por eso estallaron dos truenos: la revolución de 1640 y la de 1688. En Inglaterra fueron destruidos todas las viejas formas económicas, las relaciones sociales con ellas congruentes y el régimen político que era la expresión oficial de la vieja sociedad civil. Por tanto, las formas de la economía bajo las que los hombres producen, consumen y cambian, son *transitorias e históricas*. Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción, y con el modo de producción cambian las relaciones económicas, que no eran más que las relaciones necesarias de aquel modo concreto de producción.

Esto es lo que el señor Proudhon no ha sabido comprender y menos aún demostrar. Incapaz de seguir el movimiento real de la historia, el señor Proudhon nos ofrece una fantasmagoría con pretensiones de dialéctica. No siente la necesidad de hablar de los siglos XVII, XVIII y XIX, porque su historia discurre en el reino nebuloso de la imaginación y se remonta muy por encima del tiempo y del espacio. En una palabra, eso no es historia, sino antigualla hegeliana, no es historia profana —la historia de los hombres—, sino historia sagrada: la historia de las ideas. A su modo de ver, el hombre no es más que un instrumento del que se vale la idea o la razón eterna para desarrollarse. Las evoluciones de que habla el señor Proudhon son concebidas como evoluciones que se operan dentro de la mística entraría de la idea absoluta. Si rasgamos el velo que envuelve este lenguaje místico, resulta que el señor Proudhon nos ofrece el orden en que las categorías económicas se hallan alineadas en su cabeza. No hará falta que me esfuerce mucho para probarle que este es el orden de una mente muy desordenada.

El señor Proudhon inicia su libro con una disertación acerca del valor, que es su tema predilecto. En esta no entrare en el análisis de dicha disertación.

La serie de evoluciones económicas de la razón eterna comienza con la división del trabajo. Para el señor Proudhon la división del trabajo es una

cosa bien simple. Pero, no fue el régimen de castas una determinada división del trabajo? ¿No fue el régimen de las corporaciones otra división del trabajo? Y la división del trabajo del régimen de la manufactura, que comenzó a mediados del siglo XVII y terminó a fines del XVIII en Inglaterra, no difiere, acaso, totalmente de la división del trabajo de la gran industria, de la industria moderna?

El señor Proudhon se halla tan lejos de la verdad, que omite lo que ni siquiera los economistas profanos dejan de tomar en cuenta. Cuando habla de la división del trabajo, no siente la necesidad de hablar del *mercado* mundial. Pues bien, acaso la división del trabajo en los siglos XIV y XV, cuando aún no había colonias, cuando América todavía no existía para Europa y al Asía Oriental sólo se podía llegar a través de Constantinopla, acaso la división del trabajo no debía distinguirse esencialmente de lo que era en el siglo XVII, cuando las colonias se hallaban ya desarrolladas?

Pero esto no es todo. Toda la organización interior de los pueblos, todas sus relaciones internacionales, son acaso otra cosa que la expresión de cierta división del trabajo?, ¿no deben cambiar con los cambios de la división del trabajo?

El señor Proudhon ha comprendido tan poca cosa en el problema de la división del trabajo, que ni siquiera habla de la separación de la ciudad y del campo, que en Alemania, por ejemplo, se operó del siglo IX al XII. Así, pues, esta separación debe ser ley eterna para el señor Proudhon, ya que no conoce ni su origen ni su desarrollo. En todo su libro habla como si esta creación de un modo de producción determinado debiera existir hasta la consumación de los siglos. Todo lo que el señor Proudhon dice respecto de la división del trabajo es tan solo un resumen, por cierto muy superficial, muy incompleto, de lo afirmado antes por Adam Smith y otros mil autores.

La segunda evolución de la razón eterna son las *máquinas*. Para el señor Proudhon la conexión entre la división del trabajo y las máquinas es enteramente mística. Cada una de las formas de división del trabajo tiene sus instrumentos de producción específicos. De mediados del siglo XVII a mediados del siglo XVIII, por ejemplo, los hombres no lo hacían todo a mano. Poseían instrumentos, e instrumentos muy complicados, como telares, buques, palancas, etc., etc.

Así, pues, nada más ridículo que derivar las máquinas de la división del trabajo en general.

Señalare también, de pasada, que si el señor Proudhon no ha alcanzado a comprender el origen histórico de las máquinas, peor aún ha comprendido su desarrollo. Puede decirse que hasta 1825 —período de la primera crisis universal— las necesidades del consumo, en general, crecieron más rápidamente que la producción, y el desarrollo de las máquinas fue una consecuencia forzada de las necesidades del mercado. A partir de 1825, la invención y la aplicación de las máquinas no ha sido más que un resultado de la guerra entre patronos y obreros. Pero esto solo puede decirse de Inglaterra. En cuanto a las naciones europeas, se vieron obligadas a emplear las máquinas por la competencia que les habían los ingleses, tanto en sus propios mercados como en el mercado mundial. Por ultimo, en Norteamérica la introducción de la maquinaria se debió tanto a la competencia con otros países como a la escasez de mano de obra, es decir, a la desproporción entre la población del país y sus necesidades industriales. Por estos hechos puede usted ver que sagacidad pone de manifiesto el señor Proudhon cuando conjura el fantasma de la competencia como tercera evolución,

¡como antitesis de las máquinas!

Finalmente, es en general un verdadero absurdo hacer de las *máquinas* una categoría económica al lado de la división del trabajo, de la competencia, del crédito, etc.

La máquina tiene tanto de categoría económica como el buey que tira del arado. La *aplicación* actual de las máquinas es una de las relaciones de nuestro régimen económico presente, pero el modo de explotar las máquinas es una cosa totalmente distinta de las propias máquinas. La pólvora continua siendo pólvora, ya se emplee para causar heridas, o bien para restañarlas.

El señor Proudhon se supera a si mismo cuando permite que la competencia, el monopolio, los impuestos o las pólizas, el balance comercial, el crédito y la propiedad se desarrollen en el interior de su cabeza precisamente en el orden de mi enumeración. Casi todas las instituciones de crédito se habían desarrollado ya en Inglaterra a comienzos del siglo XVIII, antes de la invención de las máquinas. El crédito público no era más que una nueva manera de elevar los impuestos y de satisfacer las nuevas demandas originadas por la llegada de la burguesía al poder. Finalmente, la *propiedad* constituye la última categoría en el sistema del señor Proudhon. En el mundo real, por el contrario, la división del trabajo y todas las demás categorías del señor Proudhon son las relaciones sociales que en su conjunto forman lo que actualmente se llama *propiedad*; fuera de esas relaciones, la propiedad burguesa no es sino una ilusión metafísica o jurídica. La propiedad de otra época, la propiedad feudal, se desarrolla en una serie de relaciones sociales completamente distintas. Cuando establece la propiedad como una relación independiente, el señor Proudhon comete algo más que un error de método: prueba claramente que no ha aprehendido el vinculo que liga todas las formas de la producción burguesa, que no ha comprendido el carácter *histórico y transitorio* de las formas de la producción en una época determinada. El señor Proudhon sólo puede hacer una critica dogmática, pues no concibe nuestras instituciones sociales como productos históricos y no comprende ni su origen ni su desarrollo.

Así, el señor Proudhon se ve obligado a recurrir a una *ficción* para explicar el desarrollo. Se imagina que la división del trabajo, el crédito, las máquinas, etc., han sido inventadas para servir a su idea fija, a la idea de la igualdad. Su explicación es de una ingenuidad sublime. Esas cosas han sido inventadas para la igualdad, pero, desgraciadamente, se han vuelto contra ella. Este es todo su argumento. Con otras palabras: hace una suposición gratuita, y como el desarrollo real y su ficción se contradicen a cada paso, concluye que hay una contradicción. Oculta que la contradicción únicamente existe entre sus ideas fijas y el movimiento real.

Así, pues, el señor Proudhon, debido principalmente a su falta de conocimientos históricos, no ha visto que los hombres, al desarrollar sus fuerzas productivas, es decir, al vivir, desarrollan ciertas relaciones entre ellos, y que el carácter de estas relaciones cambia necesariamente con la modificación y el desarrollo de estas fuerzas productivas. No ha visto que las *categorías económicas* no son más que abstracciones de estas relaciones reales y que únicamente son verdades mientras esas relaciones subsisten. Por consiguiente, incurre en el error de los economistas burgueses, que yen en esas categorías económicas leyes eternas y no leyes históricas, que lo son únicamente para cierto desarrollo histórico, para un desarrollo

determinado de las fuerzas productivas. Así, pues, en vez de considerar las categorías político-económicas como abstracciones de relaciones sociales reales, transitorias, históricas, el señor Proudhon, debido a una inversión mística, sólo ve en las relaciones reales encarnaciones de esas abstracciones. Esas abstracciones son ellas mismas fórmulas que han estado dormitando en el seno de Dios padre desde el principio del mundo.

Pero, al llegar a este punto, nuestro buen señor Proudhon se siente acometido de graves convulsiones intelectuales. Si todas esas categorías económicas son emanaciones del corazón de Dios, si constituyen la oculta y eterna existencia de los hombres, ¿cómo puede haber ocurrido, primero, que se hayan desarrollado, y segundo, que el señor Proudhon no sea conservador? El señor Proudhon explica estas contradicciones evidentes valiéndose de todo un sistema de antagonismos.

Para esclarecer este sistema de antagonismos, tomemos un ejemplo,

El *monopolio* es bueno, porque es una categoría económica y, por tanto, una emanación de Dios. La competencia es buena, porque también es una categoría económica. Pero lo que no es bueno es la realidad del monopolio y la realidad de la competencia. Y aun es peor que el monopolio y la competencia se devoren mutuamente. ¿Qué se debe hacer? Como estos dos pensamientos eternos de Dios se contradicen, al señor Proudhon le parece evidente que también en el seno de Dios hay una síntesis de ambos pensamientos, en la que los males del monopolio se yen equilibrados por la competencia, y viceversa. Como resultado de la lucha entre las dos ideas, sólo puede exteriorizarse su lado bueno. Hay que arrancar a Dios esta idea secreta, aplicarla seguidamente y todo marchará a pedir de boca; hay que revelar la fórmula sintética oculta en la noche de la razón impersonal de la humanidad. El señor Proudhon se ofrece como revelador sin titubeo alguno.

Pero mire usted por un segundo la vida real. En la vida económica de nuestros días no sólo verá usted la competencia y el monopolio, sino también su síntesis, que no es una *fórmula*, sino un *movimiento*. El monopolio engendra la competencia, la competencia engendra el monopolio. Por lo tanto, esta ecuación, lejos de eliminar las dificultades de la situación presente, como se lo imaginan los economistas burgueses, tiene por resultado una situación aún más difícil y más embrollada. Así, al cambiar la base sobre la que descansan las relaciones económicas actuales, al aniquilar el modo actual de producción, se aniquila no solo la competencia, el monopolio y su antagonismo, sino también su unidad, su síntesis, el movimiento, que es el equilibrio real de la competencia y del monopolio.

Ahora le daré un ejemplo de la dialéctica del señor Proudhon.

La *libertad y la esclavitud* forman un antagonismo. No hay necesidad de referirse a los lados buenos y malos de la libertad. En cuanto a la esclavitud, huelga hablar de sus lados malos. Lo único que debe ser explicado es el lado bueno de la esclavitud. No se trata de la esclavitud indirecta, de la esclavitud del proletario; se trata de la esclavitud directa, de la esclavitud de los negros en Surinam, en el Brasil y en los Estados meridionales de Norteamérica.

La esclavitud directa es un pivote de nuestro industrialismo actual, lo mismo que las máquinas, el crédito, etc. Sin la esclavitud, no habría algodón, y sin algodón, no habría industria moderna. Es la esclavitud lo que ha dado valor a las colonias, son las colonias las que han creado el comercio mundial, y el comercio mundial es la condición necesaria de la gran industria mecanizada. Así, antes de la trata de negros, las colonias no daban al mundo antiguo más que unos pocos productos y no cambiaron visiblemente la faz de la tierra. La esclavitud es, por tanto, una categoría económica de la más alta importancia. Sin la esclavitud, Norteamérica, el país más desarrollado, se transformaría en un país patriarcal. Si se borra a Norteamérica del mapa de las naciones, tendremos la anarquía, la decadencia absoluta del comercio y de la civilización moderna. Pero hacer desaparecer la esclavitud equivaldría a borrar a Norteamérica del mapa de las naciones. La esclavitud es una categoría económica y por eso se observa en todos los pueblos desde que el mundo es mundo. Los pueblos modernos sólo han sabido encubrir la esclavitud en su propios países e importarla sin ningún disimulo al nuevo mundo. ¿Qué hará nuestro buen señor Proudhon después de estas consideraciones acerca de la esclavitud? Buscará la síntesis de la libertad y de la esclavitud, el verdadero término medio o equilibrio entre la esclavitud y la libertad.

El señor Proudhon ha sabido ver muy bien que los hombres hacen el paño, el lienzo, la seda; y es un gran mérito, en él, haber sabido ver estas cosas tan sencillas. Lo que el señor Proudhon no ha sabido ver es que los hombres producen también, con arreglo a sus fuerzas productivas, las *relaciones sociales* en que producen el paño y el lienzo. Y menos aún ha sabido ver que los hombres que producen las relaciones sociales con arreglo a su producción material, crean también las *ideas*, las *categorías*; es decir, las expresiones ideales abstractas de esas mismas relaciones sociales. Por tanto, estas categorías son tan poco eternas como las relaciones a las que sirven de expresión. Son productos históricos y transitorios. Para el señor Proudhon, en cambio, las abstracciones, las categorías son la causa primaria. A su juicio, son ellas y no los hombres quienes hacen la historia. La *abstracción, la categoría considerada como tal*, es decir, separada de los hombres y de su acción material, es naturalmente, inmortal, inalterable, impasible; no es más que una modalidad de la razón pura, lo cual quiere decir, simplemente, que la abstracción, considerada como tal, es abstracta; ¡admirable tautología!

Por eso, las relaciones económicas, vistas en forma de categorías, son para el señor Proudhon fórmulas eternas que no conocen principio ni progreso.

En otros términos: el señor Proudhon no afirma directamente que la *vida burguesa* sea para él una verdad eterna; eso lo dice indirectamente, al divinizar las categorías que expresan en forma de ideas las relaciones burguesas. Toma los productos de la sociedad burguesa por seres eternos surgidos espontáneamente, y dotados de vida propia, tan pronto como se los presenta en forma de categorías. En forma de ideas. No ve, por tanto, más allá del horizonte burgués. Como opera con ideas burguesas, suponiéndolas eternamente verdaderas, pugna por encontrar la síntesis de estas ideas, su equilibrio, y no ve que su modo actual de equilibrarse es el único posible.

En realidad, hace lo que hacen todos los buenos burgueses. Todos ellos nos dicen que la competencia, el monopolio, etc., en principio, es decir considerados como ideas abstractas, son los únicos fundamentos de la vida, aunque en la práctica dejen mucho que desear. Todos ellos quieren la

competencia, sin sus funestos efectos. Todos ellos quieren lo imposible, a saber: las condiciones burguesas de vida, sin las consecuencias necesarias de estas condiciones. Ninguno de ellos comprende que la forma burguesa de producción es una forma histórica y transitoria, como lo era la forma feudal. Este error proviene de que, para ellos, el hombre burgués es la única base posible de toda sociedad, proviene de que no pueden imaginarse un estado social en que el hombre haya dejado de ser burgués.

El señor Proudhon es, pues, necesariamente, un doctrinario. El movimiento histórico que esta revolucionando el mundo actual, se reduce, para él, al problema de encontrar el verdadero equilibrio, la síntesis de dos ideas burguesas. Así, el hábil mozo descubre, a fuerza de sutileza, el recóndito pensamiento de Dios, la unidad de dos ideas aisladas, que sólo lo están porque el señor Proudhon las ha aislado de la vida practica, de la producción actual, que es la combinación de las realidades que aquellas ideas expresan. En vez del gran movimiento histórico que brota del conflicto entre las fuerzas productivas ya alcanzadas por los hombres y sus relaciones sociales, que ya no corresponden a estas fuerzas productivas; en vez de las terribles guerras que se preparan entre las distintas clases de una nación y entre las diferentes naciones; en vez de la acción practica y violenta de las masas, la única que puede resolver estos conflictos; en vez de este vasto, prolongado y complicado movimiento, el señor Proudhon pone el fantástico movimiento de su cabeza. Así, son los sabios, los hombres capaces de arrancar a Dios sus recónditos pensamientos, los que hacen la historia. A la plebe sólo le queda la tarea de poner en práctica las revelaciones de los hombres de ciencia. Ahora comprenderá usted por que el señor Proudhon es enemigo declarado de todo movimiento político. Para é1, la solución de los problemas actuales no consiste en la acción pública, sino en las rotaciones dialécticas de su cabeza. Como las categorías son para é1 las fuerzas motrices, para cambiar las categorías no hace falta cambiar la vida práctica. Muy por el contrario: hay que cambiar las categorías, y en consecuencia cambiará la sociedad existente.

En su deseo de conciliar las contradicciones, el señor Proudhon elude la pregunta de si no deberá ser derrocada la base misma de estas contradicciones. Se parece en todo al político doctrinario, para quien el rey y la Cámara de los diputados y el Senado son como partes integrantes de la vida social, como categorías eternas. Sólo que él busca una nueva fórmula para equilibrar estos poderes cuyo equilibrio consiste precisamente en el movimiento actual, en el que uno de estos poderes tan pronto es vencedor como esclavo del otro. Así, en el siglo XVIII, una multitud de cabezas mediocres se dedicaron a buscar la verdadera fórmula para equilibrar los estamentos sociales, la nobleza, el rey, los parlamentos, etc., y un buen día se encontraron con que ya no había ni rey, ni parlamento, ni nobleza. El verdadero equilibrio en este antagonismo era el derrocamiento de todas las relaciones sociales que servían de base a estas instituciones feudales y al antagonismo entre ellas.

Como el señor Proudhon pone de un lado las ideas eternas, las categorías de la razón pura, y del otro lado a los hombres y su vida práctica, que es, según él, la aplicación de estas categorías, encuentra usted en él desde el primer momento un *dualismo* entre la vida y las ideas, entre el alma y el cuerpo, dualismo que se repite bajo muchas formas. Ahora se dará usted cuenta de que este antagonismo no es más que la incapacidad del señor Proudhon para comprender el origen profano y la historia profana de las categorías que el diviniza.

Me he extendido ya demasiado y no puedo detenerme en las absurdas acusaciones que el señor Proudhon lanza contra el comunismo. Por el

momento, convendrá usted conmigo en que un hombre que no ha comprendido el actual estado de la sociedad, menos aún comprenderá el movimiento que tiende a derrocarle y las expresiones literarias de ese movimiento revolucionario.

El *único* punto en el que estoy completamente de acuerdo con el señor Proudhon es su repulsión hacia la sensiblería socialista. Antes que él me he ganado ya muchos enemigos por mis ataques contra el socialismo borreguil, sentimental, utopista. Pero no se hace el señor Proudhon ilusiones extrañas cuando opone su sentimentalismo de pequeño burgués —me refiero a sus frases declamatorias sobre el hogar, el amor conyugal y todas esas banalidades— al sentimentalismo socialista, que en Fourier, por ejemplo, es mucho más profundo que las presuntuosas vulgaridades de nuestro buen Proudhon? El mismo comprende tan bien la vacuidad de sus razonamientos, su completa incapacidad de hablar de estas cosas, que prorrumpe en explosiones de rabia, en vociferaciones y en virtuosos juramentos, echa espuma por la boca, maldice, denuncia, se da golpes de pecho ¡y se jacta ante Dios y ante los hombres de estar limpio de las infamias socialistas! No hace una critica del sentimentalismo socialista, o lo que el toma por sentimentalismo. Como un santo, como el Papa, excomulga a los pobres pecadores y canta las glorias de la pequeña burguesía y las miserables ilusiones amorosas y patriarcales del hogar. Esto no es casual. El señor Proudhon es de pies a cabeza un filósofo y un economista de la pequeña burguesía. En una sociedad avanzada, el pequeño burgués, por virtud de la posición que en ella ocupa, se hace socialista de una parte y economista de la otra, es decir, se siente deslumbrado por la magnificencia de la gran burguesia y experimenta a la vez simpatía por los sufrimientos del pueblo. Es al mismo tiempo burgués y pueblo. En su fuero interno se ufana de ser imparcial, de haber encontrado el justo equilibrio, que tiene la pretensión de distinguirse del término medio. Ese pequeño burgués diviniza la *contradicción*, porque la contradicción constituye el fondo de su ser. Él no es otra cosa que la contradicción social en acción. Debe justificar teóricamente lo que él mismo es en la practica, y al señor Proudhon corresponde el mérito de ser el interprete científico de la pequeña burguesía francesa, lo que representa un verdadero mérito, pues la pequeña burguesía será parte integrante de todas las revoluciones sociales que han de suceder.

Hubiera querido enviarle con esta carta mi libro de economía política, pero hasta ahora no he conseguido imprimir esta obra ni mi critica de los filósofos y socialistas alemanes, de que le hable en Bruselas. No puede usted imaginarse las dificultades que una publicación de este tipo encuentra en Alemania, tanto por parte de la policía como por parte de los editores, que son representantes interesados de todas las tendencias que yo ataco. En cuanto a nuestro propio Partido, además de ser pobre, una gran parte del Partido Comunista Alemán se muestra irritado contra mí porque me opongo a sus utopías y a sus declamaciones...

Karl Marx

Miseria de la filosofía

MARX A J. B. SCHWEITZER

Londres, 24 de enero de 1865

Muy señor mío:

Ayer recibí su carta en la que me invita usted a dar un juicio detallado sobre *Proudhon*. La falta de tiempo no me permite atender a su deseo. Además, no tengo a mano ni un solo trabajo de Proudhon. Sin embargo, y en prueba de mi buena voluntad, he trazado a toda prisa un breve esbozo. Puede usted completarlo, alargarlo o reducirlo; en una palabra, puede usted hacer con é1 lo que mejor le parezca.

No recuerdo ya cuales fueron los primeros ensayos de Proudhon. Su trabajo de escolar sobre *La lengua universal* demuestra la falta de escrúpulo con que trataba problemas para cuya solución le faltaban los conocimientos más elementales.

Su primera obra *¿Qué es la propiedad?* es indudablemente la mejor de todas. Aunque no por la novedad de su contenido, si por la forma nueva y

audaz de decir lo viejo, dicha obra marca una época. En las obras de los socialistas y comunistas franceses conocidas por él, la "*propiedad*" no sólo había sido, como es natural, criticada desde varios puntos de vista, sino también utópicamente "*abolida*". Con este libro, Proudhon se colocó con respecto a Saint-Simon y Fourier en el mismo plano en que Feuerbach se encuentra con respecto a Hegel. Comparado con Hegel, Feuerbach es extremadamente pobre. Sin embargo, *después* de Hegel señaló una época, ya que realzó algunos puntos desagradables para la conciencia cristiana e importantes para el progreso de la critica y que Hegel había dejado en una mística penumbra.

En esta obra de Proudhon predomina aún, permítaseme la expresión, un estilo de fuerte musculatura, lo cual, a mi juicio, constituye su principal merito. Se ve que, incluso en los lugares donde Proudhon se limita a reproducir lo viejo, dicha reproducción constituye para el un descubrimiento propio; cuanto dice es para el algo nuevo y como tal lo presenta. La audacia provocativa con que ataca el *sancta sanctorum* de la economía política, las ingeniosas paradojas con que se burla del sentido común burgués, la critica demoledora, la ironía mordaz, ese profundo y sincero sentimiento de indignación que manifiesta de cuando en cuando contra las infamias del orden existente, su convicción revolucionaria, todas estas cualidades contribuyeron a que el libro *¿Qué es la propiedad?* electrizase a los lectores y produjese una gran impresión desde el primer momento de su salida a la luz. En una historia rigurosamente científica de la economía política, dicho libro apenas hubiese merecido los honores de ser mencionado. Pero, lo mismo que en la literatura, las obras sensacionales de este género juegan su papel en la ciencia. Tómese, por ejemplo, el libro de Malthus "*De la población*". En su primera edición no constituyó más que un "*panfleto sensacional*", y, por añadidura, un plagio desde la primera hasta la última línea. Y a pesar de todo, ¡cómo impresionó este *libelo al género humano*!

De tener a mano el libro de Proudhon me hubiese sido fácil demostrar con algunos ejemplos su *modalidad inicial.* En los párrafos considerados por el mismo como los más importantes, imita a Kant —el único filósofo alemán que conocía en aquella época a través de las traducciones— en la manera de tratar las antinomias, dejándonos la firme impresión de que para él, lo mismo que para Kant, la solución de las antinomias es algo situado "más allá" de la razón humana, es decir, algo que para su propio entendimiento permanece en la oscuridad.

A pesar de todo su carácter aparentemente archirrevolucionario, en *¿Qué es la propiedad?* nos encontramos ya con la contradicción de que Proudhon, de una parte, critica la sociedad a través del prisma y con los ojos del campesino parcelario francés (más tarde del *pequeño burgués*) y, de otra, le aplica la escala que ha tornado prestada a los socialistas.

El propio título indica ya las deficiencias del libro. El problema había sido planteado de un modo tan erróneo, que la solución no podía ser acertada. *Las relaciones de propiedad de los tiempos antiguos* fueron destruidas por las *feudales*, y estas por las *burguesas*. Así, pues, la propia Historia se encargó de someter a crítica las *relaciones de propiedad* del pasado. De lo que trata en el fondo Proudhon es de la *moderna propiedad burguesa*, tal como existe hoy día. A la pregunta: ¿qué es esa propiedad?, sólo se podía contestar con un análisis critico de la economía política, que abarcase el conjunto de esas relaciones de propiedad, no en su expresión *jurídica,* como *relaciones volitivas*, sino en su forma real, es decir, como *relaciones de producción*. Más como Proudhon vinculaba todo el conjunto de estas relaciones económicas al concepto jurídico general de "propiedad", "*la*

propriété", no podía ir más allá de la contestación que ya Brissot había dado en una obra similar, antes de 1789, repitiéndola con las mismas palabras: "La propiedad es un robo",

En el mejor de los casos, de aquí se puede deducir únicamente que el concepto jurídico burgués del "*robo*" es aplicable también a las ganancias "*bien habidas*" del propio burgués. Por otro lado, en vista de que el robo, como violación de la propiedad, presupone la propiedad, Proudhon se enredó en toda clase de sutiles razonamientos, oscuros hasta para él mismo, sobre la *verdadera propiedad burguesa*.

Durante mi estancia en Paris, en 1844, trabe conocimiento personal con Proudhon. Menciono aquí este hecho porque, en cierto grado, soy responsable de su "sofistería" (sophistication, como llaman los ingleses a la adulteración de las mercancías). En nuestras largas discusiones, que con frecuencia duraban toda la noche, le contagie, para gran desgracia suya, el hegelianismo que por su desconocimiento del alemán no pudo estudiar a fondo. Después de mi expulsión de Paris, el señor *Karl Grün* continuó lo que yo había iniciado. Como profesor de filosofía alemana me llevaba la ventaja de no entender una palabra en la materia.

Poco antes de que apareciese su segunda obra importante, *Filosofía de la Miseria*, etc., me anunció Proudhon mismo su próxima publicación en una carta muy detallada, donde, entre otras cosas, me decía lo siguiente: "*Espero la férula de su critica*". En efecto, mi critica cayó muy pronto sobre él (en mi libro *Miseria de la Filosofía*, etc., Paris 1847) en tal forma que puso fin para siempre a nuestra amistad.

Por lo que acabo de decir verá usted que, en su libro *Filosofía de la Miseria o sistema de las contradicciones económicas*, Proudhon responde realmente por vez primera a la pregunta: "*¿Qué es la propiedad?*". De hecho, tan sólo después de la publicación de su primer libro fue cuando Proudhon inició sus estudios económicos; y descubrió que a la pregunta que había planteado no se podía contestar con invectivas, sino únicamente con un análisis de la economía política moderna. Al mismo tiempo, hizo un intento de exponer dialécticamente el sistema de las categorías económicas. En lugar de las insolubles "antinomias" de Kant, ahora tenía que aparecer la "*contradicción*" hegeliana como medio de desarrollo.

En el libro que escribí como replica hallará usted la crítica de los dos gruesos volúmenes de su obra. Allí demuestro entre otras cosas lo poco que penetró Proudhon en los secretos de la dialéctica científica y hasta que punto, por otro lado, comparte las ilusiones de la filosofía especulativa, cuando, en lugar de considerar las *categorías económicas como expresiones teóricas de relaciones de producción formadas históricamente y correspondientes a una determinada fase de desarrollo de la producción material*, las convierte de un modo absurdo en *ideas eternas*, existentes de siempre, y cómo, después de dar este rodeo, retorna al punto de vista de la economía burguesa[1].

Más adelante demuestro también lo insuficiente que es su conocimiento —a veces digno de un escolar— de la economía política, a cuya critica se dedica, y como, al igual que los utopistas, corre en pos de una pretendida "*ciencia*", con ayuda de la cual se puede excogitar a priori una fórmula para la "solución del problema social", en lugar de ir a buscar la fuente de la ciencia en el conocimiento critico del movimiento histórico, de ese movimiento que crea por sí mismo las *condiciones materiales de la emancipación*. Demuestro allí, sobre todo, lo confusas, erróneas e incompletas

que siguen siendo las concepciones de Proudhon sobre el *valor de cambio*, base de todas las cosas, y cómo, incluso, ve en la interpretación utópica de la teoría del valor de *Ricardo* la base de una nueva ciencia. Mi juicio sobre su punto de vista general lo resumo en las siguientes palabras:

"Toda relación económica tiene su lado bueno y su lado malo: este es el único punto en que el señor Proudhon no se desmiente. En su opinión, el lado bueno lo exponen los economistas, y el lado malo lo denuncian los socialistas.

De los economistas toma la necesidad de unas relaciones eternas, y de los socialistas esa ilusión que no les permite ver en la miseria nada más que la miseria (en lugar de ver en ella el lado revolucionario destructivo que ha de acabar con la vieja sociedad). Proudhon esta de acuerdo con unos y otros, tratando de apoyarse en la autoridad de la ciencia. En él la ciencia se reduce a las magras proporciones de una fórmula científica; es un hombre a la caza de fórmulas. De este modo, el señor Proudhon se jacta de ofrecernos a la vez una crítica de la economía política y del comunismo, cuando en realidad se queda muy por debajo de una y de otro. De los economistas, porque considerándose, como filósofo, en posesión de una fórmula mágica, se cree relevado de la obligación de entrar en detalles puramente económicos; de los socialistas, porque carece de la perspicacia y del valor necesarios para alzarse, aunque sólo sea en el terreno de la especulación, sobre los horizontes de la burguesía... Pretende flotar sobre burgueses y proletarios como hombre de ciencia, y *no es más que un pequeño burgués*, que oscila constantemente entre el capital y el trabajo, entre la economía política y el comunismo"[2].

Por severo que pueda parecer este juicio, suscribo hoy día cada una de sus palabras. Al mismo tiempo, es preciso tener presente que en la época en que yo afirmé que el libro de Proudhon era el código del socialismo pequeño burgués y lo demostré teóricamente, los economistas y los socialistas excomulgaban a Proudhon por ultrarrevolucionario. Esta es la razón de que después jamás haya unido mi voz a la de los que gritaban su "traición" a la revolución. Y no es culpa suya si, mal comprendido en un principio tanto por los demás como por él mismo, no justificó las injustificadas esperanzas.

En comparación con *¿Qué es la propiedad?*, en la *Filosofia de la miseria* todos los defectos del modo de exposición proudhoniano resaltan con particular desventaja. El estilo es a cada paso, como dicen los franceses, *ampoulé* [ampuloso].

Siempre que le falla la agudeza gala aparece una pomposa jerga especulativa que pretende ser el estilo filosófico alemán. Dan verdadera grima sus alabanzas a sí mismo, su tono chillón de pregonero y, sobre todo, los alardes que hace de una supuesta "*ciencia*" y toda su cháchara en torno a ella. El sincero calor que anima su primera obra, aquí, en determinados pasajes, se sustituye de un modo sistemático por el ardor febril de la declamación. A todo esto viene a sumarse ese afán impotente y repulsivo por hacer gala de erudición, afán propio de un autodidacta, cuyo orgullo nato por su pensamiento original e independiente ya esta quebrantado, y que en su calidad de advenedizo de la ciencia se considera obligado a presumir de lo que no es y de lo que no tiene. Y por añadidura, esa mentalidad de pequeño burgués, que le impulsa a atacar de un modo indigno, grosero, torpe, superficial y hasta injusto a un hombre como Cabet —merecedor de respeto por su actividad práctica en el movimiento del proletariado francés—, mientras extrema su amabilidad, por ejemplo, con *Dunoyer* (Consejero de Estado, por cierto), a pesar de que toda la significación de este Dunoyer se

reduce a la cómica seriedad con que en tres gruesos volúmenes, insoportablemente tediosos, predica el rigorismo, caracterizado por Helvetius en los términos siguientes: "*On veut que les malheureux soient parfaits*" [se quiere que los desgraciados sean perfectos].

La revolución de Febrero fue realmente muy inoportuna para Proudhon, pues tan sólo unas semanas antes había demostrado de un modo irrefutable que la "*era de las revoluciones*" había pasado para siempre. Su intervención en la Asamblea Nacional merece todos los elogios, a pesar de haber puesto en evidencia lo poco que comprendía todo lo que estaba ocurriendo. Después de la insurrección de Junio constituyó un acto de gran valor. Su intervención tuvo, además, resultados positivos: en el discurso que pronunció para oponerse a las proposiciones de Proudhon, y que fue editado más tarde en folleto aparte, el Sr. Thiers demostró a toda Europa cuan mísero e infantil era el catecismo que servia de pedestal a ese pilar espiritual de la burguesía francesa. Comparado con el Sr. Thiers, Proudhon adquiría ciertamente las dimensiones de un coloso antediluviano.

El descubrimiento del "*Crédito gratuito*" y el "*Banco del pueblo*" basado en él son las últimas "hazañas" económicas de Proudhon. En mi *Contribución a la critica de la Economía política*. Parte primera. Berlín 1859 (págs. 59-64), se demuestra que la base teórica de sus ideas tiene su origen en el desconocimiento de los principios elementales de la economía política burguesa, a saber, la relación entre la *mercancía y el dinero*, mientras que la superestructura práctica no es más que una simple reproducción de esquemas viejos y mucho mejor desarrollados. No cabe duda y es de por sí evidente que el crédito, como ocurrió en Inglaterra a principios del siglo XVIII, y como volvió a ocurrir en ese mismo país a principios del XIX, contribuyó a que las riquezas pasasen de manos de una clase a las de otra, y que en determinadas condiciones económicas y políticas puede ser un factor que acelere la emancipación del proletariado. Pero es una fantasía genuinamente pequeñoburguesa considerar que *el capital que produce intereses es la forma principal del capital* y tratar de convertir una aplicación particular del crédito —una supuesta abolición del interés— en la base de la transformación de la sociedad. En efecto, esa fantasía ya había sido minuciosamente desarrollada *por los portavoces económicos de la pequeña burguesía inglesa del siglo XVII*. La polémica de Proudhon con Bastiat (1850) sobre el capital que produce intereses está muy por debajo de la *Filosofía de la miseria*. Proudhon llega al extremo de ser derrotado hasta por Bastiat, y entra en un cómico furor cada vez que el adversario le asesta algún golpe.

Hace unos cuantos años, Proudhon escribió para un concurso organizado, si mal no recuerdo, por el gobierno de Lausana, un trabajo sobre *Los impuestos*. Aquí desaparecen por completo los últimos vestigios del genio y no queda más que *el pequeño burgués puro y simple*.

Por lo que respecta a las obras políticas y filosóficas de Proudhon, todas ellas demuestran el mismo carácter doble y contradictorio que sus trabajos sobre economía. Además, su valor es puramente local; se refieren únicamente a Francia. Sin embargo, sus ataques contra la religión, la Iglesia, etc., tienen un gran mérito por haber sido escritos en Francia en una época en que los socialistas franceses creían oportuno hacer constar que sus sentimientos religiosos les situaban por encima del volterianismo burgués del siglo XVIII y del ateismo alemán del siglo XIX. Si Pedro el Grande había derrotado la barbarie rusa con la barbarie, Proudhon hizo todo lo que pudo para derrotar con frases la fraseología francesa.

Su libro sobre *El golpe de Estado* no debe ser considerado simplemente como una obra mala, sino como una verdadera villanía que, por otra parte, corresponde plenamente a su punto de vista pequeño burgués. En este libro coquetea con Luis Bonaparte y trata de hacerle aceptable para los obreros franceses. Otro tanto ocurre con su última obra contra Polonia, en la que, para mayor gloria del zar, demuestra el cinismo propio de un cretino.

Proudhon ha sido frecuentemente comparado con Rousseau. Nada más erróneo. Más bien se parece a *Nic. Linguet*, cuyo libro, *La teoría de las leyes civiles*, es, dicho sea de paso, una obra genial.

Proudhon tenía una inclinación natural por la dialéctica. Pero como nunca comprendió la verdadera dialéctica científica, no pudo ir más allá de la sofistería. En realidad, esto estaba ligado a su punto de vista *pequeñoburgués*. Al igual que el historiador *Raumer*, el pequeño burgués consta de “por una parte” y de “por otra parte”. Como tal se nos aparece en sus intereses económicos y, *por consiguiente*, también en su política y en sus concepciones religiosas, científicas y artísticas. Así se nos aparece en su moral y en todo. Es la contradicción personificada. Y si por añadidura es, como Proudhon, una persona de ingenio, pronto aprenderá a hacer juegos de manos con sus propias contradicciones y a convertirlas, según las circunstancias, en paradojas inesperadas, espectaculares, ora escandalosas, ora brillantes. El charlatanismo en la ciencia y la contemporización en la política son compañeros inseparables de semejante punto de vista. A tales individuos no les queda más que un acicate: la vanidad; como a todos los vanidosos, sólo les preocupa el éxito momentáneo, la sensación. Y aquí es donde se pierde indefectiblemente ese tacto moral que siempre preservó a un Rousseau, por ejemplo, de todo compromiso, siquiera fuese aparente, con los poderes existentes.

Tal vez la posteridad distinga este reciente período de la historia de Francia diciendo que Luis Bonaparte fue su Napoleón y Proudhon su Rousseau-Voltaire.

Ahora hago recaer sobre usted toda la responsabilidad por haberme impuesto tan pronto después de la muerte de este hombre el papel de juez póstumo.

Sinceramente suyo

Carlos Marx

---

[1] “Al decir que las actuales relaciones —las de la producción burguesas —son naturales, los economistas dan a entender que se trata precisamente de unas relaciones bajo las cuales se crea la riqueza y se desarrollan las fuerzas productivas de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Por consiguiente, estas relaciones son en sí leyes naturales, independientes de la influencia del tiempo. Son leyes eternas que deben regir siempre la

sociedad. De modo que hasta ahora ha habido historia, pero ahora ya no la hay" (pág. 113 de mi libro). (*Nota de Marx.*)

[2] Marx, *Miseria de la Filosofía*, cap. II. (*N. de la Red.*)

Karl Marx

Miseria de la filosofía

DEL TRABAJO DE C. MARX:

CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Berlín, 1859, págs. 61-64

La teoría del tiempo de trabajo como unidad directa de medida del dinero ha sido desarrollada por vez primera sistemáticamente por John Gray[1]. Propone que el Banco Central nacional, con la ayuda de sus sucursales, certifique el tiempo de trabajo empleado en la producción de las distintas mercancías. A cambio de su mercancía, el productor recibe un certificado oficial de su valor, es decir, un recibo acreditando la cantidad de tiempo de trabajo contenido en su mercancía[2]; estos billetes de banco por una semana de trabajo, por una jornada de trabajo, por una hora de trabajo, etc.,

sirven a la vez de certificado para obtener el equivalente bajo la forma de cualquiera de las demás mercancías de los depósitos del banco[3]. Este es el principio Básico de Gray, concienzudamente elaborado por él en todos sus detalles y adaptado en todas partes a las instituciones inglesas vigentes. Con este sistema, dice Gray, "sería tan fácil en todo momento vender por dinero como ahora lo es comprar con dinero; la producción sería una fuente uniforme e inagotable de demanda"[4]. Los metales preciosos perderían su "privilegio" con respecto a las demás mercancías y "ocuparían el lugar que les corresponde en el mercado junto al aceite, los huevos, el paño y el percal, y el valor de los metales preciosos no nos interesaría más que el de los diamantes"[5]. "Debemos mantener nuestra ficticia medida del valor, el *oro*, inmovilizando así las fuerzas productivas del país, o bien debemos recurrir a la medida natural del valor, al *trabajo*, y abrir campo libre a las fuerzas productivas del país?"[6].

Si el tiempo de trabajo es la medida inmanente del valor, ¿por qué al lado de ella existe otra medida exterior? ¿Por qué el valor de cambio tiene su desarrollo en el precio? ¿Por qué todas las mercancías estiman su valor en una mercancía exclusiva, que se transforma así en la existencia adecuada del valor de cambio, en dinero? Este es el problema que Gray debería haber resuelto. En lugar de resolverlo, se imagina que las mercancías podrían tener una relación directa las unas con las otras como productos del trabajo social. Pero sólo pueden tener una relación entre si por lo que realmente representan. Las mercancías son, directamente, productos de trabajos privados aislados e independientes, que a través de su enajenación en el proceso del intercambio privado deben mostrar su carácter de trabajo social general; con otras palabras, el trabajo sobre la base de la producción mercantil se convierte en trabajo social únicamente a través de la enajenación integral de los trabajos individuales. Pero si Gray concibe el tiempo de trabajo contenido en las mercancías como *directamente social*, lo concibe como tiempo de trabajo social (*gemeinschaftliche*) o como tiempo de trabajo de individuos asociados directamente. En tal caso, efectivamente, una mercancía especifica cualquiera, como el oro y la plata, no podría oponerse a las demás mercancías como encarnación del trabajo general, el valor de cambio no se transformaría en precio; pero, a la vez, el valor de uso no se transformaría en valor de cambio, el producto no pasaría a ser mercancía, y por tanto sería destruida la base misma de la producción burguesa. Pero ésta no es en modo alguno la opinión de Gray. A juicio suyo, los productos deben *producirse como mercancías, pero no deben cambiarse como mercancías*.

Gray encomienda la ejecución de este piadoso deseo al Banco nacional. Por una parte, la sociedad, bajo la forma del banco, independiza a los individuos de las condiciones del intercambio privado, y, por otra parte, les permite continuar produciendo sobre la base del intercambio privado. Por eso, la lógica interna obliga a Gray a negar una tras otra las condiciones de la producción burguesa, aunque sólo quiere "reformar" la moneda, surgida del intercambio mercantil. Así, convierte el capital en capital nacional[7], la propiedad de la tierra en propiedad nacional[8], y si examinamos atentamente su banco, veremos que, además de recibir con una mano las mercancías y de entregar con la otra los recibos por el trabajo aportado, regula la producción misma. En su última obra, Lectures on money, en la que trata tímidamente de presentar sus bonos de trabajo como una reforma puramente burguesa, Gray se embrolla incurriendo en despropósitos aún más evidentes.

Toda mercancía es directamente dinero. Tal era la teoría de Gray, derivada de su análisis de la mercancía, incompleto y, por lo mismo, falso. La construcción "orgánica" de los "bonos de trabajo", del "banco nacional" y de los "depósitos de mercancías" no es sino un espejismo en el que el

dogma se presenta en forma ilusoria como una ley universal. Desde luego, el dogma según el cual la mercancía es directamente dinero o el trabajo privado individual contenido en ella es trabajo directamente social, no será exacto por el hecho de que el banco crea en él y opere de acuerdo con él. Por el contrario, en ese caso la bancarrota asumiría el papel de crítica práctica. Lo que en Gray sigue siendo secreto y desconocido para él mismo, a saber, que los bonos de trabajo son una frase económica sonora que encubre el buen deseo de destruir el dinero, y con el dinero el valor de cambio, con el valor de cambio la mercancía y con la mercancía la forma burguesa de producción, es expresado clara y terminantemente por algunos socialistas ingleses, parte de los cuales escribieron antes de Gray y otra parte después de él[9]. Pero sólo al señor Proudhon y a su escuela le estaba reservada la misión de preconizar en serio la degradación del dinero y la apoteosis de la mercancía como esencia del socialismo, reduciendo así el socialismo a una incomprensión elemental de la conexión necesaria entre la mercancía y el dinero[10].

---

[1] John Gray: T*he social system. A Treatise on the principle of exchange*, Edimburgo, 1831. Véanse también sus *Lectures on the nature and use of money*, Edimburgo, 1848. Después de la revolución de Febrero, Gray elevó al Gobierno Provisional francés un memorandum, en el que le hacia ver que Francia no necesitaba una "organización del trabajo" ["*organisation of labour*"], sino una "organización del cambio" ["*organisation of exchange*"], cuyo plan, totalmente elaborado, se contenía en el sistema monetario ideado por el. El incomparable John no sospechaba que, dieciséis años después de haber aparecido su *Social system*, la patente de este mismo descubrimiento sería usurpada por el ingenioso Proudhon.

[2] Gray, *The social system*, etc., pág. 63: "El dinero sólo debe ser un certificado acreditativo de que su poseedor, bien ha contribuido con un cierto valor al fondo nacional de riquezas, bien ha adquirido el derecho a recibir ese mismo valor de una persona que ya había contribuido con el".

[3] "Cuando un determinado valor haya sido ya materializado en el producto, puede ser depositado en el banco y retirado de é1 tan pronto como sea necesario; pero estipulando como condición, mediante el consentimiento común, que la persona que haya depositado un bien cualquiera de su propiedad en el proyectado Banco nacional, puede retirar un valor igual bajo cualquier otra forma, sin que este obligado a retirar precisamente el mismo objeto que había depositado en el banco". (Loc. cit., pág. 68).

[4] Loc. cit., pág. 16.

[5] Gray, *Lectures on money*, etc., págs. 182-183.

[6] Loc. cit., pág. 169.

[7] "Los negocios de cada país deben ser llevados a cabo sobre la base del capital nacional". (John Gray: The social system, etc., pág. 171.)

[8] "La tierra debe pasar a ser propiedad de la nación" (Loc. cit., pág. 298).

[9] Véase, por ejemplo, W. Thompson: *An inquiry into the distribution of wealth,* etc., Londres, 1827; Bray *Labour's wrongs and labour's remedy*, Leeds, 1839.

[10] Como compendio de esta melodramática teoría del dinero se puede ver el libro de Alfred Darimont: *De la réforme des banques*, Paris, 1856.

Anterior Indice

Karl Marx

Miseria de la filosofía

DISCURSO SOBRE EL LIBRE CAMBIO

Pronunciado por Marx el 9 de enero de 1848 en una sesión pública de la Sociedad Democrática de Bruselas[1]

Señores:

La abolición de las leyes cerealistas en Inglaterra es el triunfo más grande que el libre cambio ha alcanzado en el siglo XIX. En todos los países donde los fabricantes hablan de libre cambio, tienen en cuenta principalmente el libre cambio del grano y de las materias primas en general. "Gravar con aranceles protectores el grano extranjero es una infamia, es especular con el hambre de los pueblos".

Pan barato y salarios altos —*cheap food, high wages*—: he aquí el único objetivo en aras del cual los freetraders ingleses han gastado millones, y ya han contagiado con su entusiasmo a sus cofrades del continente. En general, si se quiere el libre cambio es para mejorar la situación de la clase trabajadora.

Pero, ¡cosa extraña!, el pueblo, al que se quiere proporcionar a toda costa pan barato, es muy ingrato. El pan barato goza hoy en Inglaterra de tan mala reputación como el Gobierno barato en Francia. El pueblo ve en los hombres llenos de abnegación, en un Bowring, un Bright y consortes, sus

mayores enemigos y los hipócritas más desvergonzados.

Todo el mundo sabe que la lucha entre los liberales y los demócratas es en Inglaterra la lucha entre los freetraders y los cartistas.

Veamos ahora cómo los freetraders ingleses han demostrado al pueblo los buenos sentimientos que les mueven.

He aquí lo que decían a los obreros de las fábricas:

El arancel de los cereales es un impuesto sobre el salario; este impuesto lo pagáis a los grandes terratenientes, a esos representantes de la aristocracia de la Edad Media; si vuestra situación es calamitosa, la causa estriba en la carestía de los artículos de primera necesidad.

Los obreros, a su vez, preguntan a los fabricantes: ¿Cómo se explica que en el curso de los últimos treinta años, en los que nuestra industria ha alcanzado el mayor desarrollo, nuestro salario haya bajado en una proporción mucho mayor de lo que ha subido el precio de los cereales?

El impuesto que, según afirmáis, pagamos a los propietarios del suelo, equivale para cada obrero a tres peniques aproximadamente por semana. Y, sin embargo, el salario del tejedor manual ha descendido de 28 chelines por semana a 5 chelines en el periodo comprendido entre 1815 y 1843; y el salario del tejedor que trabaja en telares mecánicos ha sido reducido de 20 chelines semanales a ocho chelines entre los años 1823 y 1843.

Durante todo ese tiempo, el impuesto que hemos pagado a los propietarios de la tierra no ha pasado nunca de los tres peniques. Y en 1834, cuando el pan estaba muy barato y en la vida comercial reinaba gran animación, ¿que nos decíais? ¡Si sois desgraciados es porque tenéis demasiados hijos, porque vuestros matrimonios son más fecundos que vuestro oficio!

Esto es lo que nos decías entonces, al mismo tiempo que promulgabais las nuevas leyes sobre los pobres y construías las work-houses (Casas de Trabajo), esas bastillas de los proletarios.

A esto replicaban los fabricantes:

Tenéis razón, señores obreros; el salario no esta determinado solamente por el precio de los cereales, sino también por la competencia entre los brazos que se ofrecen en demanda de trabajo.

Pero fijaos bien en que nuestro suelo no se compone sino de rocas y arenales. ¡No iréis a pensar que se pueda cultivar trigo en macetas! Pues bien, si en lugar de dedicar nuestro capital y nuestro trabajo al laboreo de un suelo totalmente estéril, abandonásemos la agricultura para dedicarnos exclusivamente a la industria, toda Europa se vería obligada a cerrar sus fabricas e Inglaterra formaría una sola gran ciudad fabril, mientras el resto de Europa quedaría convertido en una provincia agrícola.

Pero este dialogo del fabricante con sus obreros lo interrumpe el pequeño comerciante diciendo:

Si aboliésemos las leyes cerealistas, es cierto que arruinaríamos nuestra agricultura, pero no obligaríamos con ello a los demás países a hacer pedidos a nuestras fabricas y a cerrar las suyas.

¿Cuál sería el resultado? Yo perdería los clientes que ahora tengo en el campo, y el comercio interior perdería sus mercados.

El fabricante, volviendo la espalda a los obreros, responde al tendero: En cuanto a esto, concedednos libertad de acción. Una vez abolido el impuesto sobre los cereales, recibiremos del extranjero trigo más barato. Luego bajaremos el salario, que subirá al mismo tiempo en los países que nos proporcionen el grano.

Así, además de las ventajas que ya disfrutamos, tendremos la de un salario menor, y con todas estas ventajas obligaremos al continente a adquirir nuestras mercancías.

Pero he aquí que en la discusión se mezclan el arrendatario y el obrero del campo.

¿Y nosotros?, exclaman. ¿Qué será de nosotros?

¿Es que vamos a pronunciar la sentencia de muerte contra la agricultura que nos da de comer? ¿Consentiremos sin rechistar que se nos arrebate el terreno que pisamos?

Por toda respuesta, la Liga contra las leyes cerealistas se conformó con asignar premios para los tres mejores trabajos que tratasen acerca de la influencia saludable de la abolición de las leyes cerealistas sobre la agricultura inglesa.

Estos premios han sido adjudicados a los señores Hope, Morse y Greg, cuyos libros se han difundido por las zonas rurales en miles de ejemplares.

Uno de los laureados pretende demostrar que quienes perderán por la libre importación de grano extranjero no serán ni los arrendatarios ni los obreros agrícolas, sino los terratenientes. El arrendatario inglés, escribe, no tiene por que temer la abolición de las leyes cerealistas, porque ningún país puede producir trigo de tan buena calidad y tan barato como Inglaterra.

Por tanto, afirma, si bien bajaría el precio del trigo, ello no os causaría perjuicio alguno, porque esta baja afectaría sólo a la renta, que se vería disminuida, pero no al beneficio industrial y al salario, que seguirían siendo los mismos.

El segundo laureado, el señor Morse, sostiene, por el contrario, que el precio del trigo se elevaría a consecuencia de la abolición de las leyes cerealistas. Hace denodados esfuerzos para demostrar que los aranceles proteccionistas no han podido jamás asegurar al trigo un precio remunerador.

En apoyo de su aserto cita el hecho de que el precio del trigo ha subido considerablemente en Inglaterra siempre que se ha importado grano del extranjero, y cuando se ha importado poco, el precio ha descendido muy sensiblemente. El laureado olvida que la importación no era la causa del precio elevado, sino que el precio elevado era la causa de la importación.

En completo desacuerdo con su co-laureado, afirma que toda alza en el precio del grano redunda en beneficio del arrendatario y del obrero, y no en beneficio del propietario.

El tercer laureado, el señor Greg, que es un gran fabricante y que ha escrito su libro para la clase de los grandes arrendatarios, no podía contentarse con repetir semejantes simplezas. Su lenguaje es más científico.

Reconoce que las leyes cerealistas no contribuyen a elevar la renta sino en tanto en cuanto suscitan una elevación del precio del trigo, y que no promueven el alza del precio del trigo sino imponiendo al capital la necesidad de buscar aplicación en terrenos de calidad inferior, lo que se explica muy sencillamente.

A medida que crece la población, si el grano extranjero no puede entrar en el país, se tienen que poner por fuerza en cultivo tierras menos fértiles, cuyo aprovechamiento requiere más gastos y cuyo producto es, por tanto, más caro.

Como la venta del grano esta plenamente asegurada, el precio se regulará necesariamente por el precio de los productos obtenidos en los terrenos que exigen más gastos. La diferencia entre este precio y el coste de producción en los terrenos mejores constituye la renta.

Así, pues, si con la abolición de las leyes cerealistas desciende el precio del trigo y, por consiguiente, también la renta, es porque dejarán de cultivarse los terrenos menos fértiles. De donde se deduce que la disminución de la renta acarreará indefectiblemente la ruina de una parte de los arrendatarios.

Estas observaciones eran necesarias para hacer comprender el lenguaje del señor Greg.

Los pequeños arrendatarios, dice, que no podrán continuar dedicándose a la agricultura, encontrarán los medios de sustento en la industria. En cuanto a los grandes arrendatarios, saldrán ganando con ello. Los propietarios del suelo se verán obligados a vender sus tierras a muy bajo precio, o bien a concertar con ellos contratos de arrendamiento por plazos muy largos. Esto permitirá a los arrendatarios invertir en la tierra grandes capitales, emplear en ella máquinas en mayor escala y economizar así trabajo manual, que, por otra parte, será más barato a causa del descenso general de los salarios, consecuencia inmediata de la abolición de las leyes cerealistas.

El doctor Bowring ha dado a todos estos argumentos una sanción religiosa al exclamar en un mitin publico: “¡Jesucristo es el libre cambio; el libre cambio es Jesucristo!”

Se comprende que toda esta hipocresía no contribuye a hacer que el pan barato sea menos amargo para los obreros.

¿Cómo iban a creer los obreros en la súbita filantropía de los fabricantes, de los mismos que no cejaban en su lucha contra el bill de las diez horas, que estipulaba la reducción de la jornada de trabajo de los obreros de las fábricas de doce horas a diez?

Para que os forméis una idea de la filantropía de estos fabricantes, os recordaré, señores, los reglamentos establecidos en todas las fábricas.

Cada fabricante dispone para su uso particular de un verdadero código, en el que se prescriben multas por todas las faltas voluntarias o involuntarias. Por ejemplo, el obrero pagará tanto si tiene la desgracia de sentarse en una silla, si cuchichea, conversa o se ríe, si llega algunos minutos más tarde, si se rompe alguna parte de la máquina, si las piezas que entrega no son de la calidad requerida, etc., etc. Las multas son siempre superiores al daño causado realmente por el obrero. Y para que el obrero pueda fácilmente incurrir en multas, se adelanta el reloj de la fábrica, se le facilitan materas primas pésimas, con las que el obrero debe fabricar piezas de buena calidad. Se destituye al contramaestre que no posee la habilidad suficiente para multiplicar los casos de contravención.

Como veis, señores, esta legislación doméstica ha sido ideada para dar lugar a contravenciones, y se da lugar a contravenciones para ganar dinero. Así, pues, el fabricante recurre a todos los medios para reducir el salario nominal y para sacar beneficio hasta de accidentes fortuitos que no dependen del obrero.

Estos fabricantes son los mismos filántropos que han querido hacer creer a los obreros que eran capaces de realizar dispendios enormes únicamente para mejorar la suerte de éstos.

Así, de un lado cercenan de la manera más mezquina el salario del obrero valiéndose de los reglamentos de fabrica, y, de otro, se imponen los mayores sacrificios para elevarlo con el concurso de la Liga contra las leyes cerealistas.

A costa de grandes dispendios construyen palacios en los que la Liga establece en cierto modo su sede oficial, envían un ejercito de misioneros a todos los puntos de Inglaterra para que prediquen la religión del libre cambio, publican y distribuyen gratis millares de folletos para hacer ver a los obreros sus propios intereses, gastan sumas enormes para atraer a su lado a la prensa, montan un gran aparato administrativo para dirigir los movimientos librecambistas y derrochan elocuencia en los mítines públicos. En uno de esos mítines un obrero exclamó:

“¡Si los propietarios de la tierra vendiesen nuestros huesos, vosotros, los fabricantes, seriáis los primeros en comprarlos para echarlos a un molino de vapor y hacer con ellos harina!”

Los obreros ingleses han comprendido muy bien la significación de la lucha entre los propietarios del suelo y los capitalistas industriales. Saben muy bien que se quería rebajar el precio del pan para rebajar el salario y que el beneficio industrial aumentaría en la misma proporción en que

disminuyera la renta.

Ricardo, el apóstol de los freetraders ingleses, el economista más distinguido de nuestro siglo, en este punto esta completamente de acuerdo con los obreros.

En su famosa obra sobre economía política dice:

“Si en lugar de cultivar trigo en nuestro país, descubriésemos un nuevo mercado en el que pudiéramos obtenerlo a un precio más bajo, en ese caso deberían bajar los salarios y aumentar las ganancias. El descenso de los precios de los productos agrícolas reduce los salarios no sólo de los obreros ocupados en el cultivo de la tierra, sino también de todos los que trabajan en la industria o están empleados en el comercio”.

Y no creáis, señores, que al obrero le es totalmente indiferente que no vaya a recibir más que cuatro francos, estando el trigo más barato, cuando antes recibía cinco.

¿Acaso su salario no ha ido descendiendo más y más con respecto a la ganancia? ¿No es claro que su posición social ha ido empeorando en comparación con la del capitalista? Pero, además, sufre de hecho una pérdida directa.

Mientras el precio del trigo era más alto, siéndolo igualmente el salario, al obrero le bastaban unas pequeñas economías hechas en el consumo de pan para poder satisfacer otras necesidades. Pero en cuanto baja el precio del pan y, en consecuencia, el salario, el obrero no puede economizar apenas en el pan para comprar otros artículos.

Los obreros ingleses han dado a entender a los freetraders que no están dispuestos a ser victimas de sus ilusiones y de sus engaños, y si, a pesar de eso, se han unido a ellos contra los propietarios de la tierra, ha sido para destruir los últimos restos del feudalismo y para no tener que vérselas más que con un solo enemigo. Los obreros no se han engañado en sus cálculos; porque los propietarios de la tierra, para vengarse de los fabricantes, han hecho causa común con los obreros a fin de conseguir la aprobación del bill de las diez horas, que estos últimos venían demandando en vano desde hace 30 años y que ha sido aprobado inmediatamente después de la abolición de las leyes cerealistas.

En el Congreso de los economistas, el doctor Bowring sacó del bolsillo una larga lista para hacer ver la cantidad de carne de vaca, jamón, tocino, pollos, etc., etc., importada a Inglaterra con objeto de satisfacer, según el, las necesidades de los obreros; pero, lamentablemente, se olvidó añadir que, al mismo tiempo, los obreros de Mánchester y de otras ciudades fabriles habían sido arrojados a la calle por la crisis que comenzaba.

En principio, en economía política, no hay que deducir nunca leyes generales a base de las cifras referentes a un solo año. Hay que tomar siempre el término medio de seis a siete años, lapso de tiempo durante el que la industria moderna pasa por las diferentes fases de prosperidad, de superproducción, de estancamiento y de crisis, recorriendo así su ciclo fatal.

De suyo se comprende que si baja el precio de todas las mercancías —y este descenso es la consecuencia necesaria del libre cambio—, yo podría adquirir por un franco muchas más cosas que antes. Y el franco del obrero vale tanto como cualquier otro. Por tanto, el libre cambio será muy ventajoso para el obrero. En esto hay sólo un pequeño inconveniente, y es que el obrero, antes de cambiar su franco por otras mercancías, tiene que llevar a efecto el cambio de su trabajo con el capital. Si al realizar este cambio siguiese recibiendo por el mismo trabajo el franco en cuestión y bajasen los precios de todas las demás mercancías, saldría siempre ganando en una tal transacción. La dificultad no estriba en demostrar que, bajando el precio de todas las mercancías, por el mismo dinero podría yo comprar más mercancías.

Los economistas examinan siempre el precio del trabajo en el momento en que el trabajo se cambia por otras mercancías. Pero siempre dejan completamente de lado el momento en que el trabajo efectúa su cambio con el capital.

Cuando hagan falta menos gastos para poner en movimiento la máquina que produce las mercancías, igualmente costarán menos las cosas necesarias para mantener la máquina llamada obrero. Si abaratan todas las mercancías, el trabajo, que es también una mercancía, bajará igualmente de precio, y, como veremos más adelante, este trabajo mercancía bajará proporcionalmente mucho más que las demás mercancías. El trabajador, siguiendo siempre la argumentación de los economistas, descubrirá que el franco se ha fundido en su bolsillo y que de él no le quedan más que cinco sus.

Los economistas replicarán a esto: Bien, supongamos que la competencia entre los obreros, que, ciertamente, no disminuirá bajo el régimen del libre cambio, no tardará en poner los salarios de acuerdo con el bajo precio de las mercancías. Pero, por otra parte, la disminución del precio de las mercancías hará que aumente el consumo; un mayor consumo exigirá una mayor producción, que será seguida de una mayor demanda de brazos, y a esta mayor demanda de brazos seguirá un alza de salarios.

Toda esta argumentación se reduce a lo siguiente: El libre cambio aumenta las fuerzas productivas. Si la industria crece, si la riqueza, si la capacidad productiva, en una palabra, si el capital productivo aumenta la demanda de trabajo, aumenta igualmente el precio del trabajo y, por consiguiente, el salario. La mejor condición para el obrero es el crecimiento del capital. Hay que convenir en ello. Si el capital permanece estacionario, la industria no sólo permanecerá estacionaria, sino que declinará, y el obrero será en ese caso la primera victima. El obrero sucumbirá antes que el capitalista. Y en el caso en que el capital vaya creciendo, en ese estado de cosas que hemos calificado como el mejor para el obrero, ¿cuál será su suerte? Sucumbirá igualmente. El crecimiento del capital productivo implica la acumulación y la conservación de capitales. La centralización de capitales conduce a una mayor división del trabajo y a un mayor empleo de las máquinas. Una mayor división del trabajo reduce a la nada la especialidad del trabajador y, colocando en lugar de esta especialidad un trabajo que todo el mundo puede hacer, aumenta la competencia entre los obreros.

Esta competencia es tanto más fuerte, por cuanto la división del trabajo permite al obrero realizar él solo el trabajo de tres. Las máquinas producen

el mismo resultado en una escala mucho mayor. El crecimiento del capital productivo, al obligar a los capitalistas industriales a desenvolverse en sus empresas con medios cada vez mayores, arruina a los pequeños industriales y los arroja a las filas del proletariado. Además, como el tipo de interés disminuye a medida que se acumulan los capitales, los pequeños rentistas, que ya no pueden vivir de sus rentas, se ven forzados a lanzarse a la industria para luego ir a engrosar el número de proletarios.

Por último, cuanto más aumenta el capital productivo, tanto más obligado se ve a producir para un mercado cuyas necesidades no conoce, tanto más precede la producción al consumo, tanto más tiende la oferta a aumentar la demanda y, por consiguiente, las crisis son cada vez más intensas y más frecuentes. Pero toda crisis, a su vez, acelera la centralización de capitales y hace crecer las filas del proletariado.

Así, pues, a medida que crece el capital productivo, la competencia entre los obreros aumenta en una proporción mucho mayor. La remuneración del trabajo disminuye para todos, y el peso del trabajo aumenta para algunos.

En 1829 había en Mánchester 1.088 hiladores ocupados en 36 fábricas. En 1841 no había más que 448, y estos obreros atendían a 53.353 husos más que los 1.088 obreros de 1829. Si la cantidad de trabajo manual empleado hubiese aumentado proporcionalmente al desarrollo de las fuerzas productivas, el número de obreros debería haber alcanzado la cifra de 1.848; por consiguiente, los perfeccionamientos introducidos en la mecánica dejaron sin trabajo a 1.100 obreros.

Sabemos de antemano la respuesta de los economistas. Estos hombres privados de trabajo, dicen, encontrarán otra ocupación. El doctor Bowring no ha dejado de repetir este argumento en el Congreso de los economistas, pero tampoco ha dejado de refutarse a sí mismo.

En 1835, el doctor Bowring pronunció un discurso en la Cámara de los Comunes a propósito de los 50.000 tejedores de Londres que desde hacía largo tiempo se morían de hambre, sin poder encontrar esa nueva ocupación que los freetraders les hacían entrever en lontananza.

Citemos los pasajes más salientes de este discurso del doctor Bowring.

“La miseria de los tejedores manuales —dice— es la suerte inevitable de todo trabajo que se aprende fácilmente y que puede ser reemplazado a cada instante por medios menos costosos. Como en este caso la competencia entre los obreros es grande en extremo, la menor disminución de la demanda origina una crisis. Los tejedores manuales se encuentran, por decirlo así, situados en los límites de la existencia humana. Un paso más, y su existencia será imposible. El menor golpe basta para condenarles a perecer. El progreso de la mecánica, al suprimir más y más el trabajo manual, reporta indefectiblemente durante la época de transición numerosos sufrimientos temporales. El bienestar nacional no se puede lograr sino a costa de determinado número de calamidades individuales. En la industria no se avanza sino a expensas de los rezagados; de todos los inventos, el telar de vapor es el que más pesa sobre los tejedores manuales. En la producción de muchos artículos que antes se hacían a mano, el tejedor ha sido ya desplazado por completo, y tendrá que correr la misma suerte en la producción de otros muchos que aún se fabrican a base del trabajo manual”.

"Tengo ante mis ojos —dice más adelante— una correspondencia del gobernador general con la compañía de las Indias Orientales. Esta correspondencia se refiere a los tejedores del distrito de Dacca. El gobernador dice en sus cartas: Hace algunos años, la compañía de las Indias Orientales compraba de seis a ocho millones de piezas de algodón, fabricadas en los telares manuales del país. La demanda descendió de modo gradual, hasta quedar reducida aproximadamente a un millón de piezas.

En la actualidad, la demanda ha cesado casi por completo. Además, en 1800, América del Norte obtuvo de la India cerca de 800.000 piezas de algodón. En 1830 no recibió ni 4.000. Por ultimo, en 1800 fue embarcado, para su transporte a Portugal, un millón de piezas de algodón. En 1830, Portugal no recibió más que 20.000.

Los informes sobre las calamidades de los tejedores indios son terribles. ¿Y cuál es el origen de estas calamidades?

La presencia de productos ingleses en el mercado, la producción del artículo por medio de telares de vapor. Gran número de tejedores han muerto de inanición; el resto ha pasado a otras ocupaciones y, sobre todo, a las faenas agrícolas. No saber cambiar de profesión equivale a condenarse a muerte. Y en estos momentos el distrito de Dacca se ve invadido de tejidos e hilados ingleses. La muselina de Dacca, famosa en todo el mundo por su belleza y su firme textura, también ha sido eclipsada por la competencia de las máquinas inglesas. En toda la historia del comercio sería difícil, tal vez, encontrar sufrimientos semejantes a los que han tenido que soportar, de este modo, clases enteras en las Indias Orientales".

El discurso del doctor Bowring es tanto más significativo cuanto que los hechos en él citados son exactos, y las frases con que trata de paliarlos llevan impreso el sello de la hipocresía común a todos los sermones librecambistas. Presenta a los obreros como medios de producción que es preciso reemplazar por medios de producción menos costosos. Finge ver en la rama de trabajo de que habla una rama completamente excepcional, y en la máquina que ha exterminado a los tejedores una máquina igualmente excepcional. Olvida que no existe ni una sola rama del trabajo manual que no pueda experimentar un buen día la suerte de la tejedura.

"El fin constante y la tendencia de todo perfeccionamiento en mecánica es, en efecto, el desplazamiento total del trabajo del hombre o la disminución de su precio, sustituyendo el trabajo del obrero adulto por el de las mujeres y los niños, o el del hábil artífice por el del obrero sin calificar. En la mayor parte de las hilanderías mecánicas —en inglés throstle-mills—, el trabajo es ejecutado exclusivamente por muchachas de dieciséis años y aun más jóvenes. Como resultado de la sustitución de la máquina ordinaria de hilar por la máquina automática, la mayor parte de los hiladores adultos han sido despedidos y sólo han quedado niños y adolescentes".

Estas palabras del doctor Uren, el librecambista más apasionado, sirven para completar las confesiones del señor Bowring. El señor Bowring habla de algunas calamidades individuales y dice al mismo tiempo que estas calamidades individuales hacen sucumbir a clases enteras; habla de sufrimientos pasajeros en la época de transición, y al mismo tiempo que habla de esto no oculta que estos sufrimientos pasajeros han significado para la mayoría el paso de la vida a la muerte, y para los restantes el tránsito de la situación anterior a una peor. Al afirmar más adelante que las

penalidades de los obreros son inseparables del progreso de la industria y necesarias para el bienestar nacional, reconoce simplemente que la infelicidad de la clase trabajadora es condición necesaria para el bienestar de la clase burguesa.

Todo el consuelo que el señor Bowring prodiga a los obreros que sucumben, y en general toda la doctrina de compensación que formulan los freetraders, se reducen a lo siguiente:

Vosotros, millares de obreros que sucumbís, no debéis desesperar. Podéis morir con toda tranquilidad. Vuestra clase no perecerá. Será siempre lo bastante numerosa para que el capital la pueda diezmar sin temor a acabar totalmente con ella. Pero, además, ¿Cómo queréis que el capital encuentre un empleo útil si no se preocupa de asegurarse la materia explotable, los obreros, para explotarlos de nuevo?

Pero, entonces, ¿por qué seguir hablando de la influencia que la realización del libre cambio ejercerá sobre la situación de la clase obrera? Todas las leyes, expuestas por los economistas, desde Quesnay hasta Ricardo, se basan en la suposición de que las trabas que coartan aún el libre cambio han dejado de existir. Estas leyes se confirman a medida que se realiza el libre cambio. La primera de ellas consiste en que la competencia reduce el precio de toda mercancía hasta el mínimo de su coste de producción. Por tanto, el mínimo de salario es el precio natural del trabajo. ¿Y qué es el mínimo de salario? Es justamente lo que hace falta para producir los artículos indispensables para el sustento del obrero, con el fin de que esté en condiciones de alimentarse bien que mal y propagar a poco que sea su especie.

No saquemos de aquí la conclusión de que el obrero no podrá recibir más que este mínimo de salario, y no vayamos a creer tampoco que ha de recibir siempre este mínimo.

No, como resultado de la acción de esta ley, la clase obrera conocerá a veces momentos más felices. Habrá ocasiones en que reciba más que el mínimo; pero este excedente no será más que el suplemento de lo que haya recibido —menos que el mínimo— durante los tiempos de estancamiento industrial. Esto quiere decir que, en un determinado lapso de tiempo que es siempre periódico, en el ciclo que recorre la industria, pasando por las fases de prosperidad, de superproducción, de estagnación y de crisis, la clase obrera —si se cuenta todo lo que recibe por encima de lo necesario y todo lo que recibe de menos— no tendrá en suma ni más ni menos que el mínimo: es decir, la clase obrera se conservará como clase a pesar de todas las calamidades y de la miseria sufridas, a pesar de los cadáveres dejados sobre el campo de batalla industrial. Pero, ¿qué importa? La clase subsiste y, lo que es mejor aun, crecerá en número.

Esto no es todo. El progreso de la industria produce medios de existencia menos costosos. Así, el aguardiente ha reemplazado a la cerveza, el algodón a la lana y el lino, y la patata al pan.

Por tanto, como se descubren constantemente nuevos medios para alimentar a los obreros con artículos más baratos y peores, el mínimo de salario disminuye de continuo. Este salario, que al principio obligaba al hombre a trabajar para vivir, ha terminado por hacer vivir al hombre una vida de

autómata. Su existencia no tiene otro valor que el de una simple fuerza productiva, y como tal lo trata el capitalista.

Esta ley del trabajo mercancía, ley del mínimo de salario, se manifestará más y más a medida que sea un hecho real y verdadero la suposición de los economistas, el libre cambio. Así, pues, una de dos: o es preciso negar toda la economía política basada en el postulado del libre cambio, o bien hay que convenir en que, bajo este libre cambio, los obreros habrán de experimentar todo el rigor de las leyes económicas.

Resumamos: ¿Qué es, pues, el libre cambio en el estado actual de la sociedad? Es la libertad del capital. Cuando hayáis hecho desaparecer las pocas trabas nacionales que aún obstaculizan la marcha del capital, no habréis hecho más que concederle plena libertad de acción. Por favorables que sean las condiciones en que se haga el intercambio de una mercancía por otra, mientras subsistan las relaciones entre el trabajo asalariado y el capital, siempre existirán la clase de los explotadores y la clase de los explotados. Verdaderamente es difícil comprender la pretensión de los librecambistas, que se imaginan que un empleo más ventajoso del capital hará desaparecer el antagonismo entre los capitalistas industriales y los trabajadores asalariados, Por el contrario, ello no puede acarrear sino una manifestación aún más neta de la oposición entre estas dos clases.

Admitid por un instante que no existen ya ni leyes cerealistas, ni aduanas, ni arbitrios municipales, en una palabra, que han desaparecido por completo todas las circunstancias accidentales que el obrero podía tomar aún como las causas de su situación miserable, y habréis desgarrado todos los velos que no le permitían ver a su verdadero enemigo.

El obrero comprobará entonces que el capital, desembarazado de toda traba, le reporta no menos esclavitud que el capital coartado por los derechos de aduanas.

Señores: No os dejéis engañar por la palabra abstracta de libertad. ¿Libertad de quién? No es la libertad de cada individuo con relación a otro individuo. Es la libertad del capital para machacar al trabajador.

¿Cómo podéis refrendar la libre concurrencia con la idea de libertad, cuando esta libertad no es más que el producto de un estado de cosas basado en la libre concurrencia?

Hemos mostrado el género de fraternidad que el libre cambio engendra entre las diferentes clases de una misma nación. La fraternidad que el libre cambio establecería entre las diferentes naciones de la tierra no seria más fraternal. Designar con el nombre de fraternidad universal la explotación en su aspecto cosmopolita, es una idea que sólo podía nacer en el seno de la burguesía. Todos los fenómenos destructores suscitados por la libre concurrencia en el interior de un país se reproducen en proporciones más gigantescas en el mercado mundial. No necesitamos detenernos por más tiempo en los sofismas que difunden a este propósito los librecambistas y que tienen tanto valor como los argumentos de nuestros tres laureados, los señores Hope, Morse y Greg.

Se nos dice, por ejemplo, que el libre cambio hará nacer una división internacional del trabajo, determinando para cada país el género de producción que corresponda a sus ventajas naturales.

Pensaréis, tal vez, señores, que la producción de café y de azúcar es el destino natural de las Indias Occidentales.

Hace dos siglos, la naturaleza, que apenas tiene que ver con el comercio, no había plantado allí ni el árbol del café ni la caña de azúcar.

No pasará, tal vez, medio siglo y ya no encontraréis allí ni café ni azúcar, puesto que las Indias Orientales, gracias a su producción más barata, discuten ya con ventaja a las Indias Occidentales su pretendido destino natural. Y estas Indias Occidentales, con sus dones naturales, son ya para los ingleses una carga tan pesada como los tejedores de Dacca, que también estaban destinados, desde tiempos inmemoriales, a tejer a mano.

Hay otra circunstancia que no debe perderse de vista: como todo ha pasado a ser monopolio, existen en nuestros días algunas ramas de industria que predominan sobre todas las demás y que aseguran a los pueblos que más se dedican a ellas el dominio en el mercado mundial. Así, por ejemplo, en el comercio internacional el algodón tiene más valor comercial que todas las demás materias primas juntas empleadas en la fabricación de vestidos, Causa verdaderamente risa ver cómo los librecambistas escogen algunos tipos especiales de producción en cada rama industrial para colocarlos en la balanza con los productos de use común, que se fabrican a más bajo coste en los países donde la industria ha alcanzado el mayor desarrollo.

Nada de extraño tiene que los librecambistas sean incapaces de comprender cómo un país puede enriquecerse a costa de otro, pues estos mismos señores tampoco quieren comprender cómo en el interior de un país una clase puede enriquecerse a costa de otra.

No creáis, señores, que al criticar la libertad comercial tengamos el propósito de defender el sistema proteccionista.

Se puede ser enemigo del régimen constitucional sin ser partidario del viejo régimen.

Por lo demás, el sistema proteccionista no es sino un medio de establecer en un pueblo la gran industria, es decir, de hacerle depender del mercado mundial; pero desde el momento en que depende del mercado mundial, depende ya más o menos del libre cambio. Además, el sistema proteccionista contribuye a desarrollar la libre concurrencia en el interior de un país. Por eso vemos que, en los países donde la burguesía comienza a hacerse valer como clase, en Alemania, por ejemplo, realiza grandes esfuerzos para lograr aranceles protectores. Para ella son armas contra el feudalismo y contra el poder absoluto; son para ella un medio de concentrar sus fuerzas y de realizar el libre cambio en el interior del propio país.

Pero, en general, el sistema proteccionista es en nuestros días conservador, mientras que el sistema del libre cambio es destructor. Corroe las viejas nacionalidades y lleva al extremo el antagonismo entre la burguesía y el proletariado. En una palabra, el sistema de la libertad de comercio acelera la revolución social. Y sólo en este sentido revolucionario, yo voto, señores, a favor del libre cambio.

[1] *Discurso sobre el libre cambio* fue publicado en Bruselas a comienzos de febrero de 1848 en francés. Fue traducido ese mismo año al alemán y editado en Alemania por Joseph Weydemeyer, amigo de Marx y Engels. En 1885, por deseo de Engels, este trabajo fue incorporado como apéndice a la primera edición alemana de la *Miseria de la Filosofía*.